

JOSÉ CONSUEGRA HIGGINS

Desde mi *Columna*²



**CORPORACIÓN EDUCATIVA
MAYOR DEL DESARROLLO
SIMON BOLIVAR**

UNIVERSIDAD SIMÓN BOLÍVAR
BIBLIOTECA
BARRANQUILLA

JOSÉ CONSUEGRA HIGGINS

Desde mi
Columna 2

UNIVERSIDAD SIMON BOLIVAR	
No INVE	1121301
PRECIO	
FECHA	02 AGO. 2007
CANJE	ACION

Desde mi Columna, tomo 2
José Consuegra Higgins

Portada
 Acuarela
 arquitecto Ignacio Consuegra Bolívar

Ediciones
 Corporación Educativa Mayor del Desarrollo
 Simón Bolívar

ISBN 958-97499-2-5

Agosto, 2005

Impresores
 Artes Gráficas Industriales Ltda.
 Calle 58 70-30
 editorialmejoras@yahoo.com

Printed and made in Colombia

Desde mi
Columna²

Prólogo

Por Jorge Emilio Sierra Montoya
Director diario La República

En este nuevo libro, donde se recopilan artículos de prensa, José Consuegra Higgins aparece —según suele decirse— de cuerpo entero o, mejor, con su espíritu pleno, el cual se manifiesta a través de sus páginas que son, sin duda, una apretada síntesis de su pensamiento político, económico y social, así como de sus más hondos valores morales.

Es acá, incluso más que en sus textos especializados, donde se expresa con mayor claridad el humanista, el intelectual, el hombre bueno y solidario, el gran escritor, el líder cívico y, en general, la persona de virtudes excepcionales, un modelo de vida.

Aquí aparecen, por tanto, sus ideas-fuerza, con la ventaja de presentarse en un lenguaje sencillo, amable, de corte periodístico, donde abundan las anécdotas y uno que otro toque de humor, cuando no la dimensión poética, bellamente descrita, sobre todo cuando la

nostalgia lo invade desde aquellos recuerdos, cada vez más cercanos, que se remontan a su amada aldea de Isabel López, donde transcurrió su ya lejana infancia.

En actitud crítica, además. Frente a los tiempos que corren, por los valores —o antivalores— en boga. Que es la actitud propia del hombre de letras. Que no traga entero, que cuestiona lo que para muchos resulta incuestionable, y que trasluce el espíritu reflexivo, analítico, a cada paso, aún sobre los hechos en apariencia más insignificantes de la vida cotidiana. Y el lector, cualquiera sea, no podrá ser indiferente a tales críticas, ni a los auténticos valores que exige de la sociedad, donde está en juego la dignidad de la persona humana. Unas breves alusiones a aspectos centrales de la obra nos permiten confirmarlo. Veamos.

Las ideas-fuerza José Consuegra Higgins no le rinde culto a la globalización. Al contrario, la ataca, la ve como el imperio al servicio de la total dependencia de nuestros pueblos, y en último término la rechaza por inmoral, por el materialismo que la guía, por el capitalismo salvaje, por la sociedad de consumo que convirtió al dinero en valor supremo, “en sustituto —según dice en frase afortunada— de la vida”.

Como economista que es, le duele esta situación. Y como uno de los padres de la teoría del subdesarrollo estructural y la dependencia en América Latina, condena el neoliberalismo, aquel que a su modo de ver sólo revive las viejas enseñanzas de la economía clásica, del li-

brecambio, que en Colombia tuvo entre sus máximos exponentes a Florentino González.

La ideología neoliberal –insiste aquí y allá, no sólo en sus artículos económicos– favorece a las potencias capitalistas, especialmente a Estados Unidos y, en particular, a las empresas multinacionales, quienes promueven asimismo el uso de modernas tecnologías, de los computadores e internet, para su beneficio, sin que muchos de nosotros, hundidos en el atraso del Tercer Mundo, nos demos cuenta.

Padecemos, entonces, una terrible dependencia, que trasciende el plano económico, de los negocios. La dependencia es también cultural, aún en las universidades, donde la enseñanza está orientada por autores extranjeros, de los países del Norte, mientras menospreciamos lo nuestro, la tradición que se remonta hasta los pueblos indígenas y las enseñanzas de los libertadores, de figuras legendarias como Simón Bolívar, su maestro por excelencia.

Consuegra propone, en cambio, dar marcha atrás. No el neoliberalismo sino una política proteccionista, en defensa de la producción nacional; no la globalización sino la integración de América Latina, en contravía de proyectos como el Alca, la zona de libre comercio de las Américas que promueve de tiempo atrás el presidente Bush, cuya realización –advierte– nos conduciría a la “maicaonización” de Suramérica, regida desde la Casa Blanca.

Y concluye, sin mayores rodeos: esa dependencia es causa funda-

mental del subdesarrollo que padecemos, no que se pueda atribuir al retraso tecnológico, de conocimiento, que hoy reemplaza a las explicaciones de otrora sobre la población, la raza, la religión, etc.

Propugna, entonces, por la identidad cultural, por la independencia efectiva de nuestros pueblos, por una economía que nos permita dar de veras el salto al desarrollo en lugar de condenarnos a la pobreza, y a fin de cuentas por una sociedad digna, al servicio realmente del ser humano, en especial de las inmensas mayorías populares.

Ahí se manifiesta, de nuevo, su profundo espíritu humanista y de auténtico demócrata que identifica, a lo largo de su intensa y prolongada vida intelectual, al Maestro Consuegra.

El péndulo de la historia, según decíamos al principio, nadie puede ser indiferente a estas ideas, polémicas por naturaleza. Habrá, pues, posiciones a favor pero también en contra, que es ya un gran avance: estimular el debate académico, ideológico, que por cierto ha desaparecido de las aulas universitarias y en los medios de comunicación, presa fácil en los últimos años de la frivolidad, la farándula, el sexo, el deporte y la violencia, con exclusión absoluta de los temas fundamentales de la vida política, económica y social del país.

Más aún: según los criterios liberales, demócratas, expuestos a lo largo de la presente obra, la crítica es bienvenida. Esa es la democracia. O así debe ser. Que haya diversas opiniones, según las con-

vicciones de cada uno, al margen del unanimismo característico de los regímenes totalitarios. Y que el debate en tal sentido se dé con la fuerza de las ideas, no que se pretenda resolver a través de las armas, de la violencia que también es condenada por quien ha sido ante todo un profesor universitario, un académico, un hombre de estudio.

Cabe esperar, sin embargo, que los más críticos, por muy neoliberales y amigos de la globalización que sean, mantengan una actitud semejante, abierta, sin prejuicios, para valorar el hondo contenido de estos artículos, cuya selección y organización temática fue bastante acertada.

No que se incurra, por enésima vez, en el llamado "fundamentalismo del mercado" a que se refieren Soros y Stiglitz, según el cual los partidarios de políticas proteccionistas, opuestos al libre mercado a ultranza y cosas por el estilo, son descalificados con menosprecio, como es tildarlos de "dinosaurios" desde cuando se adoptó el modelo de apertura a comienzos de los años noventa.

Para Consuegra, es de suponer, dichas actitudes radicales, fundamentalistas en sentido estricto, son sólo un reflejo más de la dependencia cultural de que somos víctimas, sobre todo cuando los ideólogos de marras han sido formados en universidades extranjeras, casi siempre norteamericanas, según modelos favorables a los intereses foráneos. O porque en definitiva carecen de la profunda formación cultural, humanista, que él sí posee, la cual le permite ver

mucho más allá de las proyecciones econométricas para remontarse a la política, la misma literatura y, en último término, la historia, aquella que enseña, desde tiempos inmemoriales, cómo los pueblos se mueven cual un péndulo, dentro de ese movimiento dialéctico descrito desde Heráclito y Hegel hasta Marx.

La historia, en fin, será quien diga la última palabra acerca de cuál es el camino correcto para que nuestros pobres países den el anhelado salto al desarrollo o, mejor, hacia su realización como sociedades dignas, ejemplares, donde el ser humano sea respetado por los más auténticos valores que encarna y debe encarnar.

La historia lo dirá.

Contenido

RECUERDOS

Cartagena generosa	3
La Santa Marta de ayer y de hoy	7
San Andrés, ayer y hoy	11
Volver a San Andrés	15
Todos por Barranquilla	19
De regreso de Bogotá	23
De nuevo en Venezuela	27
Por favor, sin agravios	31
Por la dignidad costeña	35
Los amigos de siempre	39
Iguanas y tierrelitas	43
Periodismo y periodistas	47

LIBROS

De la mano del libro	53
<i>Pluma y pincel</i>	58
Sobre libros y autores	62

Diciembre y poesías	67
Meira Delmar y <i>El canto al amor</i>	71
La amistad y el libro	75
Sobre libros, pinturas y homenajes	80
Nuevos libros para leer en diciembre	83
La fundación de Vallédupar	87
Los episodios históricos del Cesar	92
Más sobre el Cesar	96
La fiesta de la poesía.....	101
Tres libros, tres autores nuestros	106
Lluvia y Poesía	110
Dos libros, dos autores	115
El mundo del golf	119
Las <i>Cercanías</i> de Santiago de Alba	123
Más sobre las <i>Cercanías</i>	127
Escalona y Ávila, ahora novelistas	131
El liberalismo económico de ayer y hoy	135
Mas sobre Neoliberalismo y Proteccionismo ...	140
Los precursores del pensamiento económico ...	144
La globalización y el subdesarrollo	149

ECONOMIA

El Marxismo y la inflación	155
La inflación y la realidad	160
Las teorías de la inflación	164
La escuela Estructuralista	169
Divagaciones sobre el dinero	173

Globalización y apertura	177
¿Todo lo extranjero es mejor?	181
Los candidatos, ¡oh, que tristeza!	185

UNIVERSIDAD

La Biblioteca, centro de gravedad de la Universidad	191
Volver a México	195
El saber y el subdesarrollo	199
Aniversarios y festejos	204
La juventud: realidad y esperanza	208
El Neoliberalismo y la historia económica	212

AMÉRICA LATINA

Los Cárdenas y México	219
De la política y los políticos	223
El castellano y la América Latina	227
Venezuela: malestar y riqueza	231
La mundialización de la economía	236
Los libertadores y el Neoliberalismo	240
Resultados del Neoliberalismo	244

ACADEMIA

Las universidades de la Costa y la cultura	250
Tributo a la gratitud	254

Reconocimientos y homenajes	257
El papel de la ciencia económica	261
¿Qué hace usted por Barranquilla?	266

COSTUMBRES

Libros, cine y pinturas	273
La gratitud y la amistad	277
El papel de los periodistas	280
Carnaval y alegría	283
El Colonialismo intelectual	287
Centralismo, libros y gobierno	291
El Derecho Municipal	295
Candidatos a la alcaldía y la seriedad	299
La euforia verbal de los candidatos	303
Neoliberalismo, saber y subdesarrollo	306
Barranquilla y la belleza de lo nuestro	311
Cien días del presidente Samper y la paz	315

CULTURA

El Ministerio de la Cultura	323
Chiquinquirá y Julio Flórez	327

Recuerdos

Cartagena generosa

¿Recordar es vivir, como ya se dijo? Naturalmente... Pero, habría que agregar, vivir en el tinte azul del ayer.

Porque todo recuerdo debe ser digno de cultivo en almíbar. Y hay que tener cuidado de mantenerlo un poco separado de la rigidez de la historia. Ya observaba Paul Gerald y que el recuerdo tiene buenas cualidades de poeta y no debe convertirse en historiador.

¿Que los tiempos pasados fueron mejores? Bueno, por eso la importancia del pincel del recuerdo que cumple el cargo de obsequiarlos surcados de arco iris.

Y aunque todo lo anterior sea cierto, tengan razón también otros críticos al pensar que a través del recuerdo la imagen que se reproduce supera en belleza al original; para mí, el tesoro de resguardo en la memoria de los más disfrutados en los claustros de la Universidad de Cartagena, poca duda necesita del retoque de la ima-

ginación, porque, en verdad, aquello fue pleno, sin límites en el disfrute de la alegría de existir.

Amistades generosas en la entrega del sentimiento, respuesta adecuada de educandos, idearios compartidos, exuberancia del paisaje, en fin, todo ese conjunto armonioso de deleites que satisfacen plenamente.

He sido educador y economista, y aquí encontré el lugar apropiado. La Universidad de Cartagena, por ejemplo, responde a exigencias. Nace en los albores del fragor independiente con delicado compromiso y montones de ilusiones. Y sigue orgullosa de continuar cumpliendo. En sus predios la ciencia, la creación intelectual y el arte, encontraron adecuada morada.

Como economista, el oportuno acontecer fue pródigo. Cartagena es la cuna del pensar auténtico colombiano. En mi libro *El Pensamiento Económico Colombiano* señalo este feliz suceso. Y en un prólogo que he escrito para la obra *Planeación, Apertura y Salto Social*, del profesor Florentino Rico Calvano, que será presentado mañana en la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar, me refiero al caso paradójico que ofrece la historia colombiana en esta materia: mientras en el interior del país, donde estaba localizada la incipiente actividad manufacturera de entonces que tanto necesi-

taba del resguardo, los economistas más sobresalientes, con Pedro Fermín de Vargas, el santo patrón de nuestra venerada Academia de Ciencias Económicas, fueron librecambistas, en la Ciudad Heroica, —puerto de las exportaciones e importaciones y primer centro comercial en las etapas de la Colonia, la Independencia y la República—, José Ignacio de Pombo, Antonio de Narváez, José María del Castillo y Rada y Rafael Núñez, entre otros, en razonar consecuente y meritorio, exponen tesis proteccionistas y de defensa de lo nuestro para un mejor aprovechamiento de los recursos y búsqueda del desarrollo y la industrialización.

Alguna vez, al conversarle a la gran Judith Porto de González sobre este tema, con graciosa espontaneidad costeña, comentó: Es que la historia de Cartagena en su más venturosa parte es la historia de Colombia toda.

Pero permítanme aprovechar la ocasión para hacer referencia a la amistad, la reina de los afectos. De ella aproveché sus obsequios. Los Burgos Ojeda, Serje, Child, Alameda, Macía, Bechara, Arango, Arraut, Vergara Támara, Bossa Herazo, Calderón Mosquera, Angulo, Covo, Méndez, Buelva, Fernández, De la Vega, Morón, Villalba Bustillo, Altamar, Di Filipo, Lafont, García, Pérez Vives, Panesso, Zúñiga, y tantos otros y con ellos mis discípulos, todos oriundos o residentes

entonces de Cartagena, cumplimos a cabalidad el proverbio árabe que define a la amistad como el rocío refrescante de la mañana.

Y a pesar de tener la mochila repleta por la cosecha dadivosa, esta tarde la benemérita Casa de Estudios Superiores del recuerdo cautivador, vuelve a repetir la dosis de generosidad al otorgarme la Condecoración del Sesquicentenario.

Ante tanto beneplácito apenas si se me ocurre parodiar el canto popular para decirles a ustedes, ilustres directivos y amigos: ¡Gracias a Cartagena y a su Universidad por haberme dado tanto!

(Palabras dichas en el Paraninfo de la Universidad de Cartagena, el 12 de diciembre).

La Santa Marta de ayer y de hoy

Una doble complacencia disfruto al volver a Santa Marta: La del recuerdo grato de un ayer inolvidable y la del goce alentador del presente.

Eran los tiempos de la alegre juventud, repleta de ideales y de sueños. Entonces dirigía el *Frente Nacional*, semanario vocero de la insurgencia gaitanista en el Atlántico. En Santa Marta, *Vanguardia*, el otro periódico de izquierda en la Costa, lo editaban los hermanos Ortega Amarís.

El recorrido del viaje a Santa Marta semejaba una proeza, saturada de padecimiento y aventura. A las seis de la tarde, más o menos, salía del puerto fluvial una embarcación. En compañía de José Ángel Bolaño y de Elías Cajeli, ya fallecidos, aproveché las vacaciones escolares para partir en aquella noche decembrina a

llevar el mensaje de los estudiantes de bachillerato involucrados en el quehacer político.

Entonces no había ninguna Universidad en Barranquilla, y en los colegios de secundaria, pese al rigor disciplinario, la enseñanza humanística propiciaba el cultivo de las letras, las artes y la política.

La lancha tomaba el camino de las aguas de un estrecho caño rodeado de manglares. Una nube de mosquitos cumplía el papel de cortejo interminable. Apenas, como apaciguante distracción al martirio, se jugaba a recoger los peces que saltaban al piso, o se apostaba a contar luciérnagas.

En la madrugada la situación cambió. La Ciénaga Grande de Santa Marta ofrecía un espectáculo majestuoso. Yo solo conocía el mar desde la orilla como simple bañista los domingos en las playas de Puerto Colombia. Ahora estábamos todos de pie contemplando una media luna coqueta que parecía asomarse por la ventana de un celaje tenue.

Como una hora después el horizonte dejó de verse y el goce de lo ignoto apenas permitía la frescura de la brisa que llegaba desde espacios lejanos. Al amanecer arribamos a Ciénaga, bullanguera y graciosa, con

mujeres y niños ofreciendo las sabrosuras de sus frutos dulces y maduros. Después llegaba el tren, el diablo de Rafael Escalona, que tampoco habíamos visto nunca.

A Santa Marta la encontré sencilla y bella. Dormíamos en las bancas de una escuela, pero los años mozos y el esplendor de la actividad diaria endulzaba todos los instantes. En esos días de los años cuarenta el escenario de los baños de mar estaba en el perímetro urbano. Los domingos se iba de paseo a El Rodadero, una lomita de tierra blanca acumulada por donde los visitantes se deslizaban hasta los límites de las aguas cristalinas. Por cierto, ahora observo con nostalgia que ese lugar se encuentra descuidado, sin la adecuada presentación de su pasado natural e histórico.

La semana pasada en compañía de doña Anita, don Manuel Figueroa y doña Alicia, fui a Santa Marta a representar a la Universidad Simón Bolívar en el homenaje que le tributaron varias organizaciones culturales, con motivo de los festejos de sus primeros 25 años de labores académicas. Los honores ofrecidos también se extendieron a otras instituciones de fomento y cultura.

De Alberto Hinestroza Llanos, director del Tercer Simposio Bolivariano, recibimos una escultura del Cacique Tayrona y una maqueta réplica de San Pedro Alejan-

drino, elaborada por el artista Leonardo Britto.

Esos momentos de hermandad bolivariana fueron compartidos también con los doctores Hernando Sánchez Moreno, gerente de CORPAMAG; Robert Dilger, director del proyecto de Cooperación Técnica Colombo Alemán para la rehabilitación de la Ciénaga Grande de Santa Marta; Edgar Rey Sinning, Director del Instituto de Cultura del Magdalena; Rafael Guerra, Rector del Colegio Nacional Liceo del Caribe; Luis Eduardo Pinto, José Luis Morales, Teobaldo Mozo, Rosario Piscioti, Alberto Villa, Adis Martínez, Pedro Ovalle y Leonor Manríquez.

En Santa Marta se respira aires de costañidad. A sus intelectuales les preocupa el avance del centralismo que doblega tradiciones y explota recursos naturales sin dejar provecho. Por eso están en ánimo de propiciar intercambios en beneficio de la cultura y la equitativa integración regional.

San Andrés, ayer y hoy

Veó la portada de Condorito y compruebo una realidad que obliga a la sonrisa. Me imagino que después de cargar las maletas repletas de Yayita y verla todo el tiempo en la playa con un simple vestido de baño en miniatura, su incomprensión fue la misma a la de todos los maridos.

En San Andrés, a lo anterior se suma el sacrificio de agotadoras jornadas en visita a los centenares de almacenes. No importa que el mar de los siete colores esté ahí con los brazos abiertos. Ni que el tenue azul que besa las arenas blancas ofrezca sus aguas cristalinas. Mis dos Anitas, madre e hija, llegaron plenas de gozo a cumplir el rito consumista de estos tiempos, como para responder con fidelidad al carácter femenino.

Y lo mismo hicieron las compañeras bolivarianas. Sin embargo, el caso más insólito fue el de doña Josefina de Marthe. Al encontrarse en el comedor del hotel con

doña Marina de Bayuelo, esta le preguntó si ya había estado en Johnny Cay. Y ella, con su graciosa espontaneidad y confundiendo los cayos con las tiendas, de inmediato le respondió: En todas estuve, pero más me gustaron las de todo a mil, y las de tres perfumes por cinco mil pesos. Doña Marina se sorprende, pues fiel a su nombre, se ufana al decir que muy poco conoce ese mundo de mercaderes, porque en las visitas a la Isla, su tiempo lo dedica a las sabrosuras de los baños de mar.

Mientras tanto, en los momentos de reposo, me acompaña la nostalgia por el ayer perdido. Cuando conocí, hace treinta y siete años San Andrés, la pureza de su paisaje y ancestro estaba allí presente: cocotales que rodeaban sus playas, trochas tranquilas que permitían un andar seguro, alegre parlatorio de su gente en su propio idioma.

Ahora en el Hoyo Soplador ya no se puede escuchar el sonido del viento juguetón y del chorro que salpica: el ruido estridente de amplificadores de la música popular de moda maltrata oídos como si se estuviese en mi amado Isabel López o en las barriadas de Barranquilla en los fines de semana.

Lo mismo pasa con la calle que separa la playa de los hoteles: el bullicioso tronar de las motocicletas y toda

clase de vehículos, obliga a cerrar herméticamente las ventanas. Incluso su peligrosa travesía disminuye el sosiego que se gana cuando se mira el telón multicolor del mar.

En la Cueva de Morgan, en buena hora, los árboles frondosos con gigantescas raíces descubiertas permanecen intactos. El cicerone explica que allí escondía el pirata el oro y las joyas de sus asaltos a los barcos españoles. Entonces la doctora Carmen Alicia de Bolívar comenta que a lo mejor jamás dedicó un minuto a la contemplación del atardecer, o a saborear un coco de agua. Ni a sentir el embeleso de la negrura de los ojos de sus esclavas morenas, agrega el doctor Eugenio, su cónyuge.

El doctor Rafael Bolaño, les responde: ¿Y qué ha cambiado? ¿Acaso el cañón por la metralleta? Porque el asunto sigue igual... Se acumulan fortunas para estar escondidos o detrás de las rejas.

No obstante mis añoranzas, el presente San Andrés permite que todos los colombianos y extranjeros disfruten de su encanto y facilita a las señoras el regocijo de las compras de las mercaderías del mundo. En nuestros días la Isla está a disposición de las decenas de miles de turistas ansiosos de un panorama distinto y acogedor.

Por mi parte, saco buen provecho al retorno. Después de cumplir con los compromisos académicos comparto momentos con los intelectuales que tienen a su cargo la actividad cultural. Me voy en busca de Cecilia Francis a la Casa de la Cultura y en su grata compañía paseo por las acogedoras instalaciones. La biblioteca y los salones para el estudio de la música y la práctica de las danzas me entusiasman. Después, en compañía de Joaquín Torres, el acucioso distribuidor de libros y revistas, y Walwin Petersen, el historiador y Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana de Historia, saboreo un refresco.

Más tarde, ya solo, mientras contemplo una vez más el mar, un muchacho me ofrece mangos a mil pesos cada uno. Y es ese el momento apropiado para comprender que todo cambia y hay que dejar a un lado el recuerdo inoportuno. Pienso en la niñez en mi pueblo. Y traigo a la memoria algunos sucesos. Mi abuelo Eusebio vendió en esos años las tierras de Pital a un peso la hectárea. Hoy valen dos millones de pesos cada una. Como quien dice, con los mil pesos que vale el mango podían comprarse mil hectáreas. Y, más aún, un ciento de mango costaba un centavo. ¿Y cómo explicamos los economistas esos fenómenos? Con decenas de teorías, que recorren los libros sobre la materia. Por cierto, una de ellas es de mi autoría.

Volver a San Andrés

La tarde es sencillamente bella. Es uno de esos días invernales que prodigan sorpresas y conducen al recuerdo grato. Varios amigos departimos en el festejo del cumpleaños de Hermes Emilio. O, mejor dicho, de Meme, el nieto menor. Y el Caribe parece compartir alegrías. Como si fuese otro de los niños, juega a la magia: cada cinco minutos cambia de colores y en suave placidez recibe el beso de la llovizna.

Entonces recuerdo a San Andrés con el embrujo de sus colores y el sencillo existir de su gente. Tengo a mi lado al urbanista Cristian Ujueta, y su presencia me traslada al inicio del periplo.

Por allá, a mediados de los años cincuenta, Cristian dirigía el Plan Regulador de Barranquilla. Se me encargó la redacción de la base económica, un análisis de centenares de páginas sobre el pasado y presente de la actividad productiva y comercial de la ciudad.

En 1959 ya estaba en Popayán como profesor de Economía Política en la Facultad de Derecho de la Universidad del Cauca. Allí, en el apacible transcurrir de la villa señorial, compartía inquietudes con discípulos (Carlos Lemos Simonds, Guillermo Alberto González, Germán Caicedo, Ignacio Valencia, Aurelio Iragorri, Olid Larrarte, etc.), todos ellos herederos de sus antepasados en la afición por la política.

Entonces fui invitado por el doctor Jorge Franco Holguín, Director de Planeación Nacional, para que me pusiera al frente de la División de Planeación Regional, Acción Comunal y Urbanismo. Se iniciaba el Gobierno del presidente Alberto Lleras Camargo, y en Bogotá conocían el estudio realizado en Barranquilla.

Y me encargaron la misión de organizar las oficinas de planeación de los Departamentos y de los Municipios capitales del país, y de redactar los proyectos de ordenanzas y acuerdos para la creación de los organismos departamentales y municipales de planeación.

Fue así como llegué, por primera vez, a San Andrés. Eran los tiempos de los albores del desarrollo turístico. En la isla todo era natural y espontáneo, apenas con algo de inquietud por los rumores de un devenir un tanto distinto.

Las autoridades de la Intendencia prestaron su respaldo. Y la oficina de Planeación se organizó bajo el definido propósito de programar el crecimiento con el cuidado de la preservación de la riqueza de la cultura autóctona y las costumbres nativas, y de asegurar que los resultados del desarrollo turístico fuesen, con prioridad, para proyecto de los sanandresanos.

Precisamente, y con fundamento en lo anterior, tuve el cuidado de enviar, como funcionarios orientadores, a un intelectual respetuoso de la historia y la tradición (Fernando Cepeda y Roca) y a un urbanista planificador (Arturo Romano) de la escuela del doctor Cristian Ujueta.

Esos son los recuerdos del San Andrés del ayer, mezcla feliz de embriaguez de paisaje de mar azul y verde en reposo constante, y de acogidas confiadas y amistosas de su pueblo.

Hoy regreso en compañía de la familia bolivariana a compartir realizaciones y esperanzas con la doctora Julia Wilches Gallardo, Rectora del Instituto Nacional de Formación Técnica Profesional de San Andrés.

Aquí estoy con los directivos de la Corporación Educativa Mayor del Desarrollo Simón Bolívar estre-

chando lazos de amistad con el señor Gobernador, los Secretarios del Despacho, funcionarios de IAFIC, invitados especiales y familiares de los primeros graduandos de Gerencia Social.

Han sido dos visitas de alimento espiritual, con objetivos diferentes, pero unidas en la búsqueda de conveniencias comunitarias: la primera, para propiciar un adecuado crecimiento urbano y económico; la segunda, que quiere contribuir en la educación profesional de la juventud promisoría de la simplemente bella tierra de San Andrés.

Todos por Barranquilla

Rafael Escalona me pide que le lleve personalmente su libro *La Casa en el Aire* al señor Gobernador doctor Nelson Polo y al señor Alcalde doctor Edgar George. Entonces aprovecho la oportunidad para recorrer las viejas calles de tan gratos recuerdos de la juventud.

Pero lo que gano es tristeza. El centro de Barranquilla ofrece el más expresivo abandono que la mente pueda imaginar. Hasta en el interior de la sede de la Alcaldía penetran los vendedores de frituras y otros manjares criollos para saciar apetitos de funcionarios y visitantes. Precisamente, en ese edificio del Banco de la República de otros tiempos, que era orgullo de la arquitectura moderna de entonces, compartí oficina, en el quinto piso, con Fernando Cepeda y Roca, cuando dirigíamos la revista *El Economista*.

Mientras le cuento a Escalona la penosa experiencia, él apenas se limita a preguntarme: ¿Y acaso Barranquilla

no es la ciudad que cuenta con más senadores en el país?

En contraste incomprensible veo por la televisión el programa Sábados Felices. Su director interroga a candidatos a la Alcaldía Mayor de Bogotá. Y todos ellos en su propuesta de gobierno, hacen saber que dedicarán los esfuerzos en recobrar el paisaje y el ambiente del centro de esa ciudad.

Yo me confundo y no sé si todo es broma para estar a tono con el carácter humorístico del programa. Porque acabo de regresar de Bogotá. Allá me hospedé en el hotel Nueva Granada, el antiguo San Francisco, morada en el ayer de congresistas, situado en la Avenida Jiménez de Quesada entre las carreras cuarta y quinta, esto es, en todo el centro.

Desde el hotel, como era antes la costumbre, aprovecho los días de sol para ir caminando a las academias, editoras y librerías. Por cierto, la tarde del acto en la Academia Colombiana de Historia, que queda en la calle 10, al pasar por la Plaza de Bolívar, Pedro Obregón, hombre de mundo que conoce Europa y los Estados Unidos tanto como a Colombia, exclamó sorprendido al observar el derroche del mármol y la piedra labrada del nuevo Palacio de Justicia en construcción: "Ni en Washington se dan esos lujos". Entonces, le agregué: Y

eso es con el presupuesto nacional. Vale decir, con los dineros que no atienden la miseria regada en el país.

El domingo disfruto con familiares y amigos la alegría popular que desfila en bicicleta y en concursos de meseros por la Carrera Séptima. Y ni en el centro ni a todo lo largo de la Séptima vimos vendedores ambulantes, ni huecos, ni nada que atestigüe abandono. Por el contrario, allí están todavía buena parte de las universidades y las oficinas de las grandes empresas que se localizaron en esos sitios en los esplendorosos edificios de los años sesenta (Banco de la República, Avianca, Seguros, etc.).

La verdad es que Bogotá, como fruto del crudo centralismo, se ha convertido en una metrópoli poderosa que deslumbra. Es todo lo contrario de Barranquilla. Siempre en mis notas de recuerdo suelo hablar de la Barranquilla progresista y moderna del pasado. En 1946 llegué por primera vez a Bogotá y entonces Barranquilla la aventajaba en servicios (teléfonos, electricidad y acueducto). Ahora es distinto. Camino al aeropuerto, la mal llamada avenida, muestra pozas y charcos gigantes de aguas sucias estancadas. Las universidades están rodeadas de cantinas ruidosas, sin que haya autoridad que las aleje. En fin, por todas partes se nota el decaimiento de nuestra ciudad.

Mientras tanto, los candidatos a los cargos y a las corporaciones públicas derrochan, como nunca, animosidad por sus adversarios. Nadie parece interesado en propiciar temperancia. Y qué interesante sería acariciar la concordia. Eso no significa que el fervor entusiasta por los preceptos ideológicos y programáticos de los aspirantes se limite. Yo, por ejemplo, ya escogí candidatos y me afano en la búsqueda de simpatizantes para ellos. Pero no espero jamás utilizar un lenguaje desobligante en la labor proselitista. Hablo de las virtudes de los míos y no de los defectos de los otros. Y ya es hora, para bien de Barranquilla, de aunar esfuerzos y voluntades en busca de su recuperación y la defensa de sus intereses. En verdad Barranquilla necesita del apoyo de todos sus habitantes.

De regreso de Bogotá

El tema de nuestro tiempo es el de la inflación. El alza de los precios de las mercancías y servicios golpea cada vez más a los sectores de ingresos medios y bajos.

Cuando viajaba a Bogotá la semana pasada, precisamente, con un discurso sobre las teorías interpretativas de la inflación debajo del brazo, leí en el avión una noticia publicada en *El Heraldo*, del Departamento Administrativo Nacional de Estadística, DANE, acerca del costo de vida en las principales capitales del país. En dicha información se hacía saber que Barranquilla era la ciudad más barata, en donde el índice de los precios solo había subido en cero catorce por ciento.

Ese extraño dato me hizo recordar lo sucedido a doña Anita quien, con motivo de un acto social en la Universidad Simón Bolívar, unos pocos días antes se acercó a una panadería popular, de las instaladas en la carrera 20 de Julio, en busca de un exquisito pan con mermelada

de guayaba que acostumbraba a comprar a mil pesos la unidad. Y la sorpresa fue poco grata: ya el precio estaba a mil quinientos pesos. Vale decir con cincuenta por ciento de aumento en el primer alimento de los humanos en una semana.

Como economista, acostumbro a las observaciones de los hechos relacionados con esa disciplina. En las visitas al comercio bogotano, por ejemplo, pude constatar que los precios de todas las mercancías y servicios son inferiores a los de Barranquilla. Incluso los de contrabando. Por eso, con gracia y acierto, el sociólogo Jorge Bolívar, comentaba: Ya el centralismo le ha quitado a la Costa hasta la natural condición de ser la entrada del contrabando. Ahora llega directamente a Bogotá por vía aérea para distribuirlo después al resto del país.

La realidad es que en Barranquilla todo es más caro, diga el DANE lo que quiera decir.

A los amigos bogotanos les criticaba su exagerado inconformismo. De todo se quejan, a pesar de gozar de condiciones extremadamente favorables en relación con el resto del territorio nacional, sus calles son amplias y limpias, casi libres de baches. La abundancia de mercancías nacionales y extranjeras ofrecidas en miles de almacenes es simplemente sorprendente. Desde los sitios

altos puede apreciarse la pujanza de las construcciones de edificios modernos. Es tanto el esplendor que obliga a deducir que la riqueza del país se disfruta allí.

Tuve la oportunidad de visitar varias veces el norte y el centro de Bogotá. El norte es la intensidad del modernismo. El lujo de los almacenes y centros comerciales, las avenidas bien cuidadas, la diciente emulación de las edificaciones, en fin, el interminable desfile de automóviles de último modelo, obligan a pensar en el disfrute de sus habitantes de la comodidad y el lujo.

Sin embargo, yo me hallaba a gusto cuando paseaba la Séptima. Tal vez por el dominio del recuerdo, el encanto bogotano lo encuentro en sus calles antiguas. En ellas se aprisiona buena parte de la historia colombiana. Capitolio, Casa de Nariño, Museos, Monserrate, vitrinas repletas de emparedados y aceras cubiertas por abalorios y toda clase de artículos que se venden en el mercado del "agáchate y coge", aún representan la autenticidad y el espíritu capitalino.

Llegué a Bogotá por primera vez hace medio siglo. Entonces, desde el punto de vista del modernismo, Barranquilla era más ciudad. Quiero decir, la superaba en los servicios telefónicos, de energía, acueducto, transporte, de aeropuerto, etc. Apenas le faltaban a Barranquilla las universidades.

Ahora las cosas han cambiado. Bogotá es una metrópoli en manos del gigantismo. La apacible ciudad del ayer la atropella el acelerado existir del presente. No obstante, con los amigos bolivarianos, me empeñé en volver a saborear las caminatas propias para la conversación que antes llamaban septimazos. Y por las amplias aceras dialogo y saludo a los amigos del ayer y a los costeños que también transitan en busca de paisanos y de noticias de su tierra natal.

Y, como para darle fuerza a la remembranza, el clima contribuyó con su aporte: de mañana, un sol andino apaciguador del frío; y en las tardes, la suave llovizna que acaricia y humedece rostros.

De nuevo en Venezuela

La benemérita Universidad Rómulo Gallegos de la ciudad de San Juan de los Morros, capital del estado Guárico, me invita a dictar unas conferencias y a recibir la Orden Académica Rómulo Gallegos.

La buena nueva de volver a Venezuela me entusiasma. Allá están los amigos que comparten idearios y dedican su capacidad creadora al enriquecimiento del patrimonio de la ciencia social latinoamericana.

Los generosos anfitriones me envían los pasajes. Pero en vez de alegrarme, el detalle me entristece. Soy un romántico, prisionero perpetuo del recuerdo grato. Y la dura realidad golpea mis sentimientos. Según los tiquetes, para llegar a Caracas, que queda también en el Caribe y apenas a una hora de vuelo, debo ir primero a Bogotá, en las frescas alturas de los Andes, para después regresar a la costa venezolana. Como quien dice, un día en la odisea. Y todo esto en la gloriosa empresa pionera

de la aviación comercial en las Américas, que tuvo como cuna de nacimiento a Barranquilla.

Entonces acuden a mi memoria los días de la juventud. Con cuánto orgullo llegábamos a otras partes a informar sobre el progreso de nuestra ciudad y el significado del transporte aéreo en su porvenir. Por cierto, en esos años de la década de los cuarenta, ya se contaba con un amplio y moderno aeropuerto, digno de la sede precursora de los metálicos pájaros voladores. En Bogotá, por el contrario, nada de eso existía. Apenas una modesta edificación, como quien dice, una residencia de familia de clase media, cumplía esas funciones.

En esos mismos tiempos varias veces viajé a Venezuela. Hasta en 1948, después del 9 de abril, residí en Caracas y Maracaibo como exiliado voluntario. En los días agitados y esperanzadores de la insurgencia liberal participé como director de un periódico y directivo de los universitarios gaitanistas, y la represión oficial obligaba a la prudencia.

Hace medio siglo no se contaba con carreteras internacionales. Pero desde Barranquilla todo se facilitaba. Varias empresas de aviación unían a Barranquilla con Maracaibo y Caracas. Naturalmente, las nuestras eran las más dinámicas. Ahora me niego a ir al sur para

regresar al norte. Y más aún cuando el sacrificio lo propicia la hija mimada de La Arenosa. En buena hora la empresa de la primavera de Costa Rica me libra de la mortificación.

Ya estoy en Caracas y empieza la alegría. Al hotel, el Hilton, la primera noche un gracioso moreno, de decir espontáneo, compensa el cansancio con relatos sobre su participación en el cuidado del señor presidente Clinton. Según él, en condición de conserje, le tocó permanecer una semana sin poder salir, ni asomarse en las puertas, en la habitación de dos pisos que sirvió de albergue del poderoso visitante. Incluso el presidente Clinton tenía que utilizar el ascensor de la cocina para evitar la presencia de extraños y curiosos. Y para que no tuviese dudas de su misión, el simpático informante me obsequió el libro del Nuevo Testamento que estaba en la alcoba presidencial.

Y muy oportuna la Sagrada Biblia. Porque esta tarde se la daré al arquitecto, poeta y golfista doctor Gustavo Raad Mulford, para que encuentre consuelo en su lectura después de que se entere de los datos electorales de los comicios del pasado domingo.

En la mañana, bien temprano, llegan por nosotros —doña Anita, Anitica, el doctor Porfirio Bayuelo y yo—

el señor Rector de la Universidad Central de Venezuela, doctor Trino A. Díaz; el señor Presidente de la Academia de Ciencias Económicas, doctor Armando Córdova; y los doctores D. F. Maza Zavala, Tomás Enrique Carrillo Batalla e Isbelia Sequera, todos ellos de la Academia de Historia.

El desayuno se salpica de complacencia. Porque, además de la razón universitaria, sirvo de feliz mensajero de un acontecimiento bibliográfico. Jorge Pérez, el entusiasta gerente de la Editorial Grijalbo, me ha hecho portador de las pruebas del próximo libro del maestro Carrillo Batalla, que será publicado bajo los auspicios de las Universidades Central de Venezuela y Simón Bolívar.

Por favor, sin agravios

Se inicia la campaña política y los ánimos se enardecen. En el acontecer histórico la política parece condenada a propiciar excesos de pasiones y discordias. Los amigos del ayer se alejan y los enemigos se acercan. Por eso los del pasado solían aconsejar: No hables tan mal de tu enemigo de hoy que será el amigo de mañana; y no confíes mucho de tu amigo hoy, porque será el enemigo de mañana.

En la historia de Colombia los ejemplos en este acontecer son tristemente elocuentes: mientras se luchaba en los campos de batalla por el logro de la independencia y la libertad, todos nuestros héroes se mantenían unidos y hermanados bajo el alero de la disciplina alimentada por los idearios patrióticos. Nadie se detenía a cosechar ambiciones de poder, ni mucho menos a esquivar sacrificios. Eran entonces uno para todos y todos para el ideal emancipador.

Pero vino la actividad partidista, y el actuar fraterno

se derrumbó. La ambición del poder dejó a un lado sueños e ideales. Cada uno por su lado quiso mandar sin importarle el destino histórico correcto de una gran patria unida. Y los grandes artífices de la epopeya terminaron humillados en el destierro o en el paredón de fusilamiento. Bastaría con recordar a Bolívar: camino a la Costa recibió toda clase de ofensas en las calles bogotanas, y en Maracaibo y Caracas, se festejó la muerte del "tirano" en los informes oficiales.

Y podría pensarse que nunca como ahora la práctica proselitista debe adelantarse en marcos de prudencia y moderación. Se viven tiempos difíciles de violencia e intolerancia. A Colombia se le tiene en el triste célebre concepto del país menos adecuado para la convivencia y de mayor descuido de los derechos humanos. Ni siquiera los niños pueden disfrutar la simple libertad de asomarse a las ventanas o jugar en los sardineles.

Qué interesante sería, pues, que los aspirantes a formar parte de las corporaciones públicas respaldaran sus candidaturas con programas de acción y de gobierno. Hasta ahora es muy poco lo que escuchan los electores sobre esta materia, ya se trate de los postulados a la presidencia, al congreso, a las gobernaciones, a las alcaldías, a las asambleas y a los concejos. Y cuántos problemas no aquejan a la nación y a las distintas regiones:

violencia, concentración de la riqueza, latifundismo, injusticia social, neoliberalismo, entrega de las empresas oficiales a la voracidad de multinacionales, etc.

Para el caso del Atlántico y de Barranquilla las deficiencias y limitaciones ofrecen atractivas oportunidades para continuar trabajando por la descentralización nacional, la distribución de tierra laborable a los campesinos, la mejora de las vías de comunicaciones, la construcción de nuevos colegios y escuelas públicas, los servicios de salud, el fomento de industrias, y tantas otras realidades que reclaman soluciones.

El domingo pasado, por ejemplo, mis hijos quisieron degustar un pescado fresco a la orilla del Magdalena. Y salimos para el barrio Las Flores. Con mucho esfuerzo logramos pasar el lodazal y la pequeña laguna de la entrada. La calle principal y todas las demás de ese sitio habitado por gente atenta y amigable carecen de pavimento, a pesar de la vecindad con las fábricas de cemento y asfalto.

Esta realidad entristece, porque Las Flores debe ser un lugar orgullo de Barranquilla para la recreación. Allí hay muchos restaurantes bien atendidos y con las sabrosuras de las riquezas del mar y del río. El solo espectáculo del paisaje invita al disfrute de la naturaleza

y de sus frutos. Paul Obregón Carbonell, que parece una catarata parlante cristalina ponderando los sabores de los mariscos y el frescor de las brisas, invita a contemplar desde la orilla el verdor de las matas acuáticas que navegan y se aprovechan de la ocasión para acariciar los cascos de los barcos anclados. Y en el cielo, con nubarrones lejanos, el vuelo circular de alcatraces, como queriendo despedir al Magdalena en los últimos tramos de su inquieto recorrido. ¡Y Barranquilla sigue a espaldas de toda esa belleza que le obsequia la naturaleza!

En verdad, los temas abundan para despertar ánimos y estimular electores, más allá de la mucha efervescencia en el agravio personal.

Por la dignidad costeña

Nunca como ahora la dignidad de la Costa ha estado tan de capa caída. Se acerca la fecha de la elección del próximo Presidente de Colombia y todas las regiones del país presentan a la consideración pública sus candidatos. Incluso algunas ya cuentan con dos o tres.

No es el propósito de evaluar las virtudes de los pretendientes. Cada quien tiene el derecho de aspirar a regir los destinos de la Nación. Lo que apenas es soportar la triste realidad de complejo, desgano y conformismo de una dirigencia y de un pueblo que en el pasado fue ejemplo de insurgencia, autenticidad y decoro.

Parece como si nos hubiésemos conformado con el papel secundario de simples electores y sumisos soldados de aspiraciones y causas ajenas. En pasadas elecciones la votación de la Costa ha definido triunfos. Así sucedió con el del actual Presidente, doctor Ernesto Samper.

La Costa representa más de la cuarta parte del total de la población colombiana. Más aún, siempre ha hecho gala de una identidad cultural y de una expresiva manera de ser. Sin embargo, en momentos como los actuales, cuando la abundancia de candidatos de otras partes podría facilitar las posibilidades de una victoria, toda la actitud de dirigentes y dirigidos parece limitarse a buscar aleros ajenos y distantes.

Pero lo más inconsecuente es que se puede comprobar que en los ocho departamentos costeños existe una abundancia de figuras con iguales o mayores méritos que los candidatos de otras partes. Y cuando hablo de costeños me refiero, e incluyo, a todos los que viven en la Costa.

Vuelvo a repetir, no se trata de descalificar a nadie. Apenas si me atrevo a opinar que de los distintos sectores de la actividad política, empresarial, académica, universitaria, sindical, etc., la Costa puede darse el lujo de presentar al país ramilletes de personalidades con sobrados méritos para dirigir sus destinos.

Y nunca como ahora, también, la Costa necesita defender sagrados intereses menoscabados. En un artículo del ex gobernador Gustavo Bell Lemus publicado en *El Heraldó*, el prestigioso escritor deduce del análisis de las cifras estadísticas que la Costa está en vías de extinción.

Las cifras son elocuentes: acá se cosecha la miseria en los fértiles latifundios dedicados a ganaderías extensivas de propietarios ausentistas. La violencia, tan exótica en el ayer, abarca cada vez más áreas; el porcentaje de analfabetismo es el más alto del país; las fábricas se instalan en otras partes y el desempleo se acrecienta, etc.

Mientras tanto el centralismo hace su agosto con el beneplácito de los que piensan que su responsabilidad es mínima, pues, según sus opiniones, todo depende de nosotros. Y este punto del asunto exige aclaración y toma de un lineamiento consciente y defensivo.

El hombre, se ha dicho, es simple hierba en manos de los sistemas. Las características de las superestructuras son reflejos de las estructuras prevalecientes. A nivel general, fenómenos como los de la miseria, la desigualdad social, el predominio clasista, etc., constituyen expresiones de determinadas estructuras. Lo mismo sucede en los regímenes centralistas y descentralistas. De sus prácticas de gobierno se desprenden resultados distintos. Por ejemplo, el centralismo es sinónimo de concentración de poder y privilegios, de usufructo de las riquezas minerales periféricas. Y, más perjudicial en términos nacionales, de distorsionamiento y obstáculo del desarrollo, por cuanto deja a un lado las condiciones adecuadas para la favorable localización de la actividad productiva.

El escenario de los acontecimientos es propicio para el éxito. Hay abundancia de candidatos, pero ninguno parece responder a los requerimientos del pueblo. Y qué interesante sería que un ciudadano de estas latitudes costeñas tomara en sus manos banderas descentralistas y programas políticos de retorno a los principios interventores, con un Estado responsable del acontecer social, de la defensa de los recursos naturales, de la protección de las empresas nacionales y del trabajo del hombre colombiano.

Ante los resultados nefastos del neoliberalismo y la globalización, de entrega del patrimonio público a la voracidad de los monopolios extranjeros, y tantas otras estrategias negativas, propuestas de orientaciones políticas defensivas y de reformas democráticas agrarias y formas de tenencia del capital y la propiedad, de seguro despertarían entusiasmos. Un programa que conmoviera al electorado no solo de la Costa sino también de todas las regiones del país, más allá de las luchas personalistas que prevalecen en la actual campaña electoral.

La búsqueda de la paz y de soluciones al vergonzoso analfabetismo, al desempleo, a la falta de viviendas, etc., son motivos suficientes para pensar en una respuesta acorde con las esperanzas de las masas. Pero, además, la dignidad de nuestra manoseada región costeña, reclama una conducta soberana de su dirigencia y de su pueblo.

Los amigos de siempre

Resulta benéfico cosechar nuevas amistades, pero sin el descuido en mantener las viejas. Yo siempre busco pretexto de viajes a países y ciudades que en realidad solo tienen el propósito del encuentro con los compañeros del ayer. Y qué grato comprobar que el más noble de los sentimientos humanos, la amistad, sigue en primera fila en este mundo doblegado por bajas pasiones.

He regresado de Bogotá con el ánimo reconfortado. Fueron cinco días de disfrute en los predios del recuerdo y del presente creador. Por encima del nebuloso acontecer de la violencia y el afán dinerario, el quehacer intelectual está presente con mochila repleta de idearios y esperanzas.

Los amigos se valen de mi presencia como un motivo para la reunión que propicia el diálogo estimulante. David Sánchez Juliao y Rafael Escalona hacen de anfitriones en el piso veintidós del edificio Barichara. Ese

día el sol estuvo radiante, libre de nubes y neblinas. Por eso el espectáculo de luces en la noche se extendía hasta la sabana.

Allí llegaron académicos, escritores y editores, entre ellos, Otto Morales Benítez, Antonio Cacia Prada, Isidro Parra Peña, Raúl Alameda Ospina, Manuel Zapata Olivella, Óscar Alarcón, Jorge Pérez, Benjamín Ramírez, Patricia Arteaga, Marcela Tuseddu, Eduardo Vanegas, Claudio Manotas, Héctor Lossa, Judith de Petit, Estela Padilla, Eulalio Pardo, Antonio Andrews.

David Sánchez Juliao se enorgullece de sus virtudes culinarias. El pernil que exhibe en el centro de la mesa del comedor atestigua esta nueva habilidad del escritor. Después, al degustarlo, recibe complacido los elogios de los contertulios. Bueno, en verdad la ocasión de departir y conversar sobre temas distintos a los que copan el interés de los noticieros de televisión o radio, es tiempo que depara goces especiales.

También tuve la honrosa oportunidad de asistir a la primera sesión de este año en la Academia Colombiana de Historia. La lucidez y erudición de su presidente, Luis Duque Gómez, irradiaron majestuosidad al acto. En la mesa directiva, además, complementaban los informes, los doctores Roberto Velandia, Pilar Moreno de

Ángel, Fernando Mayorga García, Antonio Cagua Prada, Fernando Restrepo Uribe, Jorge Morales Gómez y Humberto Triana y Autorveza.

Uno de los temas, de general complacencia, fue el relacionado con la búsqueda de un intercambio más activo con las otras academias de historia del país y de América Latina. Entonces intervine para informar sobre la labor que adelantan las Academias de Cartagena y Venezuela. Así, en Cartagena, Roberto Burgos Ojeda, el consagrado humanista y catedrático, ha programado para 1997 conferencias, mesas redondas y publicaciones. Y en Caracas, la Academia de Historia de Venezuela es ejemplo de vitalidad y empeño.

En la Universidad Central compartí con José Luis Gómez Valderrama, Rector; Ramón Manrique, Secretario General; Alfonso Ortega Rodríguez, Decano de la Facultad de Economía, y profesores e ilustres invitados, la presentación de la revista *Hojas Económicas*, en su nueva época.

Es esta una publicación pulcramente editada con un contenido serio en el análisis de las ciencias económicas y sociales. En Carta al Lector, el doctor Gómez Valderrama, expresa: "La presente edición de *Hojas Económicas* sale a circulación en momentos en que el debate econó-

mico del país sugiere la necesidad de profundizar en los problemas de la teoría y de la política económica. Los recientes fenómenos de crisis aparecen como imperativos para el desarrollo de la conciencia crítica y constructora de la sociedad, que por esencia debe caracterizar el quehacer universitario”.

Y, como las sorpresas siempre me escoltan, en los muchos taxis que ocupé en Bogotá en compañía de las dos Anitas y del doctor Porfirio Bayuelo, solo escuché vallenatos, cumbias y porros. Hasta me informó uno de los conductores que hay dos emisoras que solo transmiten música vallenata. Por el contrario, en el taxi que en Barranquilla nos condujo del aeropuerto a la casa en el barrio Paraíso, los ritmos norteamericanos y merengeros estaban a la orden de los oyentes. Y, a manera de complemento del absurdo, la prensa comenta la discriminación de la Junta del Carnaval a los conjuntos vallenatos.

Iguanas y tierrelitas

Leo un aviso de la Corporación Autónoma Regional del Atlántico, CRA, y del Ministerio del Medio Ambiente en defensa de las iguanas. En él hay un retrato de la cabeza de un bello ejemplar, y se solicita al lector que lo conserve porque es de uno “de los pocos que todavía hay en el departamento del Atlántico”.

Yo, como “iguanero” arrepentido, comparto la laudable campaña. En el libro *Del Recuerdo a la Semblanza* relato mi pericia de infancia, con ojos afortunados para descubrir la mimetizada víctima en el follaje de los altos árboles. Una puntica del rabo o la uña de las patas me bastaba para iniciar la alegre algarabía del encuentro. En algunos casos Tigelino, el perro veterano en esas lides veraneras, se me adelantaba con su olfato natural. Por la cresta, o por los “botones” en la parte de abajo de las patas traseras, distinguíamos de inmediato el sexo. Incluso, en sus alturas sabíamos calcular las docenas de huevos que guardaban sus vientres.

Y no puedo negar la sabrosura de esos huevos recién cocidos, calentitos, con una rueda de buen bollo de yuca. Recuerdo la primera vez que probé el caviar en Moscú. Entonces le comenté a doña Anita que no lo cambiaba por nuestros huevos de iguana.

Es correcto, como lo suponen los de la CRA, que “las iguanas sufren cuando les abren el vientre” y hasta quedan estériles. Pero los dolores también maltratan a otros animales que benefician al hombre. Ahí están las vacas que aportan el primer alimento, su leche, con sus extremidades amarradas para recibir el hierro incandescente de la marca que señala propiedad. Es más horrible escuchar el mugido doloroso, olfatear el olor de piel quemada y ver el humo que se desprende del cuero chamuscado. En los camiones de los pueblos se guindan boca abajo las gallinas por horas cuando se les traslada a la ciudad. Y sería interminable el inventario, pero todo eso es poco comparado con el sacrificio de la vida.

Acá en el Atlántico, por lo menos, apenas se consumen los huevos de las iguanas, porque casi en toda la América Latina sus carnes blandas y apetitosas, fruto de las hojas más tiernas que les sirven de único alimento, son plato común desde la abundancia aborígen.

Pero quiero decir al oído de la CRA que en mi niñez no existía ningún peligro de extinción, ni tampoco lo

hubo en el pasado. Entonces en mi aldea, como en todos los pueblos del Atlántico, estaban los extensos campos ejidales, y las tierras, de propiedad de los propios campesinos, o de ciudadanos residentes en esos pueblos, se mantenían en su mayor parte cubiertas por arboledas. Tanto, que los sitios escogidos para las siembras, después de recoger las cosechas se les dejaba descansar para que volvieran a crecer los árboles.

Ahora el asunto es distinto. La ganadería extensiva que prevalece en el Atlántico erradica árboles y ahuyenta o aniquila iguanas, conejos y pájaros, con el veneno de los herbicidas. Es esta la causa fundamental de la extinción.

No quiere decir lo anterior que patrocine el sistema primitivo de "capar" iguanas. Ojalá algún día la ciencia encuentre el método adecuado para extraer los huevos sin sufrimientos ni peligros de esterilización, para poder seguir degustando el sabor inconfundible de ese caviar criollo.

Barranquilla está repleta de pajaritos que han huido de los campos fumigados. En el patio de mi casa me acompañan veintidós tierrelitas, gritones "tortuluis", sonoros cucaracheros, viuditas, etc. Todos los días bajan de los robles y ciruelos en busca de los granos de millo

y los pedazos de guineo. Los amigos me cuentan que lo mismo sucede en sus residencias. Aquí, en la ciudad, donde antes se asustaban con el ruido de los vehículos y el tumulto de la gente, ahora están más seguros. Por cierto, las tierrelitas, o tórtolas, me han defraudado. Siempre, como se piensa y se dice en las canciones, han sido símbolos del amor y fraternal entendimiento. Pero, todo lo contrario, al acercarse a comer no dejan de pelear o amenazarse con las alas levantadas.

No sucede así con las palomas caseras, acostumbradas ya a picar el maíz en mis manos. Como le digo a mis amigos, antes tenía que ir al parque de María Luisa, en Sevilla, para deleitarme con eso. Ahora lo hago acá en los atardeceres.

Mi compadre Manuel Figueroa y su cuñado el doctor Rafael Bolaño, también sacan provecho y gozo de las palomas. Como ellos se resisten a entrar en la moda de los celulares, cuando están en Caracolí, el uno, y Xochimilco, el otro, suelen comentar los sucesos universitarios a través de mensajes que llevan unas dóciles palomas amaestradas. Además, me han dicho, que en sus fincas resguardan buena parte para las arboledas que purifican el aire y permiten el existir de iguanas y pajaritos.

Periodismo y periodistas

El periodismo ha sido siempre la actividad intelectual de mis preferencias y admiraciones. Buena parte de mis familiares y amigos cultivaron o cultivan el oficio. Por eso, cuando un periodista nos abandona, me entristece su partida.

El 17 de enero murió Hernando Quintero Millán. En su entierro estuvimos los amigos del ayer, los del quehacer exigente que no acepta límites en el compromiso. Y aunque él gustaba de tildarse godito raso, las flores que adornaron su tumba en abundancia, fueron rosas rojas, hortensias azules y claveles blancos. Porque, en verdad, más que acompañantes de distintivo partidario, los rostros afligidos representaban la albura de la amistad.

El periodismo en todas sus características es desem-

peño altruista y benéfico para la sociedad. Podría decirse que en su seno se conjugan los distintos géneros literarios. Y la literatura, en concepto de Hebbel, es revelación: en ella ronda toda la humanidad con su alegría y dolor; y toda historia suya es un evangelio en el que se anuncian las realidades que determinan una existencia.

Yo mantengo admiración especial por lo que me atrevo a llamar periodismo proletario. Ese que permite entregar a los amigos y vecinos cada semana, quincena, mes, o cuando se puede, las hojas impresas del pequeño periódico, o la revista hecha a puro pulso.

En días pasados le daba a conocer al profesor Luis Palencia Caratt el propósito que tengo de publicar este año un libro con los poemas, ensayos, cuentos y artículos de los colegas de las décadas de los años cuarenta y cincuenta que compartieron inquietudes y acariciaron sueños.

En las tardes despejadas acostumbro a visitar con los míos la Heladería Americana. Y lo hago para sacar complacencia a los saboreos del inconfundible frozo-malt y del recuerdo. Porque entonces, cuando degusto el sabor del chocolate nativo a la manera griega, regreso a los tiempos gratos de la Lunchería Americana y del Café Roma, sitios de encuentro de los personeros del

periodismo heroico. Allí siempre estaban los directores que tenían que hacer también de redactores, correctores de pruebas, busca y cobra avisos, etc. Los sábados eran días de fiesta. Complacidos, los que fungían de directores, "mandaban" los tintos cuando el mocho de la muleta de voz sonora y el camarada Portacio voceaban los nombres de sus publicaciones al lado de *El Herald*o y *La Prensa*.

De esos amigos algunos ya se fueron. Digamos el caso de Armando Torregrosa, el hacedor del verso enamorado de la vida, que fue a morir en Maicao. Rafael Rash Ferreira, el lector empedernido y contertulio sin tregua. Marceliano Polo Restrepo, inquieto y sin descanso, disfrutador de la noticia y de su Elisita. Joel Rivera Pertuz, siempre imaginando una tribuna con su palabra fácil, aunque estuviese sentado. Aniano Iglesia, a la espera del suceso político para prodigar opiniones.

De los otros, muchos se han refugiado en el seno familiar, tal vez para mostrarles a los nietos las páginas de un ayer fecundo; y de complacencia. Armando Cañavera, poeta mayor, vive en exilio voluntario en el barrio Boston. Aureliano Gómez Olaciregui disfruta atardeceres en la calle ochenta y pico; Carlos Conde, radicado en Magangué para ver pasar el Magdalena sin zozobras; Antonio J. Olier, de regreso en su paraíso carta-

genero; José de la C. Mendoza, todavía escuchando la radio, pero con la nostalgia de la de antes; Santos Valencia Asprilla, por los barrios del sur sin dejar de hojear a su "Colombia"; Olegario Pertuz, en Nueva York, añorando regresos.

Y grata noticia: Me informa el doctor Palencia Caratt que Carlos Osío Noguera, CON, con sus setenta años de periodismo a cuestas, es ahora el NOC de los versos agradables de la página editorial de *El Heraldó*. Como Adalberto del Castillo y Amador, el propio Palencia Caratt y Urbano Rodríguez, no dan brazo a torcer, y ahí siguen tan campantes al pie de la Remington y la Underwood de antes, o la Olivetti y Brother, de ahora.

Y esta semana con Hernando Quintero Millán se fueron dos damas ilustres, la doctora Selfia Cortés viuda de Garzón, jurista y ex magistrada del Tribunal Superior del Atlántico, quien cultivó un hogar ejemplar con el odontólogo Luis Garzón; y la profesora Magali Donado de Aristizábal, catedrática en la Facultad de Básica Primaria de la Universidad Simón Bolívar.

Para los familiares de estos amigos y amigas van nuestros sentimientos de pesar.

Libros

De la mano del libro

Antes, en la escuela primaria, los colegios de bachillerato, las universidades y, especialmente, en el hogar, el libro estaba a la mano de todos para cumplir la sagrada misión de obsequiar el pensamiento de sus autores.

Hoy las cosas son distintas. Las figuritas mágicas de los nintendos y la simplicidad de la televisión doblega voluntades y acapara tiempos disponibles de la juventud.

Tal vez por eso, nunca como ahora, se hace necesario promover la provechosa utilización del libro como el instrumento adecuado que ofrece la respuesta a la inquietud intelectual.

Los libros suelen cumplir el papel de las abejas que llevan el polen de una inteligencia a otra, razonaba un lector agradecido. Montesquieu, en sus momentos de incertidumbre, hacía saber que en medio de sus penas

siempre una hora de lectura bastaba para consolarlo.

Y en verdad que el libro es insustituible en el camino de la enseñanza y la formación. Porque –y razón le sobraba a Carlyle para asegurarlo– todo cuanto la humanidad ha hecho o pensado perdura en las páginas de los libros.

En la Universidad Simón Bolívar no se ahorra esfuerzo en la promoción de la palabra escrita. Los libros publicados bajo su patrocinio se obsequian a todos sus profesores y graduandos, y sus revistas también llegan gratuitamente a manos de los estudiantes. Más aún, en las distintas paredes de sus instalaciones son exhibidos en vitrinas, y los artistas le rinden homenajes en los murales.

Lo interesante de este acontecer electrónico de imágenes es que la actividad libresca no decae. Nunca como ahora los autores entregan entusiasmados el fruto de sus cosechas.

Todos los días los generosos amigos me deparan alegrías con el envío de nuevos libros y revistas. Y en las universidades parece darse una loable emulación en las actividades editoras. Todas ellas publican y presentan los trabajos de investigación científica y creación

literaria de sus profesores y allegados.

En mis manos tengo y acaricio libros recientemente editados. Del acucioso académico e historiador Antonio Cagua Prada leo *Los Hijos Secretos de Bolívar*. Como comentan Benjamín Ramírez y Carlos Sánchez Montoya, sus editores, allí está un personaje distinto al genio de América, al hombre de Estado, al militar. Es un Simón que ama y es amado, que encuentra en la danza un ejercicio espiritual. O, como lo recuerda el prologuista Javier Ocampo López, esta obra tiene un objetivo que bien manifiesta el autor: estudiar al Libertador de carne y hueso, más humano, más nuestro, pero siempre inmortal.

Dos economistas venezolanos comprometidos con el estudio de la realidad latinoamericana nos ofrecen su reciente cosecha en el libro *Integración y Cultura Latinoamericana*.

Gastón Parra Luzardo, miembro del Consejo Nacional de Economía, e Isbelia Sequera Tamayo, ex Presidenta de la Academia de Ciencias Económicas, enriquecen el pensamiento auténtico de América Latina con dos estudios magistrales.

El doctor Parra Luzardo trata el tema de la integra-

ción con soltura y dominio. Se pasea por la historia unificadora de nuestros países, o, para ser más exacto, por los intentos de integración con críticas y observaciones de gran contenido doctrinario.

La doctora Sequera Tamayo obsequia a los lectores la sabrosura de una prosa que parece brotar espontánea, límpida y fresca. En su razonar conjuga la erudición y el juicio certero con la emotiva valoración del legado cultural vernáculo. Su análisis, de sabor filosófico y contenido humanístico, obliga al orgullo por el ancestro y fortalece la confianza en el porvenir de América Latina.

Y el muy fecundo Apolinar Díaz Callejas, el hijo mimado de Palmito y orgullo de Sucre, empieza a alborotar el cotarro de la polémica enriquecedora con las cuatrocientas setenta y una páginas de su documentado análisis sobre *Colombia y Estados Unidos: entre la autonomía y la subordinación. De la Independencia a Panamá*.

Es un libro sencillamente apasionante, de ilustración y claridad histórica. En diez capítulos se abarca el proceso de la dependencia y el subdesarrollo. Un crítico autorizado opina de esta obra del incansable escritor y político: "Pocas veces se ha intentado llevar a cabo un análisis extenso y profundo de las relaciones entre Estados Unidos y Colombia durante el siglo XIX. Mediante

un enfoque original el doctor Díaz Callejas realiza un notable esfuerzo. Nos presenta el panorama –uno de los más completos en la historiografía– de los vínculos bilaterales que, con el paso del tiempo, tendieron irremediablemente hacia la subordinación de Colombia ante la potencia del Norte y, que condujeron a la separación de Panamá”.

Pluma y Pincel

Gustavo Raad ha tomado en serio su idilio con las musas. Dos años atrás entregó a los lectores sus *Cantos, Cuentos, otros Sueños y Acuarelas*. Hace ya meses la primera edición se agotó. Ahora acaba de salir la segunda, con la misma pulcritud. Este libro, realmente, goza de doble paternidad. Los poemas y cuentos son hijos del poeta magangueleño. Pero las veinte acuarelas que ilustran los textos brotaron de la paleta de Ignacio Consuegra Bolívar. Ellos son dos arquitectos hermanados por el compromiso intelectual.

Ahora, en *Pluma y Pincel*, también llega acompañado de la magia del color. Pero los padres, en lo que corresponde a la delicada expresión artística, son cinco consagrados acuarelistas. Ignacio, el compañero de trabajo y fantasía, invitó a participar a los otros cuatro en el festín del matiz y la metáfora. Son ellos, Giancarlo Machi, Manuel de los Ríos, Álvaro Rodríguez y Roberto Angulo.

Jorge Pérez, el responsable de las ediciones de Gri-

jalbo, vuelve a enriquecer el oficio. La lindeza de las páginas impresas cortejadas por la suavidad iluminada de los colores, amerita el virtuosismo en el convenio y la exigencia.

El poeta sigue tras las huellas del amor, aunque lo tilden de loco por la persistencia. Dialoga en silencio con el corazón y le recuerda que en el ayer se sometió a las cadenas del ensueño perpetuo. Y entonces se atreve a ofrecer, a manera de cambio, la risa por el llanto, la balada por la pena, y hasta la vida por un beso.

Gustavo detiene al peregrino para contarle que comparte la ruta, porque su sollozo es su propio sollozo.

Y aunque transiten por distintas orillas, el destino es el mismo: un anhelo de caminar al cielo azul y único.

Y como el poeta que contestaba la pregunta de la niña de los ojos con pupilas azules para hacerle saber que la poesía era ella; o los que aceptan que mientras cante un mochuelo y florezca la trinitaria habrá poesía, Gustavo, por su parte, pone en manos del motivo poético en la sola escritura del nombre de la amada, al imaginarla rodeada de mariposas y rosas en los campos abonados con amor y alegría.

Como en los cuentos de la infancia, de las varitas de las virtudes que utilizaban sus prodigios para atender toda solicitud que tuviese que ver con la bondad y la

belleza, Gustavo está en disposición y ánimo de fabricar castillos de palabras endulzadas. Y, a lo mejor, no obstante su respetuosa sumisión por lo divino, piensa, como Hebbel, que solo a través de ellos, cobra Dios los intereses de la creación, pues los poetas se la devuelvan más hermosa.

Hay un poema donde el autor conversa con distintos personajes. A cada uno de ellos lo interroga, y de inmediato recibe la respuesta adecuada. Así, al preguntarle a la crisálida sobre los sueños, ella le dice que están en la ilusión de volar. Y la oscuridad le hace saber que los sueños anhelados se anidan en el arco iris. El silencio, a su vez, involucra en sus sueños el sonido melodioso de la guitarra. En fin, el poeta, como sumiso servidor del misterio onírico, intenta razonar para estar a tono con sus propias ilusiones. Porque, al pensar de alguien, el sueño y la esperanza son los dos calmantes que la naturaleza concede al hombre.

Y como buen soñador el poeta se refugia en el silencio. Los poetas siempre han hecho del silencio un amigo apetecido. Balzac llega a valorarlo como medio adecuado para el triunfo. Porque, según él, el silencio anula las cargas cosacas de los envidiosos y las salvajes escaramuzas de los enemigos, mientras facilita victorias. Y Mauriac aceptaba que el silencio es una felicidad digna siempre de sucumbir en sus brazos.

En el silencio Gustavo se acerca a la dulce madre del

ayer para aclararle que no ha muerto ni puede morir nunca. Apenas si se encuentra en camino, en compañía de una tierna llovizna y del silencio de Dios, en busca del nuevo mundo de la paz total y de la plenitud del amor que llena todos los vacíos.

Y sigue la insistencia por el sueño. Y el poeta imagina que mientras los sueños estén presentes la juventud se estanca. Y nadie puede discutirle porque el concepto encaja en el marco de su alma, todos sueñan lo que son, escribió Calderón de la Barca.

La juventud es don precioso, y puede conservarse siempre. Mientras se disfruten los atardeceres ella estará a nuestro lado, sueña el poeta. Como lo está también en el asombro de la ternura de una flor y el hechizo del amor. Ahora, si el mañana depara el morir, tampoco el disfrute se empaña, cuando se tiene la fe. Porque si se muere "para renacer a una vida mejor, vale la pena reír, vale la pena cantar, vale la pena soñar, vale la pena vivir".

Estos versos de Gustavo Raad son para degustarlos. Para él la tarde no muere porque vive en la placidez de su pirotecnia multicolor. Y tampoco el canario canta para expresar alegría sino llanto de prisionero. Y después vienen los cuentos, de genuino sabor vernáculo, con la gracia de las ocurrencias pueblerinas. A gozar, pues, en *Pluma y Pincel*, la mixtura del color y el verbo.

Sobre libros y autores

Los colegas del columnista Edgar García Ochoa le aconsejan que no regale a los amigos su libro, próximo a salir, *Cuando la Vida era una Fiesta*.

Yo no comparto esa opinión. ¿Qué cosa más preciada puede ofrecer a sus allegados un artesano de las letras y del virtuosismo de la creación intelectual?

Cada uno obsequia lo que está más cerca a sus gustos y quehaceres. Los parroquianos se intercambian licores; las amas de casa, utensilios de cristal o plástico.

Alguna vez le observé al profesor Aquiles Escalante su tardanza en la entrega de nuevos libros. Y me respondió con su gracioso decir baranoero: "¿Y eso para qué? Todos los quieren en obsequio. Y aún peor: después piden que se los dediquen. Y es entonces cuando sufro. Porque ya mi memoria poco me ayuda en eso de recordar nombres..."

Al ilustre Maestro le agradaron las ocurrencias del diario pasar que le conté. A cada momento las personas se detienen en la calle para preguntarme, antes del saludo, si me acuerdo de sus nombres. Y otras me llaman por teléfono e inician el diálogo con la conocida frase: ¿Sabes quién te habla? En todos estos casos tengo que contestar que hace años se murió la Diva Zahibi, la pitonisa de la calle Caldas en los lejanos tiempos de la niñez y del Colegio San José.

Y le hago saber que las grandes obras de la humanidad fueron escritas en situaciones de penuria, o sin calcular compensaciones dinerarias. A los amigos que se afanan por las regalías les menciono lo que tantas veces repito: Los libros son hijos que compensan sacrificios, con el solo nacimiento. Y ningún padre se atreve a pensar que los engendró en busca de recompensas distintas al maravilloso hecho de la creación. En 1964, meses después de salir la segunda edición de los *Apuntes de Economía Política*, fui a Bogotá a saber de su destino. El gerente de la editorial me comentó que poco se había vendido.

Esa tarde regresé al hotel entristecido, sobre todo porque los colegas de cátedra del país me informaban que lo recomendaban como texto de consulta. Al día siguiente visité las librerías, y en todas ellas me solicitaron más ejemplares, pues los enviados por la distri-

buidora fueron vendidos a estudiantes y lectores. Es cierto que los dieciocho mil pesos que recibí por concepto de derechos de autor me sirvieron de pie para la compra de la casita que todavía habito en el barrio Paraíso. Pero nunca dejo de repetir que esa tarde hubiera sido más feliz al saber que mi libro tuvo generosa acogida en los medios universitarios, aunque se hubiesen demorado en llegar los derechos de autor.

Ahora el doctor Aquiles Escalante, más allá de las molestias de los admiradores, vuelve a sus andanzas quijoteskas de enamorado de la investigación, con otros estudios y reediciones. Y, además, quiere aconsejarle a Flash que, al igual como lo hacen los padres y padrinos, la noche de la presentación de *Cuando la Vida era una Fiesta*, festeje el bautismo con un sabroso ron de caña y refrescos para las jovencitas. Y que no se preocupe por la venta, que ella llega. Por ejemplo, la Universidad Simón Bolívar, como es su característica, adquirirá, por lo menos, trescientos ejemplares para obsequiarlos a sus profesores.

Bueno, deseo aprovechar estos momentos de entusiasmo publicista del doctor Aquiles Escalante, para compartir el regocijo de una nueva edición de su *Antropología General*.

El profesor Escalante pertenece a la brillante generación de los grandes días de la educación pedagógica colombiana. Su formación en el estudio del hombre como ser social portador de cultura la inició en el Instituto Etnológico Nacional que fundara Paul Rivet en Bogotá. En Barranquilla fue pionero en la inquietud antropológica. Acá se inclina por el conocimiento de los primitivos habitantes del Atlántico y escribe el libro *Los Mocaná*. Años después aprovecha su presencia en los Estados Unidos para indagar en los campos de las raíces africanas del mundo americano.

Entonces, con la autoridad de sus conocimientos especializados, entrega a los estudiosos del tema sus reconocidas obras *El Palenque de San Basilio*, *El Negro en Colombia* y *Minería del Hambre*.

Esta trilogía biográfica de la cultura negra en nuestros territorios son considerados como contribuciones únicas en América Latina.

Sin embargo, el compromiso investigador del Maestro Escalante se extiende también a las disciplinas geográficas e históricas. A su departamento y a su municipio natal le tributa homenaje al escribir la *Geografía del Atlántico* y la semblanza panegírica de *Santa Ana de Baranoa*.

Además, su fecundo repertorio incluye ensayos sobre la tradición del uso de la máscara en los carnavales; el mito de la igualdad racial en Colombia; el significado Lumbalú, ritual funerario de San Basilio; la influencia Bantú en la cultura popular caribeña, etc.

Pero volvamos a la *Antropología General* para festejar su advenimiento, y propiciar muy pronto su presentación en la Casa de la Cultura en procura de la grata oportunidad de ver una vez más al consagrado científico social, en plenitud y complacencia, obsequiando a los amigos y admiradores, este hijo de su intelecto, con dedicatoria y todo.

Diciembre y poesías

Ha llegado diciembre con brisas refrescantes y cielo azul, aunque poco aprecian el regalo de la naturaleza, ahí está, para enmarcar la alegría navideña.

La Navidad es la fiesta de la vida. En ella se conjugan la alegría, los sueños y la amistad. Es el sentimiento espontáneo en procura de la entrega. Se festeja el nacimiento de Dios y como en los buenos tiempos de las costumbres apropiadas el regocijo se expresa con dulces y obsequios.

Diciembre y Navidad pertenecen, sobre todo, a los niños. Y también los poetas se estimulan con sus encantos para propiciar el festín de la belleza. Porque los poetas, al decir de Daudet, son adultos que conservan los ojos de infantes.

Este diciembre me abruma con beneficios: Además del pleno sol sin obstáculos de nubes, el colorido de las

trinitarias y las señoras cobijadas en el regocijo de las compras, me llegan libros y preparo homenajes a escritores y académicos.

El 19 estarán en la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar rectores y personajes de las letras de otras ciudades de Colombia y de América Latina, para recibir el testimonio de nuestra admiración y gratitud. Esa misma noche recorreremos avenidas, en el trencito de los niños, en procura de sorpresas en las iluminaciones de las residencias. Ya la televisión mostró el esplendor fluorescente de las calles de Medellín. Y la capital antioqueña apenas cuenta con riachuelos y está muy lejos de las minas de carbón y gas. En cambio, en Barranquilla, los responsables del fluido eléctrico, programan racionamientos con excusas de “niño”, y de otros hechos que sirven para disfrazar imprevisiones.

Pero hablemos de los poetas y su cosecha decembrina. Jota Prada Ce compila, en cómodo cuadernillo ilustrado por Juan Carlos Mestre, poemas amorosos costeños. Allí están Luis Carlos López, el genial tuerto, con su gracioso decir, un tanto despechado ante el pudor de Camila; Miguel Rasch Isla, en medio del eclipse de un recuerdo perdurable; Héctor Rojas Herazo, con súplicas a la esquiva princesa de sus anhelos; Meira Delmar, la eterna enamorada del amor, que sabe descubrir en el viento ríos apacibles de jazmines; José Manuel

Crespo, que prefiere cautiverios de azules y miradas a la lejana libertad; Margarita Galindo, anegada por ríos de aguas claras como los ojos del amado; Jaime Enrique Ardila, un tanto perdido en la angustia de la espera; Nora Carbonell, con su nostálgica historia que reclama silencio; Emilio Volpe, que imagina amaneceres enredados en largas cabelleras; Federico Santodomingo, que a pesar de venir de las orillas de un río frío, lo siente tibio, penetrando en las arenillas de la amante; Mónica Gontovnik, empeñada en nutrirse con el amor y los sueños... en fin, las palabras finales del propio recopilador Jota Prada, que aprecia en la mujer devorantes volcanes, dulzura de almendras maduras, leños encendidos, lluvias refrescantes y amaneceres rosáceos. Bueno, en verdad, nada más oportuno para un diciembre que este ramillete de ofrenda al amor.

Carlos Ramos Maldonado es la juventud creadora. Polifacético e incansable, quiere semejarse al hombre figurado por Bertolt Brecht, de lucha eterna. En la Ópera del Profeta, le rinde homenaje a Stanley Matutis, el sacerdote ejemplar que permanece inmutable al lado de los desposeídos. Y lo encuentra cristalino, tendiéndole la mano a los niños, y lo describe como el hombre que aprieta la historia en la calle.

Pero el poeta Ramos también abre el abanico para refrescar el corazón. Y recuerda la primera mirada que

lo dejó con ella y sin ella. Pero acaricia el consuelo de encontrarla en cada esquina, con coronas de azahares que animen esperanzas. Y para el reencuentro añorado, envía mensajes. Entonces le dice a la ausente que no se afane en buscarlo en el mañana, porque siempre estará en su corazón.

Rodrigo Ortíz, en su libro *Nací con las Cadenas de la Vida*, reparte sus angustias. El poeta sufre por su pueblo y por los pesares de su corazón. Ante el apabullante escenario de la violencia y la miseria, se afana en encontrar un lugar donde el dolor de la gente se alivie con el beso de su propia esperanza. Se inquieta el jurista y soñador en la tiniebla y lo confunde la realidad de mesas repletas de manjares, mientras el plato especial del campesino es mero pan y aguapanela, servida en tasas rotas y sin orejas.

Pero el poeta riega el jardín de la inspiración para cantarle a la mujer. Y desde su lejano Nariño llega al Caribe a decirnos que la mujer es capullo que florece para el amor. Y convertida en rosa recibí al colibrí con el néctar de sus labios. Y como gusta de ser prisionero del amor, implora la presencia de la amada para penetrar en su sangre.

Bueno, que este diciembre siga generoso y radiante.

Meira Delmar y *El Canto al amor*

La noche pasada, en una fiesta cultural, encontré a Meira y le hablé de su *Laúd Memorioso*. Celebro el acontecimiento como una nueva ofrenda al amor, con ese estilo, de ternura infinita, tan pronto de su inagotable inspiración. Entonces ella, con la suavidad de sus palabras, semejante a la de sus versos, me observa que en la segunda parte del libro intenta otro tipo de mensaje.

Y, digo yo, intenta, que no es palabra suya, aunque sí el indicio, porque, en verdad, en todos los poemas está la presencia del sentimiento que perfuma el deleite y endulza el recuerdo, quiero decir, el amor. Así en el homenaje al ancestro, la remembranza del ayer lejano involucra el sentimiento afectuoso por la tierra natal de los abuelos. El testimonio de la nueva cosecha permite apreciarlo: "*A veces cuando suena el laúd memorioso/ y la primera estrella/ brilla sobre la tarde/ rememoran el día/ en que el bled fue borrándose/ detrás del horizonte*".

Pero, sea lo que fuere, la devota del amor sigue para mí, con su misma expresión, manteniendo el primer lugar entre las cultoras del género en América Latina desde los románticos años de la década de los cuarenta. Entonces yo dirigía periódicos, estudiantiles, primero, y después políticos. Y los domingos, en compañía de José Francisco de la Hoz, llegaba a Radio Barranquilla, a dirigir el programa, de pomposo nombre, "Luz y Ciencia". Por cierto, en el espacio dedicado a la poesía, allí estaban Carmen Cajeli y José de la C. Mendoza, los recitadores de cabecera, con *Alba de Olvido* y *Sitio del Amor* en las manos, para declamar poemas con fondo de vales de Straus. Y también yo me sabía algunos de memoria.

Hace poco, cuando leía, para escribir el prólogo, los originales de *Verdades sobre Colombia*, del gran Roberto Carbonell, le comenté: Su frase "cuanto más conozco a los humanos más aprecio mi soledad", me hizo recordar la "Soledad" de, Meira: "*Nada igual a esta dicha/ de sentirme tan sola/ en mitad de la tarde/ y en mitad del trigal;/ bajo el cielo de estío/ y en los brazos del viento,/ soy una espiga más*". Y qué interesante descubrir que a la soledad se le anhela en todas las edades. Porque don Roberto ha llegado a los noventa y dos, y la Meira de entonces era apenas una niña. Aunque después, en *Secreta Isla*, vuelve en una "Elegía por la Soledad", y ahora con afanes en su búsqueda.

En los semanarios, ya fuesen literarios o políticos, la página poética nunca faltaba. Con frecuencia los aprendices de periodismo hacíamos visitas a la poetisa en su casa. (Y abro un paréntesis para dejar constancia que digo poetisa y no poeta, denominación que algunos usan para llamar a las cultoras del verso. En este caso hay que decir que suceden cosas incomprensibles. Porque en los tiempos actuales, de grandes conquistas de la mujer en los campos de la igualdad y de ciertos derechos que el machismo doblegaba, sorprende observar que las profesionales de la medicina, sea el caso, les gusta llamarse doctor y no doctora, médico y no médica, como correctamente establece la Academia de la Lengua.

Poetisa, según el *Diccionario de la Lengua Española*, en sus dos acepciones, es mujer que compone obras poéticas y está dotada de facultades necesarias para componerlas, o mujer que hace versos. Mientras poeta es lo mismo, pero en masculino. Llamar a las poetisas poetas, al decir del profesor Luis Felipe Palencia Caratt, además de incorrección, señala mal gusto y complejo machista).

Después vino la etapa de la Biblioteca Departamental, de plena actividad creadora. Recuerdo la tarde que Fernando Cepeda y Roca y yo, en nuestras condiciones de directores de la Revista *El Economista*, fuimos a recibir al aeropuerto al nuevo Gobernador, el inte-

lectual y amigo, doctor Néstor Madrid Malo. Madrid Malo era el auténtico humanista. Poeta, ensayista, catedrático y jurista, hizo del estudio y el compromiso de escritor, la pasión de su existencia. Nunca olvido sus palabras después del saludo: Tú, Fernando, me acompañarás en la Secretaría de Educación; Meira Delmar dirigirá la Biblioteca, y José la Facultad de Economía.

Y aquí estoy de nuevo, ante el susurro de las olas y el frescor de las suaves brisas de junio, con el *Laúd Memorioso* entre las manos. Y el amor no cede su sitio. En la presencia o la ausencia merece el poema. Unas veces con nostalgia, al imaginar que en el lugar del encuentro ya no está la rosa de otros tiempos; otras, valorando el instante que invita a volver a mirar el final de la lluvia; y, también en el misterio, por saber si al otro lado de la vida las miradas podrán reconocerse.

Bienvenido este nuevo libro de Meira Delmar. Ya *El Heraldito* expresó su beneplácito en el suplemento Dominical del domingo 28 de mayo. En sus páginas, los escritores y críticos Laurian Puerta, Gabriel Alberto Ferrer, Guillermo Tedio, Edmundo Ramón Vives, Yolanda Rodríguez Cadena y Margarita Galindo, todos ellos de la Universidad del Atlántico, valoran la obra de la gran poetisa. Y está bien que lo hagan, como lo hice yo cuando dirigía los destinos de esa Alma Mater, al otorgarle el título de Doctora Honoris Causa.

La amistad y el libro

En nuestros días la amistad conlleva una connotación de máximo significado y aprecio. Ante el deterioro de lo que siempre fue considerado, y así lo define la Academia, como afecto personal, puro y recíproco, que nace y se fortalece con el trato, todo esfuerzo que haga en favor de su fomento, despierta simpatía y merece gratitud.

Es lo que esta noche de fiesta cultural expresamos en nombre de la Universidad Simón Bolívar, a las ilustres personalidades que honran con su presencia el Patio de Actos de la Casa de la Cultura de América Latina. Gracias, amigos, por venir a compartir con nosotros el reconocimiento que se le hace a destacadas personalidades de Colombia y Venezuela y la presentación de libros que son muestras placenteras de la creación intelectual.

Apena tener que referirse a los acontecimientos que ocurren en en las altas esferas del gobierno y la política:

supuestos amigos del ayer y compañeros de labores, se exhiben ahora en vergonzosa discordia que involucra actitudes depreciadas. La ambición por el poder, la defensa de intereses personales, el salvar el pellejo, como suele decirse en el argot popular, rompen las mallas que antes protegían la dignidad y la respuesta adecuada al compromiso amistoso.

Para esos personajes de la escena nada importan las consecuencias. Ninguno de ellos se detiene a pensar en lo dañino del ejemplo en un país doblegado por la pérdida de valores y virtudes.

Ante esa penosa realidad resulta sugestivo intentar conductas distintas de provecho para el buen camino de Colombia.

El cultivo de la amistad entre los ciudadanos, por ejemplo, podría facilitar el entendimiento y la disminución de la belicosidad anímica. Después de todo, la amistad es el sentimiento solidario de la entrega y la confianza.

En los predios de los sentimientos nobles se habla mucho, incluso en los preceptos religiosos, del amor. Pero la amistad supera al amor en la comprensión y tolerancia. El amor involucra ciertas tonalidades egoís-

tas de sometimiento y dominio. Sí, el amor está muy bien, opinaba Oscar Wilde, pero la amistad es algo alto. Realmente, nada hay en el mundo más noble que una amistad.

Bolívar, que tantos razonamientos sabios nos legó, le decía a sus compañeros de idearios: "La amistad es más fuerte que la fortuna. La amistad tiene en mi corazón un templo. La amistad es preferible a la gloria. El título de amigo vale por un himno".

Deseamos que hoy, y todos los días, porque la amistad verdadera nunca puede concluir, estrechemos lazos para gozar el espléndido acontecer que nos ofrece la vida si practicamos los juicios del Libertador.

Y, como amigos, disfrutemos el homenaje que la Universidad Simón Bolívar le rinde a Luis Carlos Muñoz Uribe y a Jaime Niño Diez, los educadores; a Antonio Cagua Prada, el historiador; a Gastón Parra Luzardo, el científico social; a Eutiquio Leal, el escritor; a Nayslam Támara de Tinoco, la gestora de centros educativos, y a Aquiles Echeverri, el investigador bolivariano.

También hagamos nuestra la buena nueva del bautizo a los cinco libros festejados. Aquí están ellos con el

mensaje del esfuerzo y del ingenio.

Recibamos complacidos *El Veinte de Enero*, de Armando Arrázola Madrid, salpicado de gracia y recuerdos de un pasado sencillo y auténtico. El transcurrir bucólico del Sincelajo de entonces, bullanguero y alegre en las fiestas colectivas, encuentra en la pluma de este jurista, diplomático y sempiterno aprendiz de golfista, motivos para la acertada descripción.

Del Neoliberalismo a la Posmodernidad, de Isidro Parra-Peña, Presidente de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas, recoge varios ensayos del consagrado economista sobre uno de los temas actuales. Con la autoridad que lo acompaña, el autor pone al descubierto la razón de esta política económica al servicio exclusivo de las conveniencias de las grandes potencias capitalistas.

José de San Martín, de Antonio Cacia Prada, Miembro de Número de la Academia de Historia y Presidente del Instituto Sanmartiniano, es un estudio biográfico del gran Libertador del Sur, avalado por la experiencia en el análisis histórico de una autoridad en la materia, autor de una decena de libros sobre la obra y el pensamiento de los héroes de la independencia latinoamericana.

Reptiles y Culebras, de Silvestre B. Higgins, el ingeniero y homeópata norteamericano que tuvo a su cargo la construcción de los muelles en los puertos del río Magdalena en las épocas de esplendor de la navegación fluvial, y estudioso de la flora nacional. Es ante todo este libro una monografía de los recursos naturales de Colombia.

Y *Los Otros Silencios*, del poeta y catedrático José Rivero Ruiz, con los versos que parecen caricias en el goce de la palabra escrita.

En fin, señoras y señores, todo parece apropiado en este encuentro para rendirle un tributo al libro y a la amistad y gozar plenamente los deleites que deparan. Ya se ha dicho que la amistad es un alma en dos o más cuerpos, y la lectura de un libro una especie de diálogo incesante, donde el libro habla y el alma contesta.

(Palabras dichas el viernes 29 de marzo)

Sobre libros, pinturas y homenajes

Un suceso de doble significación espiritual festejamos esta tarde.

El lluvioso octubre parece también ofrecer sus efectos en la creación intelectual. Así como facilita en la parcela el cultivo alentador, en el campo de las letras obsequia resultados agradables y meritorios.

Dos miembros de la familia bolivariana nos entregan el fruto provechoso de sus compromisos creadores.

Leonello Marthe Zapata, nuestro vicerrector, ofrece la historia del Cementerio Universal y de la Sociedad Hermanos de la Caridad, y Óscar Flórez Támara, el poeta jurista egresado de estas aulas, parece recrearse en las páginas de homenaje a Juancho Polo, a quien describe como una metáfora.

Simón Bolívar, el soldado de la libertad, dejó el concepto aleccionador, cuando dijo: "La imprenta es tan útil como los pertrechos y ella es la artillería del pensamiento".

Y qué feliz y oportuno es tener cerca a los artífices del oficio de imprimir, para reconocer sus empeños y virtuosismos. Aquí está con nosotros Jorge Pérez, gerente general en Colombia de la prestigiosa casa editora hispanoamericana, Grijalbo S. A.

Bajo su cuidado estuvo la sencillamente bella edición del libro del doctor Marthe Zapata, ilustrada con fotografías de Luis Canario Salas y Fabio Parra Henao.

Los escritores y críticos Fernando Soto Aparicio y Jorge Consuegra, asesores de Grijalbo, al conocer los originales, expresaron complacencias. Porque los cementerios al estilo tradicional son testimonios elocuentes de la historia de cualquier lugar. Ellos cumplen misiones de museos al servicio de los investigadores de las costumbres y artes de los pueblos, y sirven, además, para valorar los sentimientos positivos de las familias y comunidades en las ofrendas de reconocimiento a sus servidores e integrantes del ayer. Gracias a los cementerios y a las tumbas los arqueólogos descifran los misterios y modos de existencia de civilizaciones y culturas remotas.

Y, a propósito de la ejemplar conducta de la organización Hermanos de la Caridad y de su Presidente, doctor Leonello Marthe Zapata, nada más necesario y justo que el poder aprovechar la ocasión para reconocer el empeño cívico que los anima en la conservación de mausoleos maltratados por el paso del tiempo. En estos días, sea el caso, el arquitecto Ignacio Consuegra Bolívar dirige trabajos de restauración y embellecimiento de sepulcros de familias notables barranquilleras.

Óscar Flórez Támara responde en plenitud al compromiso con su tierra. Ese paisaje del Sinú que se le quedó grabado desde la infancia, lo saca de la memoria para compartirlo con sus lectores. Los cantos de sus juglares lo conmueven y no quiere dejar pasar más tiempo para dejar constancia del sentimiento apasionado. En el caso de Juancho Polo, como bien comenta Luis Manuel Espinosa, el poeta y prosista, explica su cosmovisión.

Pero el autor extiende su examen a otros personajes. Se acuerda de César Vallejo y de su amada en pleno sacrificio en los maderos curvados de los besos y se conmueve ante el corazón de Pablo Neruda repleto de esperanzas.

(Palabras dichas en la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar).

Nuevos libros para leer en diciembre

Y fueron felices... Así terminaban las bellas historias de hadas y humanos que muchas veces nos dejaron en las puertas de los sueños. Esta tarde podemos decir lo mismo al recordar los sucesos académicos y culturales de nuestra Alma Mater en el presente año de 1996. Porque es imposible ocultar la felicidad de haber compartido con ustedes tantos momentos agradables que testimonian el compromiso de esta Casa de Estudios Superiores con las artes, la literatura y la ciencia.

En este Patio de Actos descubierto de la Casa de la Cultura muchos fueron los libros presentados, las muestras de pintura expuestas, los conciertos que se escucharon. Danzarines, folcloristas, conjuntos musicales, coros y solistas deleitaron aquí, también, en distintas ocasiones, a contertulios gozosos del virtuosismo de la juventud estudiosa. Y hoy, el final placentero. Suceso propicio

para cerrar con plenitud le entrega un ciclo afortunado. Se presentan cinco libros, se rinde homenaje a seis personalidades del mundo académico y cultural y actúan coros y artistas consagrados en el ámbito universitario.

Otto Morales Benítez, el escritor prolífero e investigador incansable, compila los ensayos históricos y literarios de Rafael Uribe Uribe en sencilla pero pulcra edición de Plaza & Janés, la prestigiosa editorial bajo el cuidado en Colombia de Carlos Sánchez Montoya y Benjamín Ramírez. En el prólogo, que es lúcido estudio, como él lo sabe hacer, Morales Benítez comienza por recordarnos que a Uribe Uribe se le conoce más como militar y político.

No obstante, el revolucionario ejemplar y el ideólogo afortunado, respondió además a las disciplinas de historiador y literato. De limpia prosa despojada de lo inútil, dice Morales Benítez, el ensayista Uribe Uribe, con criterio profundo de lo que es la virtud de la escritura, sabe aprovecharla para meditar con ella sobre los temas que apasionan a la inteligencia.

Y qué oportuno en este libro y, más aún, el feliz reconocimiento que el pensador de nuestros días, que esta tarde nos honra con su presencia, le rinde al pensador del promisorio ayer. En mi aldea, recuerdo, la arenga

insurgente involucraba siempre, en el contenido esperanzador, la mención de dos figuras legendarias del razonar democrático: Rafael Uribe Uribe y Benjamín Herrera.

Ahora en este libro, de cuartillas compiladas con admiración y afecto solidario, podemos valorar mejor la fecunda actividad creadora de un brillante personaje de la historia colombiana.

Nuevamente el economista Julián Sabogal Tamayo le brinda a esta Casa de la Cultura la honrosa oportunidad de presentar otro libro. Antes fue su meritoria investigación sobre el pensamiento económico colombiano. Ahora es un texto de economía política.

En el campo de las publicaciones los manuales o tratados ocupan lugares sobresalientes. Se trata de trabajos académicos que requieren máximos conocimientos en la materia analizada y una disposición didáctica especial.

Sabogal Tamayo responde con acierto las exigencias del género. Y en este estudio se pasea con lujo de competencia por el árido campo de las teorías interpretativas de los hechos económicos.

Y, como para ofrecer un complemento apropiado y

saludable, su colega, doctor Florentino Rico Calvano, nos obsequia un ensayo sobre Planeación, Apertura y Salto Social.

Es este el tema del presente. El Neoliberalismo apabulla y sienta sus dominios. Cada etapa del desarrollo capitalista ha tenido su estrategia económica para conveniencia exclusiva de los países sedes del proceso. Así, el mercantilismo se caracterizó por la conducta protectora; la industrialización, ya segura, habrá de pregonar el *dejar hacer y dejar pasar* interno y el librecambio en el comercio exterior; ahora, el predominio de las multinacionales impone la eliminación de fronteras y obstáculos que faciliten plenamente el poder para sus intereses.

El profesor Rico Calvano tiene su propia versión sobre estos postulados, y en su libro se puede valorar el esfuerzo de un teorizador consecuente con el destino de su país.

Antes de llegar José Manuel Crespo a estos predios ya su amigo Gustavo Raad Mulford había traído sus libros. Y cuánto le agradecemos al arquitecto y poeta, porque en verdad fue un regalo apropiado para las lecturas navideñas.

(Palabras dichas en la Casa de la Cultura)

La fundación de Valledupar

Yo me había olvidado del libro que le edita al sociólogo Álvaro Castro Socarrás la Editorial Plaza & Janés. Pensaba que él estaba al tanto del cuidado que exige el feliz acontecer. Es que un libro es un hijo de la creación del intelecto. Y hay que mantenerse cuidadoso en el acontecer de su advenimiento.

La alegría que depara al progenitor el primer llanto de la criatura esperada en los nueve meses de ilusiones, también la disfruta el autor al tener en las manos el primer ejemplar.

Al niño se le contempla en los brazos de su madre, o en su cunita protegida con tules y sábanas limpias. Al libro se le acarician sus hojas, se valora la nitidez de la impresión, se percibe el olor de la tinta fresca y hasta se siente el calor del roce de las máquinas impresoras.

Emilio de la Cruz nombrado por Hernán de Santana Capitán General por S. M. Conquistador del Valle de los Upar, mandó juntar toda la gente de guerra que en su campo traía y escogió el sitio más cómodo que hizo limpiar el poderoso capitán Francisco Salguero, ocupado por los indios Chimilas y por su cacique Upar, y reuniéndolos exclamó: "Soldados y compañeros, yo he venido en nombre de S. con poderes para descubrir la Provincia de los Chimilas.

"Itotos, Cariachiles y Coyaimás o Tupe, y hemos encontrado muchos indios y buenas tierras para agricultura y ganados, que poblándose será gran servicio para Dios Nuestro Señor y al Rey Felipe, que Dios conserve y guarde por muchos años, determinamos fundar y poblar esta ciudad en su real nombre y de los Reyes de Castilla tomo posesión de estas tierras del Upar, Itotos, hacia el oriente, Cariachiles en la misma vecindad y Coyaimás o tupe en la parte sur-oriental, con todos los indios que hay en ellas. Seguidamente el señor Capitán Santana montado a caballo y embrazando sua darga dijo: "Yo en nombre de S. M. fundo este pueblo a orillas del Río Guataporí (Río de agua fría) y pongo por nombre para ahora y para siempre el de Valle de Upar, como homenaje a este gran cacique que lo señorea."

"¿Hay quien me defienda la población que hago en

nombre de S. M.? Y todos contestaron que sí. ¿Hay alguno que quiera contradecir? Salga conmigo al campo, que yo, en nombre de S. M. lo defenderé, a lo cual respondieron que no contradecían. Luego el capitán Santana exigió a los presentes fidelidad al rey y protección para todos los indígenas y naturales que se sometieran a la fe de Nuestro Señor Jesucristo. Seguidamente preguntó: ¿Hay algún soldado que no esté conforme con esa institución? Salga al frente. Contestaron que todos estaban conformes. Para lo cual se extiende la presente fundación en el día y horas señalados. Hernando de Santana, Capitán General. Con el visto bueno del Capitán Francisco Salguero, Emilio de la Cruz, Escribano por Su Majestad el Rey de Castilla”.

Los episodios históricos del Cesar

Los vallenatos sorprenden. Parecen incansables en la creación literaria y musical. Ahora dominan buena parte del mundo con sus cantos. Y en verdad son bellos. Sobre todo porque tributan al amor. Vienen a ocupar en estos tiempos el lugar del bolero romántico del ayer. Siempre los ojos tiernos de las morenas reciben en sus versos el trato adecuado. Digamos, la palabra endulzada que parece salir del pensamiento meloso.

Pero los compositores también incursionan ahora por las hojas impresas de los libros. Unos cinco años atrás Tomás Darío Gutiérrez publicó *Cultura Vallenata*. Es una bella edición de Plaza & Janés. Por cierto, aproveché la ocasión entonces para escribir un extenso prólogo con mis recuerdos de juventud, disfrutados en las calles de Valledupar y a la orilla del Guatapurí, al lado de Rafael Suárez, Efraín Quintero, Rafael Escalona y tantos otros.

Eran los tiempos de la sana diversión y la parranda fraterna.

Hace apenas unos días Rafael Escalona presentó en la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar su novela testimonio *La Casa en el Aire*. Rafa no se contenta con el muy merecido galardón de primerísima figura de la composición autóctona. También reclama un puesto de honor en el palco de las letras. Y en verdad lo merece, porque su relato satisface exigencias.

En el campo de la investigación científica e histórica y en el ensayo, la respuesta cesarense al compromiso es digna también de admiración. Tengo en mis manos uno de esos trabajos que desde la lectura del contenido obliga al respeto. Se trata de un bosquejo del acontecer cesarense desde el poblamiento de la región por Aruacos y Caribes hasta el presente.

El sociólogo y educador Álvaro Castro Socarrás sigue las huellas de Tomás Darío Gutiérrez, Consuelo Araújo de Molina, Pedro Castro Monsalvo, Pedro Castro Trespalacios, Ernesto Palencia Caratt, Rafael Guerra, Ciro Quiroz Otero, José Francisco Socarrás, José María Valdeblánquez, y tantos otros que han enriquecido la bibliografía vallenata con sus juiciosos estudios.

Desde la introducción, el autor pone al descubierto

su personalidad y formación ideológica. Sin esperar preguntas se adelanta a esclarecer conceptos. Entre ellos, el muy servilmente repetido sobre descubrimientos. Porque ese puede ser el deducir europeo, pero jamás el nuestro. La América, o el continente que se conoce con ese nombre, aquí estaba, con sus riquezas naturales, su cultura, sus ciudades. No era nada perdido sino una realidad esplendorosa, por encima de las limitaciones y problemas que soportaba Europa. Más bien fue, como ahora se rectifica, el encuentro de dos culturas. Encuentro, en criterio del autor, de sanguinario aprovechamiento de la ventaja de la pólvora y de una moral inhumana de los extraños, para dar rienda suelta a la rapiña y al genocidio.

Y está bien que en el análisis histórico todo se describa con claridad. No para alimentar rencores, sino para dejar constancia del rechazo a todo lo que tenga que ver con invasiones, conquistas y colonialismos. Porque en nuestros días esas prácticas aún prevalecen y en la propia América Latina sus territorios son violados y se mantienen muestras del colonialismo del pasado.

Como lo hace el doctor Castro Socarrás al valorar la correcta actitud de los indígenas que protestaron por los festejos de los quinientos años de iniciación de la invasión europea, también tuve la oportunidad de

referirme al suceso en esta misma columna. Entonces dijimos que pese al dominio árabe de diez siglos en España y al legado de su cultura y costumbres, nunca se ha sabido que en ese país se festine su belicosa llegada, ni mucho menos la presencia sometedora y cruel de romanos y asiáticos.

La relación de los pueblos primitivos que habitaron el actual departamento del Cesar es minuciosa y erudita. Todas las tribus y culturas de ese espacio geográfico entran a formar parte del examen del autor.

En la segunda parte del libro, que rinde homenaje a los personajes del Cesar, el relato empieza con el Ecce Homo, el santo traído al lomo de mula desde el Ecuador, después de haber sido tallado por el indio Capiscara.

Ecce Homo es el patrono vallenato con un cúmulo de apariciones y milagros. Incluso sus leyendas han servido para aumentar el folclor. Chema Gómez, por ejemplo, en el muy popular Compae Chipuco, especie de himno de la autenticidad y la rebeldía liberal de los buenos tiempos de la revolución en marcha, lo coloca al lado de los abanderados de los idearios progresistas: “Soy , vallenato de verdá. No creo en Santos, no, crec en ná. Yo creo en Alfonso López y Pedro Castro. En el Ecce Homo y nada má”.

Más sobre el Cesar

Después de Valledupar las poblaciones van apareciendo con nombres nuevos, ajenos al ancestro, la cultura y el hablar de los dominios sometidos. Y hasta algunos se dan el lujo de bautizarlas con sus propios nombres, como fue el caso de González, llamado así por el apellido de la familia que allí se asentó. O Gamarra, que corresponde al apellido del primer visitante momposino. Lo mismo puede decirse de Codazzi. Otros sitios que tienen que ver con los españoles, son: Becerril del Campo, Río de Oro, Tamalameque, Chiriguaná, Aguachica, etc.

También los negros africanos traídos como esclavos se sitúan por su cuenta (en actos de rebeldía) en palenques, o lugares impuestos por sus amos. El Paso, Chiriguaná, Guaymaral, Los Venados, El Vallito y El Peiró forman parte de la inmigración inesperada.

Otros europeos distintos a los españoles, al decir de

los cronistas de la etapa colonial, como portugueses, italianos y franceses, son atraídos por la fecundidad de la tierra cesarence. El doctor Castro Socarrás menciona los muchos apellidos de distinguidas familias que tienen su origen en las distintas inmigraciones. Incluso, en los años posteriores a las guerras mundiales, ciudadanos alemanes se establecen en Valledupar y Pueblo Bello.

Como buen cesarence e intelectual enamorado y orgulloso de la estirpe de su región, en su estudio el doctor Castro Socarrás resalta la presencia afirmativa de su gente en la gesta de la independencia. Inicia el homenaje con doña María de la Concepción Loperena Ustáriz de Fernández de Castro, la generosa y gallarda, que recibe con los brazos abiertos al Libertador y cumple órdenes al declarar a Valledupar libre del yugo español.

A José Antonio Ramírez lo considera el autor como un héroe olvidado. Hijo de esclavo ingresó a las filas del ejército libertador a la edad de diecinueve años y luchó al lado de José María Córdova y José Prudencio Padilla. Alcanzó el grado de Sargento Mayor y fue edecán de Bolívar.

El Cacique Canopán es otro personaje al que aún no se le ha reconocido en el presente sus méritos. Aunque

la cruz y la espada habían sometido al indio al más triste avasallamiento, muchos de ellos respondieron en la Costa al momento histórico y abrazaron los idearios de libertad contra sus opresores. Canopán, de los territorios del Molino y Villanueva, recuerda Pedro Castro Trespalcio en su libro *Culturas aborígenes cesarenses e Independencia del Valle de Upar*, derrotó a los ejércitos españoles que intentaron penetrar en su comunidad.

El respaldo del pueblo cesarense a los pronunciamientos en favor de la democracia y la libertad se extienden a la época republicana. El doctor Castro Socarrás se queja de la conducta de los historiadores, radicados en Bogotá y el mundo andino, que casi siempre ignoran los acontecimientos del país costeño. En verdad esto siempre ha sido así. El centralismo colombiano alimenta el proceder en todo lo relacionado con la cabal valoración de sucesos importantes acontecidos en la región.

Tal vez por lo anterior este estudio, como los de tantos otros investigadores (los de Socarrás, Palencia Caratt, Escalante, Araújo de Medina, Castro Trespalcios, Castro Monsalvo, etc.) representan esfuerzos dignos de la mayor consideración y deben acogerse como obras de primerísima importancia en la bibliografía de colegios y universidades.

En la guerra de los Mil Días los cesarenses se alinearon al lado de la insurgencia liberal de Uribe Uribe. Con dominio del tema y amplia documentación consultada, el doctor Castro Socarrás describe episodios que glorifican a su pueblo.

Y viene después el capítulo de la creación del Departamento con lujo de detalles. José Antonio Murgas, el legislador y educador, fue el afortunado ponente. En un reportaje publicado en *Perijá*, la estupenda revista, hija mimada del autor, se relata el proceso. Su primer Gobernador fue el ex presidente Alfonso López Michelsen.

Después siguió la Universidad, la Casa de la Cultura y el esplendor del folclor con la música a la cabeza. Hoy el Cesar, pese a las dificultades en el orden público que ensombrece su territorio y al país en general, mantiene su tradicional espíritu emprendedor. Y su expresión musical, el Vallenato, se escucha en toda Colombia, en América Latina, los Estados Unidos y Europa.

Al terminar de leer los originales de *Los episodios históricos del Cesar* solo se me ocurre decirle al doctor Álvaro Castro Socarrás: ¡gracias mil!, como se acostumbra en el lenguaje familiar, por este magnífico libro que

enorgullece a la Universidad Simón Bolívar de la cual es él miembro fundador de su Sala General, y a la Universidad del Cesar, donde se le aprecia como su ilustre profesor.

Buena parte de mi vida de educador la he compartido con el doctor Álvaro Castro Socarrás. Cuando estuve al frente de la Universidad del Atlántico ocupó la Secretaría General. Siempre lo recuerdo entusiasta y leal en las jornadas de cambios que adelantamos. Después, desde hace 25 años, ha prestado su concurso a la Universidad Simón Bolívar como directivo y catedrático. En nuestra Alma Mater la huella de sus actuaciones sirve de estímulo a los que continúan en el loable proceder del servicio a la juventud estudiosa.

La fiesta de la poesía

Los poetas se reunieron a repetir veladas del ayer. Y todo era propicio. Cielo azul y luna brillante en toda la mitad de la bóveda celeste, como para que nadie tuviese impedimentos.

Y como el invierno obsequia a las plantas el milagro de la vida, las hojas verdes de laureles, que parecían lustradas a propósito, y los variados colores de las trinitarias y musaendas, acolitaban al patio descubiertto de la Casa de la Cultura, para que los súbditos de las musas se sintieran a gusto.

Y en verdad que todos contribuyeron a endulzar el ambiente y a enfiestar el ánimo de la nutrida concurrencia.

Los poetas leyeron algunos de los versos recogidos en los opúsculos seleccionados por Adriana Ávila Pérez. En las páginas de esos libros presentados esa noche se

aprisionan vivencias y sentires.

Abel Ávila le canta al carnaval. Podría decirse que el investigador social lo describe ahora con el pincel de la rima. Y en medio del bullicio se siente niño y hombre. Y le pide a los infantes que lo guíen por los caminos de las sombras. A la distancia le teme, porque ella está y no está, y porque la tiene y se le fuga.

Reynaldo Bustillo, como Rubén Darío, también tiene su azul. Y se aprovecha del colorido de los cielos despejados para traer a la memoria la mirada de su sin-celejana, tierna como la lluvia tenue.

Luis Eduardo Bobadilla se coloca al filo de los sueños para gritar que lleva el corazón colgado de los hilos de la angustia. Pero, en medio de la congoja, siente el transitar de Adela con el aliento sutil de su hermosura.

Nulvia Borrero de Crissien responde con fidelidad a la esencia femenina. Piensa que proviene del cosmo envuelta en oros de sol y espíritu. Pero, ya terrenal, se ofrece toda, con sus besos, sus ojos, el corazón y la sangre.

Enrique Dávila es el enamorado empedernido. Todos sus cantos, declara sin rodeos, han sido hechos a manera de halagos a la amada. Y en medio de la euforia le afirma

que aún mantiene bríos de juventud para acercarse con vigor a su cuerpo.

Max Rangel Fuentes sabe muy bien que vivir es eso: caminar de la mano de la luna y soñar estrellas en su luz de nácar. ¿Y para qué más? Se come para vivir, y se vive para el goce de lo bello: contemplar los arreboles y las burbujas juguetonas de los ríos. Y si se trata de ser útil, qué más puede soñarse que el anhelo de convertirse en luz en las negruras de la amada; o en dolor que nunca duela a quien sufre la pena; en el pan de los hambrientos; o en el rumbo de los errantes sin camino.

Gustavo Raad Mulford ha debido sentirse muy cómodo. Porque ese es su patio y esa su casa. Trabaja al lado de Ignacio Consuegra Bolívar, el acuarelista y arquitecto que diseña para que él construya. En la Universidad se le valora en su trabajo y en sus sueños. Y hasta se le acompaña en el intento de sacar provecho a la existencia, al distinguir el aroma de los jazmines y las rosas y el mensaje refrescante de las brisas. Pero, también, al compartir el juicio espontáneo del sentimiento, cuando la certeza precede a la palabra, para declararle a la compañera de siempre: el pasado es olvido, o simple recuerdo; el presente, total existir; el futuro, esperanza imaginada; pero tú, la integración de todos los tiempos...

Santiago Alba y Federico Santodomingo también forman parte de la familia bolivariana. A los poemas del primero le dediqué en martes pasados dos columnas; y al segundo lo encuentro en cada momento en sus corredores, con mochila al hombro, recogiendo motivos para sus cantos. Y, a pesar de su apellido, cuenta con humor para definir costumbres: Ahora el perro dejó de ser el amigo ante la presencia de los nuevos modelos automáticos y con altos cilindrajes. Y hasta sentencia: "Un hombre sin carro no se nafa; un hombre con carro es notable".

Elmys Iglesias se contenta con el sol y el mar. Es la hermosa compañía para recibir la tarde y dar el beso en la boca del descanso. A su vez Guillermo Solano se afirma en su Guajira, la del corazón en forma de lira extendida en el misterio del desierto. Y Víctor Gómez, como hijo agradecido, se inicia con epitafios inconclusos a su madre, y recuerda su partida en una mañana cuando apenas la aurora comenzaba a maquillarse.

Tomás Hernández, el educador sucreño, le confiesa a Diana que la busca en el universo de sus sueños. Carlos Ramos, como periodista, aprecia la libertad y sale en busca del mar para compartirla, y porque sabe que en él nace la vida y el amor. Maryuris Mercado confiesa que está enamorada: cuando cierra los ojos contempla

caminitos de esperanzas que conducen a la felicidad. Milena García se confunde con las noches para esperar al amado. Diana Pedrosa comparte esas ilusiones, y también lo adivina en la gama de colores de los atardeceres. Elvia Chadid no se queda atrás, e intenta convertirse en risa de su risa. Mario Mendoza no quiere olvidar el rito de la primera vez. Roberto Segebre, el jurista, pone una nota de misticismo e implora perdón a su Dios. Orlando Manjarrés, en plena juventud, ya supo de la luz de la luna iluminando el corazón.

Gustavo Leal sabe muy bien conciliar la disciplina militar con el ensueño desprevenido. Y describe con fortuna el raudo vuelo de su inspiración. Alfredo Álvarez, de formación igual, confiesa que su vida es un enjambre de ilusiones, y ella, en el recuerdo, un jardín con flores de ternuras. Y, por último, en estas menciones agradables, Fuad Muvdi, el médico barranquillero que nació en Palestina, mantiene en su recuerdo el paisaje de la niñez lejana. Lo mismo le pasa con la Andalucía de sus antepasados, que construyeron Alhambras y contemplaron el Guadalquivir.

Tres libros, tres autores nuestros

Al veterano escritor Ismael Correa Díaz Granados su ciudad le facilitó la tarea. Repleta de acontecimientos ofrece al investigador un acopio de sucesos memorables y una pléyade de protagonistas de su carácter. Tal vez por eso el acucioso biógrafo llama a su obra *Anotaciones para una Historia de Ciénaga*, a pesar de las cuatrocientas veinte y seis páginas, como si quisiese hacernos saber que el inventario histórico de su urbe vigorosa y revolucionaria ofrece material para varios volúmenes.

Con el respaldo autoritativo del estudio y la experiencia vivida, el maestro Correa Díaz Granados cubre el ciclo de acaecimientos y amerita el papel de sus actores. Desde la “fundación”, en 1521, cuatro años antes que la de Santa Marta, según alega con fundamento en los datos de la *Geografía Universal Ilustrada* de Rizzoli, hasta el examen biográfico de cuarenta y cinco de sus perso-

najes típicos, el escrutinio es riguroso e inspirado. Y tengo el cuidado de colocar comillas a la palabreja fundación, que tanto gustan de utilizar los exégetas de conquistadores genocidas, porque el mismo doctor Correa transcribe el informe que Fray Tomás Ortiz envía al rey de España donde habla del poblado indígena asentado en esos lugares con cuatro o cinco mil bohíos que albergaban una “población muy grande”.

Pero dejemos estas disquisiciones. Lo importante es leer este libro y dialogar con el autor como él lo quiere, aunque sea desde lejos. Así nos lo hace saber en su propia presentación, cuando dice: “Mi propósito ha sido el de intentar esclarecer y llenar vacíos de la historia de Ciénaga. El parecer de los lectores es respetable. Es posible que algunos no estén de acuerdo con mis puntos de vista. Y esto en vez de mortificarme me estimularía. Porque considero, como el profesor Talmón, que la controversia es el alma de la investigación”.

En el periodismo el columnista es el huésped privilegiado de la sección editorial. Su escrito exige el razonamiento para el concepto adecuado. Debe escribir con reposo para facilitar la precisión. Tal vez por todo eso las pocas cuartillas dedicadas a cada uno de los temas tratados pueden ser objeto de compilación para eternizarse en el libro.

En Serio y en Broma es un libro de Óscar Alarcón Núñez que recoge parte de su cosecha publicada en *El Espectador*. Es un material variado que incluye “micro-lingotes”, notas y una selección de las columnas de los últimos dieciocho años. En toda esa muestra del ingenio se conjuga el humor con la agudeza crítica; el comentario del hecho reciente y el trazo nostálgico del acontecer lejano. Como crítico y analista el autor encaja en el juicio de Amiel: es portador de un don, de una intuición, de un tacto y un olfato.

Los libros recrean y enseñan. *En Serio y en Broma* estará a la orden del lector para proporcionarle esas dos oportunidades. La edición estuvo a cargo de Plaza & Janés: sencilla y pulcra, y con graciosa portada de Osuna.

Óscar Flórez Támara, el poeta mimado de la Simón Bolívar, llega desde su Sucre con nueve cantos. Y los trae en forma de obsequio adecuado para los enamorados. Parece como si quisiera facilitarles la oportunidad de tenerlos a la mano en el momento oportuno para que puedan leerlos al oído de la amada. El poeta tiene amigos árabes y conoce sus proverbios. Como aquel que define sabiamente: Un libro es un jardín que se lleva en el bolsillo. Sobre todo, agregaría yo, si es de poesía,

porque entonces es un ramillete de rosas y gardenias.

El poeta ha abierto de nuevo el grifo. Y el chorro cristalino de la palabra irisada es portador del mensaje enamorado: *Yo te llamo al recuerdo... y sueño para ponerle precio a la vida... es posible que no me pertenezcas... al fin de cuentas no sé en qué ando ahora: si buscando los sueños extrañados o perdidos para siempre en esta realidad... quiero entregarte estas trinitarias, y guárdalas si aún tus manos no han perdido la virginidad del horizonte... este corazón está de vacaciones para quererte a ti... Estoy dentro de ti aunque ya no te des cuenta... muéstrame la esquina del cielo que tú sueñas... al menos queda una puerta sin dolor donde pasan estos ojos que te siguen...*

Son los versos del doctor Óscar Flórez Támara. Y el verso cae al alma como al pasto el rocío, al decir de Neruda.

Lluvia y Poesía

Regreso de Bogotá repleto de complacencias. En tres homenajes recibidos la amistad estuvo presente. El libro que recoge los diversos comentarios escritos en esta columna en los dos últimos años, ha sido motivo de generosa acogida. La primera edición se agotó en dos meses. Y fui a presentar la segunda, pulcramente editada por Grijalbo.

El primer festejo fue en la Academia de Historia de Colombia. Las palabras de su presidente, doctor Luis Duque Gómez, y del Rector de la Universidad de Historia de la Academia, doctor Antonio Cacia Prada, obligan a la gratitud eterna y sirven de estímulo en el compromiso intelectual.

La noche siguiente David Sánchez Juliaio abrió las puertas de su apartamento para recibir a los escritores del país. Con ellos compartimos los bolivarianos y escuchamos el decir afortunado del consagrado

novelista loriqueño, mientras la gran Rocío, la hermana orgullo de la familia en el arte culinario, preparaba sabrosuras.

Y, como para rebosar la copa del beneplácito, el jurista Horacio Gómez Aristizábal nos esperó en las espléndidas instalaciones de la Academia Internacional, en compañía de miembros de la Corte Suprema de Justicia, tratadistas del derecho, políticos y redactores de los grandes diarios nacionales.

- Mil gracias Bogotá, por tu acogida. Porque también tu brillante sol estuvo presente como en los mejores días veraniegos. Por cierto; en contraste con el regreso de lluvia refrescante en la Arenosa.

Tanto el sol como la lluvia satisfacen mis gustos. Los bogotanos disfrutan el sol que propicia un poco de calor. Pero en Barranquilla se está perdiendo la grata costumbre de salir a las calles a recibir el regalo de las nubes, siempre con la frescura y la gracia de las gotas cristalinas.

Yo aprovecho el aguacero de varias horas para contemplar, desde la ventana, las alegres corrientes de la calle, mientras acaricio originales y libros de los poetas amigos. Tengo entre mis manos las recientes creaciones

de Gustavo Raad Mulford y Santiago Alba. En Bogotá la poetisa Clara Samper, hija del inolvidable Darío, me obsequió un ejemplar de *Habitante de su Imagen*, la primera entrega de su padre en los años de la insurgencia *Piedra y Cielo*, en la colección que dirigía entonces Jorge Rojas.

Clara sabe de la amistad que me unió al periodista y poeta Darío Samper. Por mucho tiempo nos ligó el compromiso de la defensa de los idearios legados por Jorge Eliécer Gaitán. Darío dirigía en Bogotá el diario *Jornada*, y yo el semanario *Frente Nacional*, en Barranquilla. Con Jorge Uribe Márquez y tantos otros soldados de la justicia social, compartimos horas de sueños y esperanzas.

Clara también me entrega un poema suyo que recuerda al poeta y orador que lloraba al lado del pueblo cuando cayó el caudillo. Ella lo sigue contemplando en las tardes domingueras, y piensa que su voz se levanta del barro a cantar con el indio americano y las mujeres de trenzas perfumadas en los momentos en que el sol desata los jaguares de oro.

Gustavo Raad reparte su inspiración entre el anhelante deseo de la gloria ofrecida por su Salvador y el goce de la existencia terrenal. En los primeros poemas

de su próximo libro el místico derrocha convicciones, y en los otros goza los días plenos de sol y las ternuras de la noche.

A Daniela, su niña bonita, la sitúa en nubes que parecen castillos de miel, y la aprecia como huella de Dios, que no necesita aprender a orar porque ella es la oración.

A su Caujaral, el lago apacible que en los minutos vespertinos acoge en el follaje de los árboles que lo rodean las aves peregrinas, le canta y le pondera su suave brisa voluptuosa que embriaga el alma con sus melodías de la mañana y el espejo polícromo del atardecer. Y al final de sus versos, Gustavo Raad, el arquitecto constructor de edificios y de paraísos líricos, le dice al niño que se asoma al trajín de la vida, que goce el mundo que acaba de hacer, donde las lágrimas son dulces y el dolor no se ha inventado todavía.

Santiago Alba Rocha me obliga a regresar a Juan de Acosta. Una parte de mi juventud transcurrió en medio de la gracia de su gente. También, en los inicios de la madurez, todos los fines de semana caminaba por el lecho de su arroyo en compañía de la familia. La pródiga lluvia del presente parece la misma de años atrás, cuando era recibida como la bendición del cielo que

prodigaba cosechas.

El poeta Alba inicia orgulloso su rosario poético rindiéndole ofrendas a su origen. Y dice que sus mochilas vienen repletas del paisaje de los montes y del barro de su tierra generosa. Por eso él mismo se ve llegar en todas partes pisándole al futuro sus talones, con cielo y todo, y con el mar que circula por las venas con el salobre regosto de su sangre.

La lluvia sigue y saboreo los poemas. Entonces se me viene a la memoria el decir de Neruda: "El verso cae al alma como al pasto el rocío".

Dos libros, dos autores

Recientemente se presentaron en la Universidad Simón Bolívar dos libros de dos barranquilleros que han sabido distinguirse en el territorio nacional por sus existencias ejemplares y una actividad creadora sin descanso.

El uno, de Roberto Carbonell, el patriarca, que a la edad de noventa y dos años continúa con vitalidad envidiable, sacándole provecho a la fructífera razón intelectual de vivir.

El otro, de César Esmeral Barros, médico, director de empresas de servicio social y ex Ministro de Salud, que ha hecho de su profesión un auténtico apostolado.

El primero es algo así como las memorias del autor, que es, a nuestro parecer, la mejor manera de contar la historia. En el segundo, en actitud quijotesca y lanza en ristre, el prosista arremete contra las recientes normas

legales que privatizan la seguridad social.

Son temas de interés comunitario de gran actualidad. Porque el de Carbonell recoge análisis y críticas de acontecimientos pasados y presentes, y el de Esmeral Barros sopesa la trascendencia de conductas oficiales de estos tiempos neoliberales.

Roberto Carbonell es parte de la historia de Barranquilla y del país en este siglo. Periodista, político, industrial, cívico, ha participado en grandes jornadas del desarrollo nacional. Podría decirse que el apelativo que más encaja en su larga existencia es el de pionero. Buena parte de su inquieta vida la ha pasado organizando empresas, abriendo caminos.

Unas veces fue soldado de la industria pesquera; otras del arte de la perfumería. Y todo ese mundo de iniciativas económicas entrelazado con el desprendimiento cívico y la laboriosidad espiritual. A los 24 años de edad ya presidía el Concejo Municipal de Barranquilla. Y a los quince había fundado el periódico *Juventud*. Desde entonces nunca su pluma se ha detenido. En los grandes diarios (*El Tiempo*, *La Prensa*, *El Colombiano*, *El País*, etc.) siempre hubo una columna que recogió su pensamiento. En el mundo de la economía ha estado presente: cofundador de la Federación Nacional de

Comercio, del Banco del Comercio, del Grupo Grancolombiano, y miembro de la Junta Directiva de Acopi.

Como reconocimiento a su obra y a su ejemplar existencia, la Universidad Simón Bolívar le concedió el título de Doctor Honoris Causa, y la Asociación de Pequeños y Medianos Industriales lo hizo su Presidente Honorario, además de condecorarlo con la Medalla de Oro al Mérito Empresarial. Sin embargo, lo más sobresaliente en el *currículum vitae* de don Roberto Carbonell es que, a la edad de noventa y dos años, ha escrito el presente libro y se encuentra trabajando en otro con entusiasmo juvenil. Bienvenidas, pues sus *Verdades sobre Colombia*, pulcramente editadas por Plaza & Janés.

En momento oportuno aparece el juicioso estudio *La Salud y su Privatización en la Reforma de la Seguridad Social, Ley 100 de 1993*, del doctor César Esmeral Barros.

El país discute los alcances de la Ley 100 de 1993 y la estrategia neoliberal de la privatización de servicios considerados hasta hace poco de casi exclusiva responsabilidad del Estado.

Con la autoridad que le concede toda una vida dedicada al ejercicio de la medicina y a la dirección de organismos especializados en la asistencia social, el doctor Esmeral Barros analiza el contenido doctrinario

de las más importantes disposiciones legales sobre la materia.

Además de Ministro, el doctor César Esmeral Barros se ha desempeñado como director de hospitales, Gerente de los Seguros Sociales, Presidente de la Junta Directiva de Asmedas Cundinamarca y Presidente de la Asociación Colombiana de Seguridad Social.

Y hay algo muy especial para nosotros que complementa el regocijo en el caso del doctor Esmeral Barros. Es él, también, oriundo de Isabel López, la pequeña villa, única en el mundo, al decir del escritor español Carlos Rojas, con nombre y apellido de mujer. En su paisaje elemental y en la simplicidad de las costumbres de entonces, compartimos los sueños y travesuras de la niñez. Ahora, con la complacencia que depara el recuerdo del ancestro, leo las páginas de su obra, también editada por Plaza & Janés.

El mundo del golf

Con motivo de la próxima aparición de un bello libro de recuerdos de infancia escrito por el jurista Armando Arrázola Madrid, he tenido la oportunidad de conocer anécdotas de un deporte apenas practicado entre nosotros en los predios de los clubes sociales.

En *El Veinte de Enero*, que es la historia contada con gracia del Sincelero de comienzos del siglo XX, el doctor Arrázola Madrid, empedernido golfista, me ofrece la oportunidad de transcribir del prólogo simpáticas anécdotas que sirven para sopesar el dominio que ejerce sobre las personas el poder de la afición.

Y lo hago, como acostumbro, a manera de diálogo imaginario con el autor:

J.C.H. Cuando paso por los sitios donde se juega el golf suelo recordar una anécdota del filósofo Julio Enrique Blanco. Una tarde compartíamos en el tercer piso de su residencia, situada muy cerca de unos campos de

golf. Mientras conversábamos nos acercamos a la ventana. Él miró hacia afuera, y me comentó: ¿Cómo puede una persona desperdiciar su valioso tiempo golpeando una bolita para luego seguir detrás de ella, mientras un sirviente lo acompaña cargando sus arreos?

A.A.M. Lo que no sabía el ilustre pensador, ni usted, es que esa bendita bola nos libra de la visita a las farmacias en busca de pastillas que mitigan los males de estos tiempos de estrés. Con maldiciones y palabrotas descargamos malos humores cuando ella toma direcciones distintas a las deseadas. Y lo desconcertante del asunto es que uno convierte el juego luego en una especie de rito al que no se puede dejar de asistir. Entre nosotros es conocida la anécdota del compañero de todas estas tardes sabatinas, a las cuales nadie falta, que en el momento del *back swing* vio pasar por la carrera 53 un cortejo mortuario, y se quitó la gorra en señal de condolencia. Entonces los compañeros de *foursome* le preguntaron de quién se trataba. Y él contestó: Es la santa de mi mujer que murió esta mañana...

J.C.H. Yo conozco también algunas anécdotas por boca del arquitecto Gustavo Raad Mulford, quien, precisamente, acaba de debutar como poeta y cuentista con un libro ilustrado por su colega Ignacio Consuegra Bolívar. Son historias cortas en el lenguaje propio de este deporte. Pero, como supongo que sus compañeros

de bando dedicarán unos minutos de su sagrado tiempo para leer *El Veinte de Enero*, por lo menos este diálogo no quedará inédito.

A.A.M. Bueno, si el asunto es en la casa o en la oficina, tal vez. Porque en el *course*, o sus alrededores, ningún *partner* sería capaz de tanto sacrificio. Pero cuente...

J.C.H. Alguna vez Juan Antonio jugaba con su señora y al llegar al *green*, pleno de alegría y emoción, le dijo: Mijita, si emboco te juro que esta noche repetimos la luna de miel. Y de inmediato la consorte respondió: ¡Dado!

A.A.M. Y para los profanos, explico que el término *dado* es algo así como concedido. En los juegos amistosos, cuando la bolita queda cerca del hoyo, se le concede esa gracia al contendor, para evitarle un nuevo golpe. Pero siga, profesor...

J.C.H. En la audiencia el juez pregunta al acusado si acepta que mató a la suegra con un golpe de *drive*. Y el apacible golfista, se permite aclarar: Es cierto. Pero en honor a las reglas de caballerosidad que nos rigen, debo informarle que primero hice tres aires cuando me esquivaba.

A.A.M. Sin embargo, dilecto amigo, necesario es

tener presente que a pesar de esa entrega en los partidos, también nos encontramos prestos a cumplir con el deber. Hace unos años, al iniciarse un juego, un compañero cayó fulminado por un infarto. Él vivía a unas dos cuerdas del campo. Y hasta su casa, al anochecer, lo llevamos cargado. La viuda, en medio del llanto, expresó su gratitud por los sentimientos de amistad solidaria. Entonces todos nosotros le contestamos: ¡Y no se imagina usted, señora, el trabajo que nos costó cargarlo en el transcurso de los dieciocho hoyos!

J.C.H. Bueno, apenas una última observación, dirigida al flamante Presidente de la Asociación Colombiana de Golf, el castizo y brillante periodista Manuel de la Rosa Manotas: El fútbol nace en China, pero son los ingleses los que lo perfeccionan. Y de Inglaterra vino a estas tierras con reglamento y términos. En mi niñez se decía *keeper*, *corner*, *penalty*, *outside*, etc. Pero ya se castellanizó. Ahora, es portero, tiro de esquina, pena máxima, fuera de lugar, etc. El golf nace en Escocia y conserva la terminología en inglés, y como los escoceses, sus prácticas recuerdan a la gente encartonada, de bombachos y caminar pausado...

A.A.M. Pero, a pesar de eso, semeja un juego de caballeros con reglamento para infractores. Porque todo es penalización.

Las *Cercanías* de Santiago Alba

Recientemente al iniciar la lectura de *Cercanías*, escribí en mi columna semanal de *El Heraldó*, que la poesía de Santiago Alba Rocha me obliga a regresar a Juan de Acosta.

Recordaba entonces que una parte de mi juventud transcurrió en medio de la gracia de su gente. También, en los inicios de la madurez, todos los fines de semana caminaba, en los días de veranos, y por el lecho a su arroyo, en compañía de la familia.

Ahora, mientras gozo de la lluvia de este septiembre, evoco el semblante complacido de los paisanos que la apreciaban entonces como bendición del cielo para prodigar cosechas. Por cierto, los campesinos, sin el auxilio de los instrumentos tecnológicos del presente, ni de nombres esenciales, como el tal Niño, sabían explicar, con el respaldo de la experiencia acumulada en cientos

de años, los tiempos de sequías o de lluvias abundantes.

Incluso, desde el comienzo del año, pronosticaban intensidades o limitaciones. Y con el auxilio de la fe religiosa, en los mayos de estiaje acudían a las rogativas ante la Santa Cruz, con procesiones y cumplimiento de mandas; en septiembre se acordaban de San Antonio, el milagroso en el campo de las cosas perdidas, para que encontrase las nubes ocultas; y en octubre alumbraban a San Isidro el Labrador, que sabía quitar el agua y poner el Sol.

Orgullosa de su ancestro el poeta Alba inicia su rosario armonioso y endulzado rindiéndole ofrendas a su origen. Y dice que sus mochilas de majagua vienen repletas del paisaje de los montes y del barro de su tierra generosa. Por eso se ve llegar en todas partes pisándole al futuro sus talones, con cielo y todo, y con el mar que circula por las venas con el salobre regosto de su sangre.

Y en ese transcurrir de la infancia está presente la madre. Ella, hermosa y dulce, ennoblecida por el recuerdo y la gratitud. Y vuelve a contemplarla con flores en sus sienes y sonrisa de ternura acariciando retoños. Y aunque todo parecía faltar, en verdad nada faltaba. Porque el amor nunca deja espacio para descubrir carencias. Las puertas de la casa campesina siempre estaban abiertas para dar paso a la luz y a la brisa refrescante; y el canto de los mochuelos y las tierrelitas eran suficiente

en el complemento de su arrullo inolvidable: Este niño se quiere dormir, pero el pícaro sueño no quiere venir...

Mi padre, dice el poeta, era hijo del Sol y del tiempo. El gallo giro le anunciaba en las madrugadas la hora del comienzo. Y sin mancar, como el rey astro, desde la cola del patio mostraba su mirada serena al despertar el alba. Entónces sus manos callosas afilaban el machete para iniciar faenas. Por eso ahora puede exclamar como el hijo agradecido del ayer: "¡Cuán grande riqueza es, aún entre los pobres, el ser hijo de un buen padre!". O resumir como Michelet, conceptos sobre los progenitores: "Mi padre era la justicia exacta, la ley en acción, enérgico y austero, la heroica belleza inflexible; mi madre, la dulce justicia de las circunstancias atenuantes, de las atenciones justificadas que aconseja el corazón y que la razón autoriza". Porque así eran ellos, con su vida de pobres pudorosos que supieron dejar la herencia de la dicha.

Y el poeta también acaricia el recuerdo de la novia extraviada en el paso de los años. Y reconoce que persiste en el pensamiento. Y bendice la soledad que compartieron, apenas salpicada por los cantos de toches y azulejos.

Los motivos que alimentan la inspiración rebosan la mochila de majagua. Yo no sé si los niños de ahora, doblegados por nintendos programados, tengan maña-

na muchos episodios dignos del ensueño. En el ayer campesino el universo de la infancia se ofrecía en borbotones para la creación. Los niños éramos artífices de nuestros mundos y deleites. Los juguetes brotaban de la imaginación en medio de la sencillez de los objetos que la naturaleza brindaba. Los totumos tiernos, por ejemplo, se convertían en animales a través de la magia de la ilusión figurada.

Bastaba con colocar ramitas que cumpliesen el papel de patas o rabos. Y los trompos y las cometas, apenas con el auxilio del vidrio cortante, clavos y papeles, brotaban de las manos tiernas para bailar en las calles arenosas, o elevarse en busca de cielos al soplo de las brisas en las tardes. Aquellos tiempos, reconoce el poeta, valían la pena. La vida ofrece muchos caminos con sombras de árboles frondosos, y en la distancia siempre algún rincón nos permite valorar sus sabrosuras.

Cada sitio habitado cobija personajes inolvidables. Juan de Acosta es tierra rica en el cultivo del pinto-resquismo. En la memoria del poeta anida el simpático existir de Goyo, con la abundancia de su bondad y nobleza. Y Juana Luisa, la mujer hacedora de hijos y oficios, sin pausa ni descanso. Cien eran sus manos y mil los afares. Tanto la admiraba, y la quiere que resume el elogio, al decir, que como el tiempo no le alcanzaba en el afán laborioso, lo detenía entre sus brazos.

Más sobre las *Cercanías*

En su *Canto a la aldea*, dedicado a sus amigos José e Ignacio Consuegra Bolívar, "fabricantes de sueños", Santiago Alba parece empeñado en emular consigo mismo. Porque la catarata del numen se desborda al expresar el sentimiento al pueblito con noches oscurecidas por las manos ocultas de natura, que ofrecen el espectáculo del paso del cometa y el brillar rutilante y perpetuo de las estrellas.

Yo me detengo en cada verso para gozar mejor el saboreo. El recuerdo de mi infancia en las calles arenosas de la aldea natal lo mantengo en el cofre abierto que escarbo en procura de placidez. El poeta, también, con sonrisa en los labios, interrumpe el trajín cotidiano para volver a verla hermosa, con sus casitas de bahareque construidas con arena de arroyo y palma amarga. Todo, entonces, lo hacía feliz. Hasta el relámpago que obligaba al ladrido de los perros, o el croar de los sapos. Porque, para él, su pueblo, "a los ojos del mundo, era un enorme cocuyo con luz natural".

Pero el poeta no solo disfruta reminiscencias. También la angustia del presente le carcome el sentimiento. Este hombre colombiano de ahora niega la correcta misión terrenal. Gusta de cambiar las cometas por fusiles. Si a un soldado de la Patria, exclama adolorido, se le pide que enseñe el cielo, a lo mejor se sorprende, porque apenas sus ojos se mantienen escrutando horizontes en busca de enemigos.

Varias páginas de *Cercanías* parecen ofrendadas al milagro de la síntesis. En pocas palabras el poeta aprisiona paisajes y describe cualidades. Verónica, el prodigio en comunión de mar y cielo, provoca envidias. Y sale en defensa del arco iris, apenas en tres versos, para reclamar la crianza del azul de ese cielo y ese mar.

Y, al final, la adecuada observación para aquellos afanados sometidos a la mezquina esfera del minuto. Esos, en el diagnóstico del poeta, "no llegarán a tiempo al millonario cumpleaños de la rosa".

Unas últimas palabras: Gracias profesor Santiago Alba, por el festín prodigado. Sus poemas son sencillamente dignos de saborearse en cualquier ocasión. Esta tarde, por ejemplo, transito por las calles de Barranquilla en diligencias universitarias. El doctor Rafael Bolaño Movilla conduce su automóvil. Y al saber que llevo entre

mis manos versos engendrados a la sombra del recuerdo costero, me pide que los lea en voz alta. Lo complazco y digo: *"Ya no hay espantos, ni duendes, ni diablos, pero las brujas conservan su sitio de honor en la zona. Con todo esto la madrugada se engalana, cuando de brazos de la dicha, pasan los borrachos cantándole al despecho"*.

Entonces el doctor Bolaño, como si estuviese llegando al verdor de su "Xochimilco", detiene su Mazda debajo del frondoso almendro, de ardillas y pitirres, que guarece con su sombra el frontis de la nueva sede académica de la Simón Bolívar, y cierra los ojos como para escuchar mejor:

*El parque tiene luna,
música y viento que da gusto.
Si estoy vivo mañana
le juro fidelidad a la belleza.
Mando a pintar la casa
con los colores de la aurora
y canto a voz en cuello
un himno al optimismo,
festejo, con mi mujer y con mis hijos,
el triunfo conseguido.
Me nombro presidente vitalicio
del hogar y decreto vacaciones
en el país de los quehaceres.*

Dejo de leer, y el hijo de la calle Obando, que todos los fines de semana parte bien temprano camino a Juan de Acosta, va en busca del doctor Antonio Spirko, su compañero de labores y de escapes en los viernes culturales, a contarle orgulloso que pronto le obsequiará un ejemplar de *Cercanías* para que mitigue los sosiegos de las exigencias del diario quehacer pedagógico.

Y la simbiosis en el arte sigue adelante. También en *Cercanías*, como antes en *Cantos*, *Cuentos*, *otros Sueños y Acuarelas*, de Gustavo Raad Mulford, el complemento afortunado de los colores de Ignacio Consuegra Bolívar está presente. Es la comunión armónica de la palabra escrita y el pincel. Ya Lope de Vega lo dijo: "La poesía es la pintura de los oídos, y la pintura es la poesía de los ojos".

Escalona y Ávila, ahora novelistas

Hay distintas maneras de escribir la historia. Yo me atreví a distinguir tres: La del recuerdo; la que se escucha; y la que se investiga.

En el relato de la vivencia, la memoria y la imaginación cumplen el papel principal, con el respaldo de una prosa amena y, si es posible, poética.

Cuando se transcribe lo que narra el pueblo sobre acontecimientos y costumbres de un ayer lejano, también el adorno fantasioso complementa y embellece.

En cuanto a la historia como disciplina científica, el compromiso de sus analistas exige máxima consagración en la búsqueda del dato verídico.

Esta tarde de espléndido banquete del libro y la pintura, tres de ellos están dedicados a la historia.

Rafael Escalona, el legendario trovador, como si quisiese agregar un nuevo fruto en la muy completa cosecha de su ingenio musical, recoge en *La Casa en el Aire*, la historia novelada de Patillal, el pueblo donde nació.

Esto no es nada nuevo en la obra del genial compositor. Cada una de sus canciones, como corresponde a la identidad del vallenato, cuenta sucesos de una región que cultiva el folclor como graciosa manera de difundir noticias.

De Escalona, sus tonadas y su libro, bien puede decirse, a la manera de Jules Barbey, que donde el historiador se detiene, sin saber ya nada, aparece el poeta y adivina.

Desde la primera página, y con su puño y letra, para que no quepa duda, como antes se decía, el maestro Escalona resume el contenido y da fe de su veracidad. Él fue testigo desde la edad de siete años. Lo de antes se lo refirió el viejo Pedro.

Los recuerdos de la infancia perduran con frescura en la mente humana. Se sabe que en la edad madura pueden darse casos de limitaciones en la respuesta clara al acontecer reciente. Pero en cambio los episodios de la niñez se mantienen diáfanos. Yo suelo experimentar esa situación. A cada momento tengo que acudir a doña

Anita, que hace las veces de computadora con su memoria lúcida, en procura del dato o del nombre olvidado del amigo. Sin embargo, en las noches de insomnios desfilan en mi memoria los hechos y los personajes de la infancia con todos sus detalles, o virtudes y defectos.

Los que escuchan las composiciones de Escalona siempre quisieron saber más pormenores de sus protagonistas y de su tiempo. Todos ellos encontrarán ahora esa agradable oportunidad en *La Casa en el Aire*. Por ejemplo, a la muy original ocurrencia de soñar un castillo en las nubes para que nadie pueda perturbar a Ada Luz cuando llegue a la edad casadera, o la descripción pintoresca del lento recorrido del tren que en los atardeceres parece llegar cansado a Santa Marta, está la existencia regional que desborda en la limpieza y sencillez de un existir auténtico y original.

El sociólogo y escritor prolífero Abel Ávila no podía tampoco demorar más para rendirle homenaje a su aldea.

Ávila nace en Lata, corregimiento de El Guamo. Ya él fue Alcalde del Municipio y allí dejó la huella del amor al terruño. En estos tiempos de violencia, de masacres y de odios, sus coterráneos recuerdan con

nostalgia al paisano que pregonaba armonía fraternal y gobernaba con entrega en el servicio. Ahora llega *El Clan de Mama Cola*, con sus historias que dibujan el vivir bucólico y el apego a lo propio.

El Clan de Mama Cola como *La Casa en el Aire* caminan en los predios de la novela. Y así sucede con todas estas biografías de costumbres y personas. La novela está allí, en el mundo de la realidad y lo fantástico. Daudet pensaba que la historia es la vida de las colectividades, y la novela se yergue para rendir tributo al informe costumbrista en compañía del lírico dulzor imaginado.

Podría decirse que el viejo Pedro, personaje central de *La Casa en el Aire*, cuenta la historia y Mama Cola pare a los que hacen la historia. Porque, como bien lo comenta el inolvidable Antonio Saldías, Mama Cola es la progenitora ubérrima que resguarda en su extenso alero las huestes de su clan.

No hay mejor obsequio a la llamada patria chica que dejar constancia en las páginas de un libro por la admiración a su ancestro, a su paisaje, a las costumbres y a la personalidad de sus habitantes. Es eso lo que hacen, con tanta autoridad, entrega y afecto, Rafael Escalona y Abel Ávila, los hijos mimados de Patillal y Lata y sus extensos contornos.

El liberalismo económico de ayer y hoy

Como su nombre lo indica, el Neoliberalismo es un nuevo liberalismo, apropiado para la realidad y conveniencia de las economías dominadoras de estos tiempos, tal como lo fue en el siglo pasado. Los resultados en el ayer se expresaron elocuentemente y los economistas latinoamericanos tuvieron ya el cuidado de enjuiciar dicha política económica como una de las causas del subdesarrollo histórico.

En el libro *Historia del Pensamiento Económico Colombiano*, de Julián Sabogal Tamayo, recientemente presentado en la Universidad Simón Bolívar, sostengo con el autor un diálogo imaginario, especie de síntesis crítica al razonar de los partidarios de dichas estrategias:

J.C.H. Al lado de los economistas comprometidos con

el estudio de nuestra realidad para deducir formulaciones teóricas siempre estoy en disposición y ánimo para mencionar la ignorancia de los divulgadores del pensamiento económico extranjero sobre el aporte doctrinario y auténtico de los analistas latinoamericanos anteriores a ellos e incluso de sus contemporáneos. Y eso no es raro. Lo mismo sucede ahora, especialmente con los profesionales formados en las universidades de los países desarrollados.

J.S.T. Así es. Porque poca diferencia hay entre un Florentino González, alineado en Inglaterra, y un ministro de Hacienda de estos tiempos, orgulloso de su paso por Harvard.

J.C.H. Pero usted conceptúa que “es común entre los pensadores económicos del siglo XIX el divorcio entre los planteamientos teóricos y la realidad económica del país, ya que se trata de un pensamiento copiado de los europeos”.

J.S.T. Es cierto. Pero debo aclarar que me refiero a los seleccionados en mi estudio.

J.C.H. Me parece correcta su observación, pues Bolívar, Castillo y Rada, el propio Santander, y más tarde

Rafael Núñez, parten de esta realidad, con criterio propio, en busca de conveniencias adecuadas. Así, mientras el anglófilo Florentino González se atrevió a conceptuar que lo más absurdo sería que estos países intentaran producir manufacturas, en vez de dedicarse a la agricultura y la minería, cuando ya los inteligentes pueblos europeos lo están haciendo para cambiarlas por nuestros productos naturales, Bolívar, Castillo y Rada y otros libertadores sopesan la importancia de la industrialización y de una economía de defensa. Y hay algo más irónico: Florentino González, oriundo de Santander, es quien propicia, con el librecambio, la muerte de la industria y la artesanía santandereanas, por cierto, las más importantes de la Colombia de esos tiempos. También es bueno recordar que la posición librecambista de entonces es tanto más inconcebible cuanto desde la misma Colonia se exponían tesis distintas. Y también se da algo paradójico: Mientras los funcionarios de la Corona española de la región costea, vale decir, la dirigencia que podría suponerse vocera de los grupos de los comerciantes de Cartagena, Santa Marta, Riohacha y Mompox, se muestran partidarios de una estrategia defensiva y de un proteccionismo en favor de la producción criolla, son los economistas del interior los que imponen el librecambio.

J.S.T. Lo engañoso del asunto es que las tesis de esos economistas librecambistas se predicaban dizque para erradicar el antiguo monopolio español. Pero lo que se consiguió fue trasladar el predominio a Inglaterra. Además, los argumentos de democratización de las posibilidades consuntivas del pueblo fueron falsas, ya que la tal libre importación solo sirvió para limitar la ocupación de mano de obra obrera y artesanal y permitir la importación de mercancías de lujo (vajillas, telas, prendas, etc.) que adquirirían las clases altas de Bogotá y otras ciudades grandes.

J.C.H. Podemos concluir entonces que la política económica librecambista y el pensamiento liberal o neoliberal económico es un retroceso en la historia económica nacional. Ahí está, en la postrimería de la Colonia el razonar avanzado y consecuente de los cartageneros José Ignacio de Pombo y Antonio de Narváez y la Torre. De Pombo, por ejemplo, como ahora se hace, reclamaba fábricas de sabiduría, con más colegios, universidades y escuelas técnicas. Y Narváez y la Torre, en sus *Relaciones de Mando*, solicitaba a fábricas que procesaran el algodón cultivado en estos suelos para producir las telas que entonces se importaban, con el objeto de que se quedara acá lo que ahora se conoce con el nombre de valor agregado, y se ocupara la mano de obra local.

J.S.T. Bueno, la historia vuelve a repetirse con el llamado Neoliberalismo, o capitalismo salvaje, que ahora atenta contra la industria nacional en beneficio de las economías de las potencias dominantes. Y peor: Mientras los testaferros criollos alaban el librecambio, las economías desarrolladas practican en sus territorios proteccionismo, incluso para sus productos agrícolas y materias primas.

Más sobre Neoliberalismo y Proteccionismo

Un generoso lector me hizo una pregunta sobre los diálogos imaginarios que utilizó en los prólogos que escribo para libros de amigos. Debo decirte que siempre tengo el cuidado de publicarlos solamente cuando he recibido la debida autorización de los autores.

Me permito ampliar en la presente columna los criterios expuestos en el prólogo del libro *Historia del Pensamiento Económico Colombiano*, del ilustre catedrático de la Universidad de Nariño, doctor Julián Sabogal Tamayo. Sigamos, pues, con el diálogo:

J.C.H. Hay necesidad de aclarar que el proteccionismo, por sí mismo, no es panacea. Frecuentemente se distorsiona el análisis crítico al denunciar fallas en su

aplicación. Digamos por caso la modalidad centralista y monopolista, de provecho casi exclusivo para algunas regiones y sectores económicos y sociales. Eso ha sucedido en Colombia, al localizar la actividad industrial en zonas poco propicias que aumentan costos de producción. No podemos ocultar la realidad de un proteccionismo unilateral e incondicionado distinto a los idearios correctos de intervención del Estado para asegurar provechos universales en el ámbito de un país.

J.S.T: Eso es correcto. Porque si la estrategia de la integración latinoamericana o, simplemente, el desarrollo del comercio internacional se amplía cada vez más, ¿cómo vamos a competir con una industria manufacturera de la exportación localizada a cientos de kilómetros de los sitios adecuados para el intercambio, venta o remisión? Y lo más increíble: la materia prima de algunas industrias tiene que importarse todavía en buena parte. Entra por los puertos camino a una industria lejana a mil kilómetros, para luego regresar transformada en mercancías que pretenden competir en los mercados foráneos, cuando es bien sabido que el costo del transporte en el interior del país es varias veces superior al marítimo. Esto es puro centralismo.

J.C.H. Me agrada que usted, como economista de Nariño diga eso que involucra a su región fronteriza

del sur. Es sencillamente insensato que el país en su conjunto y, particularmente, las extensas y apropiadas zonas del Norte Caribeño, el Oriente fronterizo con Venezuela y el Sur que limita con Ecuador, Perú y Brasil no sean aprovechadas en todas sus posibilidades.

J.S.T. Todo esto nos permite pensar que con el Neoliberalismo apenas si lograremos un nuevo subdesarrollo del subdesarrollo. Las doctrinas imperantes son las de este nuevo modelo dominador. La apertura y la privatización están a la orden del día. El Estado cede todas sus responsabilidades, y hasta promueve su propia privatización. En el campo de la teoría la microeconomía impera y las leyes del mercado hacen su agosto.

J.C.H. Yo no soy tan pesimista. Pienso que después de la arrolladora presencia del Neoliberalismo y sus cosechados resultados de máxima dependencia cultural, parece ya que la inquietud por lo propio vuelve a asomarse: y, además, los conceptos de figuras destacadas del pensar original latinoamericano permiten pensar en lo contrario. En buena hora, ya para su bien y su existencia, el estudio de la economía política, en general, y del aporte criollo a dicha ciencia en particular, vuelven a ser motivo de interés. Porque la verdad es que el análisis histórico, espacial y político, se doblegaba ante la simplicidad teórica y el dogmatismo a ultranza y re-

gresivo, de la consideración de fuerzas naturales, de predominio de los negocios, y de única validez de la microeconomía y sus disciplinas y técnicas auxiliares.

J.S.T. Y ojalá ese retorno a la responsabilidad del estudio de lo nuestro para lo nuestro no haga exclusión con la dependencia dogmática de derecha o izquierda. Que no se repita el ciclo y se piense, por ejemplo, que un socialismo o un capitalismo, debe asentarse en esta realidad y para nuestras conveniencias. Y no es que se intente practicar xenofobia. Ni más faltaba. La ilustración es necesaria. Pero jamás debe tragarse entero... Marx, sea el caso, fue un hombre europeo sometido al rigor de su tiempo en ese continente. Por eso poco se ocupó de América Latina, y cuando lo hizo, al referirse a los mexicanos, a su población indígena, y genial Simón Bolívar, fue sencillamente desafortunado.

Los precursores del pensamiento económico

En la columna pasada nos referimos al papel que le corresponde a los investigadores latinoamericanos en la historia del pensamiento económico universal.

En estos días he recibido libros y revistas, ensayos de catedráticos de la Universidad Católica de Buenos Aires que han tomado en sus manos la bandera de la valoración del aporte de un grupo de destacados escritores y analistas de la Colonia, reconocidos en nuestros días como padres de la ciencia económica.

De México, por ejemplo, sobresale Vasco de Quiroga, utopista al estilo de Tomás Moro, aunque tiene el cuidado de aclimatar su anhelo a la realidad a través de los Pueblos Hospitales. Él pensaba que Europa, decadente, no podía ser modelo para una sociedad llena de amor y virtud. Su programa de gobierno ideal

comprendía la correcta "distribución de las ciudades, la organización corporativa de las familias, la gravitación de la agricultura y su complementación con las actividades artesanales, la institución de la propiedad comunitaria de los bienes de producción, la eliminación del dinero del tráfico nacional, la distribución equitativa del producto, la limitación del trabajo a seis horas diarias e intensa y creciente actividad espiritual".

En el sur del continente las Reducciones Jesuitas también ofrecen su personalidad. Son organizaciones fundamentales en el pasado indígena. Había en ellas "un fuerte espíritu solidarista y de sustento". El gran pensador peruano José Carlos Mariátegui, a quien, precisamente, el mundo le conmemora los cien años de su nacimiento, así lo reconoce en sus *Siete Ensayos de la Realidad Peruana*: "Quien recuerde el vasto experimento de los Jesuitas en el Paraguay, donde tan hábilmente aprovecharon y explotaron la tendencia natural de los indígenas al comunismo, no pueden sorprenderse absolutamente que esta congregación de hijos de San Iñigo de Loyola, como los llama Unamuno, fuese capaz de crear en el suelo peruano los centros de trabajo y producción de los nobles, que los doctores y clérigos entregados en Lima a una vida muelle y sensual, no se ocuparon nunca de formar".

Lo interesante del asunto es que en Europa se escri-

ben libros sobre organizaciones sociales ideales, mientras en el Nuevo Mundo se hace lo mismo, pero, además, se experimenta, y con resultados provechosos para su época.

Fray Bartolomé de las Casas conjuga lo moral con lo económico en su posición definida de defensa del indígena. Alejandro Piqué, en reciente ensayo sobre las ideas económicas del Obispo de Chiapas, repasa la *Historia de las Indias*, para recordar que para De las Casas lo económico está confinado a la unidad empresarial y tiene como fin el sustento. Porque, en las propias palabras del comendero y después santo, "para cumplir con las necesidades de la naturaleza humana y para que la vida de los hombres sea cumplida y perfectamente ayudada... no le basta la primera compañía... la mujer, los hijos y las posesiones... sino la segunda que es la perfecta... y esta es la ciudad".

De las Casas explica con toda clase de detalles cómo debe ser la vida en la ciudad y en el "común". En este caso peca de utopista, al limitarse al consejo. Vale decir, a imaginar cómo deben ser las cosas. Sin embargo, anota Piqué, en sus razonamientos hay que mencionar la política de incentivos, la discriminación de los costes, el papel del crédito, la inflación, las riquezas mineras y la descripción de las costumbres económicas de las culturas indígenas peruanas.

El maestro Oreste Popescu en su libro *Estudio de la Historia...* y en sus recientes estudios *El Pensamiento Económico en la Escolástica Hispanoamericana* y *Aspectos analíticos en la doctrina del justo precio de Juan de Matienza*, resume el tema al decir que "Tomás de Mercado, mexicano, Luis López, de Guatemala, Juan de Matienzo, del Perú, Bartolomé de Albornoz, de México, Pedro de Oñate, argentino-peruano, y Domingo Curien, argentino, se agrupan en dos escuelas económicas, una de México y otra del Sur. Del examen de sus obras resulta que el principal aporte radica en el desarrollo de la teoría subjetiva del valor, la teoría de la formación y variación de los precios, la morfología del mercado, la integración de la teoría monetaria a la teoría general de los precios, la teoría cuantitativa del dinero y la teoría de la paridad del poder adquisitivo del dinero".

A los anteriores de este primer período de la época de la Colonia, habría que agregar al colombiano (aunque nace en España, ejerce de cura en Cartagena, Riohacha, Bogotá y Tunja, donde escribe y muere) Juan de Castellanos. Graciela Cairoli le analiza sus ideas económicas involucradas en los versos de sus *Elegías de varones ilustres de Indias*, en temas del comercio, de la empresa, la productividad de las minas de oro, la distribución de la riqueza, el ahorro, etc.

Para José Mario Juan Cravero en su estudio *La ley natural en la filosofía económica de Fray Tomás de Mercado*, el mexicano fue uno de los primeros y más destacados frutos de la flamante universidad americana.

Cravero piensa, y con sobrada razón, que el repentino y vigoroso desarrollo del comercio y de otras actividades conexas, especialmente en el campo financiero, desencadenadas a raíz de la Conquista y de la expropiación de las riquezas de estos suelos, "estimula en Mercado la reflexión y el análisis que lo lleva a estructurar un verdadero tratado de filosofía económica", que le permite ir más allá de la simple descripción anecdótica para formular leyes sociales y económicas.

Por su parte, Matienzo, tal vez el más pródigo en la deducción científica, según Popescu, ha ganado, en el transcurrir histórico y en concurso abierto, el galardón de claro exponente de la teoría cuantitativa del dinero, mucho antes que Juan Bodin.

La globalización y el subdesarrollo

En los festejos académicos en la Casa de la Cultura con motivo de los veinticinco años de la Universidad Simón Bolívar, se presentó el libro *La Incorporación de América al Intercambio Mundial*, del ilustre historiador y economista venezolano, doctor Tomás Enrique Carrillo Batalla.

Se trata de una obra apasionante donde el autor se pasea por el acontecer económico del mundo para llegar a la América y a su situación presente.

En nuestros días el análisis y la discusión de la conducta económica neoliberal predomina. Pero en verdad la globalización y la apertura no son temas nuevos. También en los tiempos del librecambio, de los mercados abiertos, de la especialización internacional del trabajo, del *dejar hacer* y el *dejar pasar* queregonaba el libera-

lismo en los siglos XVIII y XIX, en contra del proteccionismo y la intervención estatal reguladora, que años antes prevalecía en Europa, el argumento era parecido. Precisamente, con la conducta protectora de la etapa mercantilista, lograron la industrialización que después exigía mercados abiertos para vender manufacturas. Mientras tanto el llamado Tercer Mundo solo obtuvo con el librecambio el beneficio de afianzarse en la desventajosa situación de zona productora de materias primas, vale decir, de subdesarrollada, con los efectos de un intercambio desigual.

Todo este acontecer histórico constituye la materia tratada por el doctor Carrillo Batalla en las quinientas veinte páginas de su libro, pulcramente editado por Grijalbo, y patrocinado por las universidades hermanas, Central de Venezuela y Simón Bolívar, de Colombia.

El doctor Carrillo Batalla se aleja de la prisa de los automóviles caraqueños, y como suele hacerlo en los días de la creación intelectual, se refugia en su rica biblioteca del montículo en la calle Chulavista para extender la mirada por el mundo.

Y regresa en el tiempo al Mediterráneo del pasado con las naves que lo surcaban en dirección al Oriente y el Occidente. Valora la intrepidez de los viajeros chinos,

fenicios, griegos y romanos, hasta llegar a los cruzados, conquistadores y mercaderes con ropaje religioso. Después vendría el poderío naval de holandeses, franceses e ingleses.

Y aparece España, con su patrocinio a Cristóbal Colón. Los europeos cruzan el Atlántico y acá encuentran a la espléndida América. Ellos pueden decir que nos descubrieron, pero jamás nosotros debemos repetir ese concepto. Porque este otro mundo estaba en pleno gozo de su patrimonio cultural y de su exuberancia de recursos naturales, y con los aztecas, mayas, incas, chibchas y caribes.

A Colón, el autor le dedica muchas páginas. Aunque se comenta que murió sin saber a dónde llegó, su aventura transformó la época. A Europa la inundó el oro, la plata, el platino y otros metales preciosos, en abundancia que jamás la mente humana más codiciosa había imaginado. Y, como recompensa a esos tesoros, en nombre de reyes y dioses lejanos, se llevó a cabo el mayor genocidio hasta ahora conocido.

En la interpretación del encuentro de dos culturas, como gustan en llamar algunos, el doctor Carrillo Batalla acude a los autorizados conceptos de Rafael Caldera, Uslar Pietri y Pérez Tudela. Pero, de inmediato deja

constancia de lo que en verdad hubo: una conquista con todos los agravantes que involucra esta conducta belicosa sanguinaria.

En mitad de este recorrido Carrillo Batalla abre un paréntesis para rendirle homenajes a las civilizaciones y culturas autóctonas. Nos describe la grandeza de las culturas incas y aztecas y se entusiasma con el legado de la obra literaria de los indios de Venezuela, de Colombia y de Norteamérica.

En el campo de los resultados de la presencia europea, el autor examina los efectos del nuevo intercambio. Y complementa el análisis al comparar lo precolombino con lo colonial, incluyendo en el balance la esclavitud negra, la piratería y el actuar del blanco estadounidense con sus indios.

Todo el contenido de esta obra del Maestro Carrillo Batalla es apasionante, y llega en momento oportuno, de próxima iniciación de un año nuevo, que obliga a la lectura provechosa.

Economía

El Marxismo y la inflación

El economista peruano, radicado en Bogotá, doctor Ramón García R., se adelanta, en carta publicada en la edición No. 101 de *Desarrollo Indoamericano*, a mencionar conductas de política económica deducidas del supuesto teórico oferta-precio de la inflación.

Porque una cosa es la teoría económica (planteamientos especulativos, hipótesis que facilitan el conocimiento científico, conjunto de leyes que sustentan la razón de los fenómenos sociales) y otra la política (estrategia adoptada para lograr objetivos, empleo de medios para obtener ciertos resultados, "orientaciones o directrices que rigen la actuación en un asunto o campo determinado", etc.).

En su misiva el doctor García me escribe: "El análisis de las teorías de la inflación que usted presentó en la Academia de Historia, es completo. Yo simpatizo con

su enfoque oferta-precio. Y mucho me agradó saber, como lo explicó la noche siguiente en la Academia Colombiana de Ciencias Económicas, que algunos economistas soviéticos en los comienzos de los años ochenta ya la acogían, al decir de los académicos E. Andrés y V. Rysin, en el libro *La Teoría del Dinero de Marx y la Actualidad*, publicado por la Editorial Progreso. Lo curioso del asunto es que antes se apegaran a la teoría cuantitativa del circulante respaldado con oro, de Carlos Marx, cuando la realidad la tenían ante sus ojos. Por el control absoluto de los precios y servicios, la Unión Soviética, en sus etapas de esplendor, no conoció la inflación”.

En verdad, como oportunamente lo observamos, los economistas de la era socialista siguieron la pauta de Marx en la explicación de la inflación. El gran creador de la ideología del materialismo dialéctico moderno, en materia monetaria, expuso el tema así: “Una ley específica de la circulación del papel moneda podría solo originarse en su relación representativa con el oro. Y esta ley es sencillamente la siguiente: que habrá que limitar la emisión del papel moneda a la cantidad en que el oro que ese papel simbólicamente expresa tendría realmente que circular”.

En los textos soviéticos de los primeros años, el modelo predominó. Eugenio Varga, uno de los economistas

de gran acogida en los tiempos de la postguerra mundial de 1945, en su libro *Economía Política e Imperialismo*, repite el legado al opinar que "la causa fundamental de la inflación está en el divorcio entre el contenido en especie y la expresión monetaria... Nuestros autores, agrega, se limitan a reproducir la conocida explicación de Marx relativa al exceso de dinero en billetes en los canales de la circulación. Esta formulación, claro está, es absolutamente justa...". Luis Segal, autor también muy cotizado a finales de los cuarenta, es más devoto al definir la inflación en sus *Principios de Economía Política*, "como la emisión de papel moneda en una proporción que sobrepasa a la cantidad de moneda oro necesaria para la circulación". P. Nikitin, en su muy divulgada *Economía Política*, explica con sencillez didáctica la inflación por la desigualdad que se presenta entre el papel moneda y las monedas de oro, o, simplemente, el oro que la respalda.

Y, como autoridad máxima doctrinaria, se puede concluir transcribiendo los conceptos del *Manual de Economía Política*, de la propia Academia de Ciencias de la URSS, en la edición de 1957 de la Editorial Grijalbo. Allí puede leerse: "La emisión excesiva del papel moneda, que provoca su depreciación y que las clases dominantes aprovechan para cargar los gastos del Estado sobre los hombros de las masas trabajadoras y reforzar la

explotación de estas, recibe el nombre de inflación. Por mucho papel moneda que se emita, solamente este representa el valor de la cantidad de oro necesaria para alimentar la circulación de mercancías”.

Sin embargo, y es esta la razón de este artículo, debo rectificar los conceptos expresados en mi discurso en la Academia de Historia, tal como lo expresé en la Academia de Ciencias Económicas, cuando hice saber que a finales de los años ochenta las cosas habían cambiado, pues para mí fue muy grato enterarme que algunos autores soviéticos acogían el enjuiciamiento de la inflación a través del dominio de los precios por parte de los oferentes.

Así, el académico E. Andrés en el libro mencionado por el doctor García, después de dedicar varias páginas refutando mi tesis, en la página 125, revela:

“En toda la obra de Consuegra se resalta la idea de que el papel moneda expresa el valor sumario de las mercancías y los servicios destinados a la venta. Semejante tesis es compartida también por la mayoría de los partidarios de la desmonetización del oro, incluidos algunos economistas soviéticos”:

En 1980 fui invitado por la Academia de Ciencias de

la Unión Soviética. En Moscú varias veces nos reunimos con el objeto de dialogar sobre el tema de la inflación. Mi libro, *Un Nuevo Enfoque de la Teoría de la Inflación*, había sido publicado en ruso y era conocido en los medios académicos. Fueron gratos momentos que perduran en la memoria, de conversaciones animadas y de escuchar respetuoso, aunque los puntos de vista no coincidieran siempre.

Ahora, al leer la obra de E. Andrés y su prologuista V. Risyn, y saber, además, que en la Rusia actual, sin controles de precios y bajo el festín del neoliberalismo, la inflación se manifiesta en su esplendor como en todos los países capitalistas de nuestros días, pienso que a lo mejor algo de lo dicho entonces vale la pena.

El doctor Diego Hernández, ilustre educador de la Universidad Central de Venezuela y de la Universidad del Zulia, quien está dictando conferencias en la Universidad Simón Bolívar, comentaba a los oyentes, en su gracioso estilo maracuchó, al referirse al tema: "Pero chico, en Venezuela tuvimos estabilidad monetaria hasta cuando existió el control de cambios. Después vino el desbarajuste. Sin control y neoliberalismo, la inflación siempre hará su agosto. Y esto es así aunque el genial Carlos Marx haya dicho otra cosa".

La inflación y la realidad

Los hechos son tozudos. Este viejo decir de los abuelos es necesario recordarlo en el diagnóstico de la inflación. Porque pueden alegar lo que quieran las interpretaciones acomodaticias que responden a conveniencias determinadas, pero la realidad demuestra lo contrario.

Por ejemplo, en el marco de los enfoques monetaristas y cuantitativos, que explican la dinámica de los precios en razón de fenómenos de demanda u oferta de las mercancías y servicios sometidos al rigor de cantidades de dinero en circulación, la inflación se controlaría a través de manipulaciones en los campos de las emisiones primarias y secundarias, los redescuentos, las tasas de intereses, la congelación de gastos y salarios, etc.

Sin embargo, sean cuales fuesen las medidas sugeridas o adoptadas, la inflación está ahí, sostenida o en aumento permanente, exigiendo conductas correctivas distintas.

En reciente discurso pronunciado en la Academia de Historia de Colombia, me permití tratar el tema de la inflación y sostuve la tesis de que todas las teorías sobre esta materia, han sido expuestas inicialmente en nuestra América Latina.

Una de ellas, la que he llamado oferta-precio, la presenté en el libro *Teoría de la Inflación, el Interés y los Salarios*. En mi concepto la inflación depende exclusivamente del dominio de la oferta y de los precios por parte de productores y vendedores. Siempre la cantidad de dinero que está en circulación corresponde a la necesaria para la circulación, de acuerdo con el nivel general de los precios.

Las mercancías entran al mercado con su precio. En todas las etapas de la humanidad esto ha sucedido así. Porque la inflación es un fenómeno de precios y no de moneda. La moneda no es agente activo sino pasivo. Responde su cantidad al volumen de los precios fijados, por productores y distribuidores.

Los precios jamás han sido la consecuencia del actuar de manos invisibles, de ofertas o demandas, de gustos o presiones psicológicas. Los productores y oferentes en general, en todos los tiempos y circunstancias, han dominado y dominan. Más aún en la etapa actual de máxi-

ma concentración. Desde los tiempos de Aristóteles, como lo dice el filósofo en su *Política*, los monopolios imponen los precios de las mercancías. Siempre en alzas, porque cuando se presenta abundancia relativa, las cosechas se queman, los huevos se rompen o la leche se arroja a los arroyos para evitar la baja. Y cuando se hace uso del *dumping*, el descenso de los precios lleva el propósito de desplazar competidores para después dominar mejor los mercados y los precios.

En nuestros días, con el papel alienante que juegan los medios de comunicación, especialmente la televisión, hay que aceptar que los economistas norteamericanos que han estudiado la realidad del mercado de su país, tienen razón cuando hacen burla del ponderado poder del consumidor. Porque la verdad es que el sujeto potencial de compra llega al puesto de venta con el gusto preparado por la propaganda y tiene que someterse al mandato de la moda impuesta por los productores. En las economías socialistas, el poder omnímodo del Estado y el dominio absoluto de la oferta, descartó la participación preponderante del consumidor.

La inflación, se ha dicho, es el impuesto que pagan los de abajo. Con la inflación la distribución inequitativa del ingreso se acrecienta. Antes la acumulación del capital encontraba su máxima fuente en la plusvalía.

En los tiempos presentes la inflación es el medio que predomina.

El ritmo de las transacciones condiciona el ritmo de la circulación monetaria. Cada unidad monetaria simboliza el valor de una parte alícuota del precio total de la producción material mercantil. La inflación, pues, se expresa en los cambios ascendentes de los precios que, a su vez, obligan a mayores cantidades de medios de pagos indispensables para la circulación. Como por conducto de la inflación la acumulación se acrecienta, resulta ella el instrumento más adecuado en la búsqueda de mayores utilidades.

Si la inflación es un fenómeno de precios, solo el control oficial de estos podrá controlarla. La política económica del capitalismo salvaje recomienda lo contrario. Es lo que sucede en Colombia para padecimiento del pueblo

Las teorías de la inflación

Con motivo de mi próximo ingreso a la Academia Colombiana de Historia escribí un ensayo que titulé "El Origen Latinoamericano de las teorías de la Inflación".

En el escrutinio del pensamiento económico, la indagación histórica me ha permitido encontrar razones en el juicio a la dependencia intelectual. Por ejemplo, en el mundo de la enseñanza en nuestras universidades, la gratuita repetición de lo expuesto en los manuales extranjeros, es lo más acostumbrado.

Para el caso de la historia de la teoría económica, casi siempre la conjetura se circunscribe al aporte de los autores de los países desarrollados o dominantes.

Y, más desconcertante aún: se suele divulgar, como procedente de esas regiones, deducciones teóricas que

fueron esbozadas con anterioridad por los nuestros.

Así, en el campo del análisis de los fenómenos monetarios, los investigadores latinoamericanos han hecho saber que la teoría cuantitativa fue expuesta en este Continente doscientos años antes de que lo hicieran los economistas europeos. Como, también, el juicio estructural de la escuela cepalina, y el enfoque oferta-precio, que me permití presentar en el libro *Teoría de la Inflación, el Interés y los Salarios*, forman parte de la aportación latinoamericana.

Lo desconcertante del sometimiento es comprobar que las teorías ahora en boga, supuestamente originarias de los centros de poder, fueron expuestas con claridad primigenia en América Latina.

Y, naturalmente, en la concepción cuantitativa de la moneda tenía que ser así. Porque la teoría no se inventa alegremente. Ella se deduce de una realidad y de la interpretación de hechos y fenómenos. Por ejemplo, Juan de Matienzo, Fray Tomás de Mercado, Fray Bartolomé de las Casas y los otros analistas, en sus observaciones en los sitios cercanos a las minas de oro y plata que jamás hasta entonces el mundo había conocido, pueden apreciar que los productos adquieren allí precios superiores a los de otras partes. Igual sucede en Sevilla, donde lle-

gan los metales preciosos de las Indias, con relación a otras ciudades de España. De ese acontecer deducen la teoría cuantitativa de la moneda.

“Todo lo mejor y más estimado que hay en las otras partes antiguas, aún de Turquía, viene a ella (a Sevilla), para que por aquí se lleve a las nuevas (Las Indias) donde todo tiene un excesivo precio”, escribía Mercado.

Mucho antes que Juan Bodin, el economista francés al que se le tiene como padre del Cuantitativismo, en Perú, Bolivia, Panamá, Colombia y México, se explicaban los precios en razón de la cantidad de dinero. Más aún, Bodin habla de metales preciosos, mientras los pioneros latinoamericanos se refieren al dinero, concepto más amplio y económico. “A do ay más dineros, decían el Presidente y los Oidores de Charcas en 1562, valen siempre las cosas más caras”.

En los escritos de los cronistas, bueno es recordar, también abundan las referencias de sabor cuantitativo. El propio De las Casas, en sus repetidas denuncias a la Corte en favor de los indígenas señala, como si se tratara de un crítico social de nuestros días, los efectos de la inflación como azote de los desposeídos. En sus *Tratados* le dice al Rey que por causa del tanto oro que se apropian los españoles, “las cosas valen tres doblados precios que

valer solían, y por esa causa la gente pobre padece grandes miserias y necesidades". De igual manera Cieza de León, Pedro de la Gasta, y muchos otros, exponen conceptos sobre la materia.

El origen empírico de la Teoría Cuantitativa, afirma el profesor Oreste Popescu, es, en última instancia, latinoamericano. "En el Perú, la historia de la teoría cuantitativa crece parejamente con la historia de la revolución de los precios ocasionada por las minas del Potosí".

Y, oportuno es aclarar, como bien lo hace Popescu, que si alguno de esos primeros precursores del siglo XVI nacieron en España, todos ellos pertenecen a la historia cultural de América Latina, porque acá se formaron y asimilaron la realidad. Por cierto que coincidían en las interpretaciones y explicaron con lucidez novedosa, además del fenómeno monetario, hipótesis sobre el justo precio, la teoría subjetiva del valor y la razón de los aumentos de los precios, o inflación.

El precio, sea el caso, lo definían como el valor vendible expresado en dinero. Lo mismo que dijo un poco más de trescientos años después Alfred Marshall, al escribir que "el precio es el valor de cada cosa expresado en dinero".

Por eso tiene razón el profesor Popescu cuando, con el respaldo de su erudición sin límites, declara que si Marshall podía darse el lujo, desde el punto de vista europeo, de afirmar que en el campo de la Economía Política todo estaba ya en Adam Smith, nosotros podemos replicar, incluyendo al consagrado escocés y a su *La Riqueza de las Naciones*, que todo estaba ya en el razonar latinoamericano. Porque los analistas de la Escolástica Tardía, como los llamó Joseph Shumpeter, se adelantaron en años y siglos a los que más tarde fueron aceptados como originales exponentes de teorías que se enseñan en nuestras universidades.

La escuela Estructuralista

Continúo con el tema de la inflación.

La escuela Estructuralista Cepalina también fundamenta sus argumentos en la realidad concreta: De manera responsable, original y correcta, los economistas latinoamericanos de mitad del presente siglo, dejan a un lado la simplicidad teórica del supuesto monetario, para explicar los distintos fenómenos causales de la inflación, y ofrecer propuestas apropiadas para el manejo de la política económica

Más allá de las hipótesis de una demanda que crea su propia oferta, de una oferta que genera su demanda, o de alicientes inflacionarios que reaniman en momentos deflacionistas, brillantes investigadores, con fuerza de denuncia, pondrán de presente el papel que le corresponde a una realidad estructural que condiciona, somete y dobliga.

Este nuevo enfoque desborda la limitante concepción cuantitativa. Porque, podría aceptarse que la exposición original de los cronistas coloniales, de los que se apropia Europa, se enriquece al pasar el tiempo con enunciados más claros y novedosos en tiempos y situaciones distintas, pero, la verdad es que la esencia y presentación sigue siendo la misma. Por ejemplo, en la Ecuación de Cambio se involucra la velocidad de la moneda, las transacciones y los propios precios. Son los tiempos del apogeo de la teoría del equilibrio y del retorno festivo al *laissez faire*, que supone ensanches espontáneos de la oferta y las transacciones en momentos en que una mayor masa de dinero incide en el incremento de los precios. Pero, al fin y al cabo, como en el caso de Keynes, que habla de demanda efectiva en vez de global, el origen cuantitativo prevalece.

Para los ideólogos de la Cepal las alzas en los precios encuentran causales fundamentales en la inflexibilidad de una oferta obstruida por hechos estructurales. De estos factores forman parte la tenencia de la propiedad del capital y de la tierra, el deterioro en las relaciones de intercambios internacionales, la dependencia económica, financiera, tecnológica, cultural, etc.

Contrario al pensamiento clásico, neoclásico y keynesiano, los economistas cepalinos dedujeron que en estas economías subdesarrolladas, la Ecuación de Cambio, o

las inducciones inflacionarias moderadas, no conmueven la oferta con posibles ensanchamientos ajustadores. Y, oportuno sea recordar, como lo hago en el libro *El Pensamiento Económico Colombiano*, en las postrimerías de la Colonia, los economistas José Ignacio de Pombo y Antonio de Narváez, se refirieron a algunos problemas estructurales, como los de la desigualdad desfavorable en el comercio exterior y la importancia de la sustitución de importaciones a través del fomento de la actividad productiva propia.

El Presidente de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas, doctor Isidro Parra-Peña, en su libro *La Inflación Nuestra de Cada Día*, diferencia con claridad didáctica el cuantitativismo del estructuralismo, cuando escribe: "Caracterizando a los monetaristas diremos que la inflación se causa con errores de comportamiento (desaciertos financieros) y malas políticas económicas (fiscales, monetarias, cambiarias, salariales). Resultan siendo inmedatistas puesto que toman como pertinentes solo los factores económicos más próximos o directamente causales. A los estructuralistas, en cambio, no les basta con la comprobación de lo inmediato u obvio sino que indagan por el origen de los fenómenos (¿por qué?) ya que las manifestaciones y antecedentes financieros y monetarios puede ser que no expliquen por sí solos".

Para el argentino Raúl Prebisch lo anterior se complementa con la actitud crítica frente a ciertas medidas de estabilización. Y con palabras diáfanas y afirmativas, el consagrado economista hace saber que es un "error considerar a la inflación como un fenómeno puramente monetario que ha de ser combatido como tal".

La inflación, agrega, "no sabría explicarse con prescindencia de los desajustes y tensiones económicas y sociales que surgen en el desarrollo económico de nuestros países".

Otros economistas, entre ellos el chileno Aníbal Pinto, el mexicano Víctor L. Urquide, el venezolano Héctor Malavé Mata, publicaron libros para revelar a los estudiosos de la materia los nuevos puntos de vista. Antes, Osvaldo Sunkel, había resumido las nuevas tesis expuestas en el Informe sobre el "Estudio Económico de América Latina", de la Cepal, en 1957, que incluye un diagnóstico acerca de los problemas que afectaban entonces a la economía chilena.

A manera de conclusión sintética, hay necesidad de reconocer, como así ha sucedido por parte de los analistas críticos del mundo, la originalidad de la Escuela Cepalina en el estudio de la inflación, bajo una óptica fundamentada en la estructura económica de América Latina.

Divagaciones sobre el dinero

En estos tiempos de neoliberalismo los principios morales, los idearios y la valoración del trabajo sienten los efectos del afán dinerario.

Por todas partes se escucha a las personas expresar conceptos de total endiosamiento del dinero. Se piensa que el dinero regula la razón de la existencia, y se hace de su búsqueda el objetivo primordial de la conducta humana.

En algunos casos el sometimiento degenera en avaricia o en una forma muy particular de ostentación, derroche y concentración de la riqueza que contrasta con las limitaciones y miseria de las grandes mayorías populares.

Como razonaba un pensador, el dinero parece con-

vertirse en sustituto de la vida. Porque las preocupaciones e iniciativas de los hombres son para ganar dinero.

En el caso de los avaros alguien opinaba que ese tipo de personas “guardan los tesoros como si en realidad fuesen suyos; pero temen servirse de ellos, como si pertenecieran a los demás”. Y San Bernardo, en tono irónico, ofrecía acertadas definiciones: “¿Qué es la avaricia? Vivir siempre en la pobreza por el temor de la pobreza”. Sócrates, por su parte, en razonar filosófico, exclamaba: “¿Veis esos pájaros hambrientos que devoran cuanto encuentran, que se despedazan entre sí, que son perseguidos por otros que les arrebatan sus presas y que al fin mueren entremezclados? Pues son imágenes de los avaros”.

Ahora, en lo referente a los adoradores del dinero, de esos que doblegan sus acciones y comportamientos en su procura, hay una sentencia de Voltaire de una actualidad horripilante y aleccionadora: “Quien cree que el dinero es todo, es capaz de hacer todo por el dinero”.

Si lo anterior lo dijo el filósofo europeo cuando aún prevalecían otras normas y preceptos en la sociedad y entre los hombres, ahora sus deducciones encajan con mayor posibilidad. Y es ese el signo que parece predo-

minar en ámbitos alejados de escrúpulos y sentimientos.

Hace mucho tiempo leí un cuento, cuyo autor no recuerdo, aunque pienso que es Tolstoi, el escritor moralista ruso apasionado por el paisaje rural. Había un campesino obsesionado por la propiedad territorial. Y su ambición fue tanta que una tarde invocó a un espíritu maligno para implorar tierras a cambio de lo que fuese, incluso el alma. Y fue escuchado. Pues, al poco rato, allí estaba cerca de él, el personaje. Entonces este, después de oírlo, le dijo: Mañana bien temprano te espero en este lugar.

Al día siguiente, al amanecer, el diablo, o genio, mostrándole la vastedad de la campiña, le declaró que toda el área comprendida en su andar sería suya, siempre y cuando regresara antes de las seis de la tarde. De inmediato, sin esperar más explicaciones, el codicioso emprendió la marcha. Y al paso de las horas más se alejaba para abarcar un espacio mayor.

Pasado el tiempo el campesino miró el sol y se dio cuenta que ya la tarde caía y con pena, por no seguir adelante, inició el regreso. Pero fue tanto el esfuerzo en la veloz carrera para llegar a tiempo que en sus últimas zancadas cayó muerto. Entonces el diablo, comentó: Esta tierra te era suficiente, dos metros de largo por uno

de ancho. Y en ese sitio cavó la sepultura.

Y, en verdad, muchos súbditos modernos del poder y del dinero, solo han necesitado de esa dimensión, o de un par de metros más con rejas y guardianes carcelarios, a pesar de haber acumulado centenares de miles de hectáreas o millones de dólares.

Nadie puede negar la importancia del dinero como medio de compra y cambio. Pero el trabajo del hombre es lo que vale. Y si este le permite satisfacer necesidades, elevar el nivel de vida y el ahorro, entonces su función es correcta y apropiada para la sociedad en su conjunto.

En este momento recibo una llamada telefónica del doctor Leonello Marthe Zapata. Me dice que en 1997, me desea salud, dinero y amor.

No, le rectifico: salud, trabajo y amor.

Globalización y apertura

El 21 de octubre leo en uno de los diarios de mayor circulación de Caracas un artículo del norteamericano David Korten, enviado desde Nueva York, y unas declaraciones del Presidente de la Cámara de Diputados, doctor Ramón Guillermo Aveledo.

El escrito de Korten es un alegato contra la globalización. Con honesta claridad el autor aparta el disfraz para que puedan verse las orejas de lobo. Sus palabras son: "Una lucha épica de poderes y valores de resultados decisivos para la suerte del planeta está en curso entre los pueblos de casi todo el mundo y las instituciones de la economía global. Los que ven al libre mercado como la base fundamental de la democracia política no tienen en cuenta los muchos modos en que el mercado sin restricciones tiende a funcionar como una institución profundamente antidemocrática.

"En tanto que la democracia política confiere dere-

chos a las personas vivientes, el mercado solo otorga reconocimiento al dinero, no a la gente. Y cuando el mercado no se ve equilibrado por fuerzas políticas que los constriñan a seguir determinadas reglas, el mercado se transforma en un instrumento de opresión por medio del cual los ricos monopolizan los recursos de la sociedad y dejan a los menos afortunados sin tierra, trabajo, tecnología y otros medios de subsistencia.

“Actualmente, los mercados globales son dominados por megacorporaciones transnacionales, que están entre las más antidemocráticas e irresponsables instituciones humanas, y que constituyen el más poderoso instrumento para concentrar poder y riqueza jamás inventada por el hombre. Muchas megacorporaciones poseen más poder que el que tienen la mayoría de los estados y dominan el proceso político en casi todas las naciones del mundo.

“Se piensa que todos los pueblos tienen el derecho inalienable y la obligación de participar en las decisiones que afectan a sus comunidades. En el reino de la economía este derecho se extiende, o debe extenderse, al comercio internacional y al manejo de las inversiones extranjeras en la economía doméstica. Pero en realidad todos estos derechos están bajo el ataque de las megacorporaciones que buscan establecer su propio derecho

para movilizarse a lo largo y ancho del planeta sin restricciones para extraer recursos, exportar el trabajo no organizado y no protegido, evadir impuestos y reglas de protección ambiental y monopolizar el saber autóctono y los materiales genéticos sin importarles las consecuencias negativas para el hombre y el medio. Las armas elegidas por estas superempresas son negociadas en secreto y puestas en práctica sin una previa discusión pública”.

De otro lado de la medalla, ¡quién lo creyera!, los voceros del pueblo ante los órganos legislativos, aparecen como símbolos de la docilidad. Leamos las propias palabras del congresista Aveledo: “El retraso en la globalización llevaría al país a la miseria. Ante el dilema del proceso de globalización la disyuntiva que se presenta no es la adaptación o resignación a un progresivo retraso que condenaría a todos los venezolanos a la miseria. Adaptarse en asumir una política a conciencia. Legislar para competir globalmente es parte de hacer política para competir globalmente.

“No puede permitirse el lujo de ignorar que para un país de nuestro tamaño y nuestras condiciones para sobrevivir en un mundo de economía globalizada... se requiere de una actitud, un clima, unas políticas y un marco normativo. La apertura es ante todo mental. No

se entra al mundo de la globalización con las ideas y los prejuicios del mundo de las protecciones y los costos cerrados”.

Como toda la noche anterior estuve en casa del doctor Carrillo Batalla y de doña Ágata de Carrillo Batalla en compañía de Maza Zavala, Isbelia Sequera, Brito Figueroa, Armando Córdova, Giovanni Nani y Ghenry Navarro, la confusión es aún mayor. Porque el pensamiento de estas personalidades de la ciencia social venezolana, quiero decir, del razonar político, económico y social correcto, se ajusta al lineamiento ideológico legado por Simón Bolívar, Andrés Bello, Francisco de Miranda y posteriores forjadores de la nacionalidad.

Bolívar clamaba por la integración, pero la latinoamericana. Bello, lo mismo: en busca de nuestro propio camino. Y así, todos los demás, siempre distinguiendo entre lo bueno y lo malo, a sabiendas de que cada estrategia emanada de los poderosos responde a sus conveniencias.

¿Todo lo extranjero es mejor?

Nunca como ahora en la vida dependiente colombiana se había rendido tanta pleitesía al extranjerismo. En el siglo pasado, cuando todavía el disfrute de la alborada emancipadora permitía acariciar ilusiones en el campo de lo que hoy llamamos desarrollo económico, la estrategia librecambista impuesta por Florentino González, aplastó las posibilidades de industrialización.

Simón Bolívar, El Libertador, y su Ministro de Hacienda, el cartagenero José María del Castillo y Rada, con diafanidad y acierto, valoraban la importancia de una política económica proteccionista que defendiera el trabajo y el provecho de los recursos naturales. En 1820 Bolívar recomienda oficialmente “promover la agricultura en todos sus ramos y procurar el aumento de las crías de ganado caballar, vacuno y lanar... presentar al pueblo proyectos de mejoras y reformas... premiar

debidamente a los que se aventuren a cualquier género de cultivo... fomentar la industria proponiendo y concediendo premios a los que inventen, perfeccionen e introduzcan cualquier género de industria útil, muy especialmente a los que establezcan las fábricas de papel, paño u otras, a los que mejoren y faciliten la navegación de los ríos y hagan menos dispendiosos, fáciles y cómodos los transportes por tierra". Por su parte, Castillo y Rada apreciaba al proteccionismo como "un medio poderoso para fomentar la agricultura, las manufacturas y el comercio".

La historia económica enseña que las naciones dominantes del presente pasaron por las etapas pastoril, agrícola, comercial, industrial y de servicios. Pero no hay que olvidar que entre todos estos períodos, la industrialización constituye el máximo objetivo, puesto que involucra los anteriores y asegura los ingresos adecuados para el bienestar de la población. Bien puede decirse que quien manufactura domina y obtiene el mejor beneficio. Sin industrias no hay salarios altos ni valor agregado significativo.

Por eso, en el pleno apogeo del Mercantilismo europeo, cuando el principio doctrinario de dicho sistema se resumía en la estrategia de exportar más e importar menos para obtener saldo favorable en la balanza

comercial, sus estrategos tenían suficiente cordura y pensaban que era preferible comprar la lana u otro producto agrícola o industrial al doble del precio del ofrecido por mercados externos, ya que con la producción interna se ocupaba a los trabajadores nacionales y se les pagaba salarios que servían para comprar la producción de la industria nacional.

Abraham Lincoln, padre de la unión norteamericana, con tino y sapiencia, sintetizaba el tema al declarar: "Cuando compramos artículos fabricados en el exterior adquirimos las mercancías y el extranjero adquiere el dinero. Cuando compramos mercancías fabricadas en el interior, tenemos la mercancía y también el dinero".

Fomentar el libre comercio, como ahora se hace a través del neoliberalismo, es aplastar las posibilidades del fomento de la industria nacional. Cuando se habla, por ejemplo, de una zona de libre comercio en el continente americano, obliga a pensar en la maicaonización de la región latinoamericana. En otras palabras; sería como convertir a los países de México para abajo en un Maicao gigantesco, con toda la expresión máxima del subdesarrollo.

Y al hablar de Maicao, que es La Guajira, resulta oportuno hacer saber que la miseria de esa región rica en recursos minerales, se inició en la Colonia, precisa-

mente, a consecuencia del librecambio de entonces. El gran economista y visionario Antonio de Narváez y la Torre, Gobernador de la Provincia de Río Hacha y Santa Marta, en su informe de 1778, hace saber a sus superiores en España que la región “yace en una miseria espantosa, sin agricultura, sin hacienda, sin caudales y sin comercio; en tanto que pudiendo ser la más rica por tenerlo todo, puede asegurarse que es la más pobre de todo el reyno”.

Una cosa, y hay que decirlo en voz alta, es la promoción del comercio exterior como conducta complementaria de la actividad industrial, ya para poder importar los medios de producción y los insumos indispensables, o exportar mercaderías, y otra la de liberar fronteras sin ninguna clase de prevenciones.

Además, y en lo que se refiere a la integración comercial con los poderosos, es necesario tener presente la sabiduría popular. Siempre se ha dicho que el pez grande se traga al pequeño, y la sentencia de los abuelos recuerda que cuando el rico busca al pobre algo trae entre manos. El genio de Simón Bolívar también lo intuyó oportunamente. En 1823, en carta dirigida a Bernardo Monteagudo, al referirse a los pactos con la poderosa Inglaterra de esos tiempos, decía: “Seremos muy humildes servidores, porque formando una vez el pacto con el fuerte, ya es eterna la obligación del débil”.

Los candidatos, ¡oh, que tristeza!

En una columna pasada lamentaba la ausencia de un candidato costeño en la lista tan copiosa de aspirantes a la Presidencia de la República. Y no se trataba solo de ese clamor regional —muy justo, por cierto, por cuanto todos los demás territorios del país los tienen— sino, especialmente, por la pobreza de programas doctrinarios, sobre todo en el campo de la economía política y la política económica, tan indispensable para el manejo de los destinos de una nación. Hasta ahora casi todo el discurso proselitista se reduce a la estéril polémica personal. Y Colombia, como América Latina en su conjunto, reclama un cambio profundo en la estrategia, a fin de superar los obstáculos al desarrollo.

*El Herald*o, en su edición del 3 de agosto, dedica una página a los conceptos emitidos por ocho de los candidatos presidenciales de los distintos partidos y vertientes, en temas relacionados sobre libros, pensamiento

económico y preferencias de autores.

Y qué desconcierto. En casi todas las respuestas hay una ausencia de valoración del esfuerzo intelectual y el legado original de nuestros pensadores. Ni siquiera se recuerda el significado de la obra escrita, fruto del estudio de la realidad y de la experiencia saludable y creadora, de sus padres, coterráneos o copartidarios. Por el contrario, como muestrario de los complejos de inferioridad que se desprenden de la dependencia cultural, se siguen los lineamientos de ideólogos de los centros de poder y dominio.

Nadie parece conocer la obra de hacendistas de la talla de José María del Castillo y Rada, Rafael Núñez, Esteban Jaramillo, Carlos Lleras Restrepo, Manuel Murillo Toro. Y mucho menos de economistas que propiciaron con sus tesis la importancia de una conducta defensiva de los recursos naturales y el trabajo nacional.

Desde la propia época colonial, de predominio absoluto de la orientación oficial española, ya gobernantes e investigadores dejan el testimonio de un razonar autóctono. Antonio Manso hace saber que si en Antioquia y Chocó hay miseria es porque el oro de sus minas y el fruto del trabajo de sus habitantes se va para otras partes. Y Manuel Guirior expone argumentos proteccionistas y de reforma agraria que permitieran

erradicar el hambre en Bogotá, con apenas dieciséis mil habitantes, pero ya con niños en las calles. al estilo de los gamines del presente, a pesar de las tierras fecundas de la Sabana, entonces en pocas manos de propietarios que esperaban el engorde de la valorización.

Antonio de Narváez y la Torre, el payanés que escribe su obra en Santa Marta y Riohacha, se yergue como el gran visionario del desarrollo. Agricultura, educación y población constituían, según él, los pilares del desarrollo social. Sus alegatos involucran los preceptos que después se conocieron con los nombres de sustitución de importaciones. Por su parte el cartagenero José Ignacio de Pombo ofrece lecciones al estilo de los clásicos europeos, al afirmar que la riqueza de un país no consiste solamente en la extensión de su territorio sino, ante todo, en el trabajo productivo.

Y, en nuestros tiempos, ahí está la obra de Alejandro López, Luis Eduardo Nieto Arteta, Antonio García. Los candidatos del reportaje mencionado siguen al lado de Samuelson, Johnson, Shumpeter, Keynes, Boulding, Hayek, North, etc. y con sus textos de cabecera. Nadie sospecha que todas esas destacadas figuras del pensar económico europeo o estadounidense analizaron en sus libros los problemas propios y la conveniencia de sus países. Precisamente, uno de ellos, se sorprendió cuando un economista latinoamericano le hizo saber que en las

universidades de su país, su libro era utilizado como texto de consulta. Qué sorpresa, respondió el profesor, yo escribí para un país desarrollado como el mío, y nunca pensé que mis deducciones teóricas pudiesen servir también en economías distintas.

Para los dirigentes de la política criolla los textos de Economía Política de Antonio García, Guillermo Torres García, José Cárdenas Nanetti, Hernán Echavarría Olóza, Abel Cruz Santos, y tantos otros, deben permanecer quietos en los estantes. Y, bueno es recordarlo, Colombia es el país de América Latina donde se han escrito más textos de Economía.

Lo paradójico de este asunto, y en esto el desconocimiento de lo nuestro no se limita a los políticos, es poder comprobar que en la tribuna o la cátedra, para hablar de la inflación o del atraso, temas de máxima importancia en estos tiempos, por lo general los expositores suelen acudir al autor y al texto extranjero de las regiones dominantes, sin atreverse a indagar que todas las teorías interpretativas de los fenómenos monetarios y del subdesarrollo, han sido expuestas desde los albores del colonialismo y en nuestros días, por investigadores y economistas de nuestra América Latina (Matienzo, Ingenieros, Prebish, De Castro, Furtado, Maza Zavala, Aguilar, Carmona, Sunkel, Frank, Parra-Peña, Baéz, Brand, etc.).

Universidad

La Biblioteca, centro de gravedad de la Universidad

Viviendo los últimos años del siglo veinte, son muchos los conceptos que debemos variar sobre todo respecto a la educación.

La sociedad ha cambiado, la Universidad se debe poner a tono con ella y por ende la Biblioteca ha cambiado también.

Ya no podemos pensar en la Biblioteca como un sitio donde encontramos los volúmenes que ampliarán los conceptos recibidos por los alumnos en el salón de clases. En su parte locativa siempre será el lugar recogido, silencioso, donde encontrar la tranquilidad propicia para saborear nuestra lectura. El ansia del saber nos mistifica y qué mejor lugar que una Biblioteca para

asimilar esos nuevos conocimientos. En la Biblioteca de hoy vamos a investigar.

La industrialización, es el resultado de los avances de la ciencia y la técnica. Todo se actualiza. Veamos solo en el campo de la medicina. El consultorio del médico es el sitio para recibir a sus pacientes pero luego, según las necesidades, los enviará a los distintos laboratorios clínicos o a la consulta del especialista que ya están llenos de máquinas sofisticadas que dan como resultado escanografías, ecografías, ecocardiogramas, operaciones con rayos láser, etc. En pocas palabras ya el médico no es solo el conocedor de anatomía y química, sino el tecnólogo que busca en la máquina su mejor aliado. ¿Y qué puede interesar esto a la educación y al ámbito universitario? Demasiado. Ya la Universidad no es solamente para estudiar Medicina, Derecho, Ingeniería. Son muchas las carreras que han surgido como exigencia de la actualidad científica y tecnológica. El hombre es investigador por excelencia, pero y ¿dónde investiga? Lógicamente en la Biblioteca.

La Universidad se ve abocada al cambio de la sociedad y se transforma. Necesita formar personal idóneo para asumir el liderazgo y enriquecer sus talleres, laboratorios y bibliotecas. A su vez, ya el docente no se limita a transmitir sus conocimientos, sino que contagia de

inquietud a su alumno, incitándolo a buscar conocimientos extra clase y así conduciéndolo a la Biblioteca, único lugar que responde a todo lo que el estudiante desea adquirir para su mejor formación profesional.

¿Qué se puede decir aquí? Que el modelo de profesor también ha cambiado. Aquel ser engominado "sabelo-todo" dio paso al docente que baja al nivel de su alumno y que le crea expectativas de modernidad y cambio.

A su vez, reconoce en los tratadistas, una fuente insuperable de saber. Además, expresa la necesidad de ponerse a tono con la época y da ejemplo capacitándose cada vez más. Ante nosotros surge el conocimiento en el aspecto inagotable y tanto profesor como alumno vuelven sus ojos a los libros y estos están en la Biblioteca. Y casi podemos decir que la moderna Universidad gira alrededor de la Biblioteca.

Me refiero a la Biblioteca que guarde celosamente la historia, pero que ofrece libros que señalen el currículo de las diversas ramas del saber en esta sociedad actual.

Además es importante que la Universidad esté dotada de toda la gama de ayudas audiovisuales actuales y la informática.

En su afán de investigar, el docente y el alumno de-

ben encontrar listo el medio capaz de ayudarlo y será la biblioteca el sitio por excelencia para ocuparse del quehacer académico.

El profesor actualiza, profundiza sus conceptos y de ahí vienen nuevos planteamientos. El alumno, antiguo receptáculo, ahora es dinámico; y profesor que no se actualice quedará atrás.

La lectura enriquece y es un hábito que se debe fomentar. Pensar que hay personas que nunca han sentido el deseo de disfrutar la Biblioteca. Los involucrados en la Academia reconocen la importancia de la Biblioteca y ya se considera el eje de la Universidad moderna.

Enrumbemos nuestros pasos hacia el saber, no dejemos que la vida nos pase sin resultados.

Volver a México

Las Academias de Ciencias Económicas de México, Venezuela y Colombia se reunieron en la Sala de Conferencias del Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM.

Los días 19 y 20 del pasado mes de marzo tuve la grata oportunidad de compartir con Arturo Bonilla, Armando Córdova, Isidro Parra-Peña, Raúl Alameda, Alicia Girón, Alonso Aguilar, Fernando Carmona, Ramón Martínez Escamilla, Saúl Osorio Paz y Arturo Guillén, destacados exponentes del pensamiento original de la América Latina en el campo de la ciencia social.

Como sucedió en la década de los años sesenta, también esta vez, en México, los investigadores ratificaron el compromiso de estudiar los fenómenos estructurales que impiden el desarrollo de nuestros pueblos.

“Pensar es actuar”, expresaron en sus intervenciones

los participantes, y nadie debe eludir la responsabilidad de trabajar en favor de la formulación de planteamientos teóricos que respondan a nuestra realidad y conveniencia. Más aún, en estos tiempos de máxima dependencia ideológica y cultural.

Para el caso de las universidades el debate fue amplio y acertado. Nuestras casas de estudios superiores son instrumentos divulgadores de las ideologías provenientes de las regiones dominantes. Cada vez más el análisis microeconómico predomina en la enseñanza, y los textos que se utilizan proceden de los países desarrollados.

Tal vez lo más significativo del encuentro tuvo que ver con el ánimo de orientar las academias hacia la definida determinación de superar enclaustramientos, para mantenerse como organismos dinámicos y vitales en permanente acción creadora y divulgadora.

Al concluir las deliberaciones de las academias, la delegación de la Universidad Simón Bolívar fue motivo de veladas y atenciones que permitieron a sus integrantes saborear las gratas recompensas de la amistad y sacar el máximo provecho del conocimiento y valoración de la cultura y la idiosincrasia del pueblo azteca.

En la sede del Centro de Estudios Vicente Lombardo

Toledano, que con tanto cuidado y entrega dirige su hija Marcela, se nos hizo entrega de colecciones de libros que recogen la obra escrita del legendario conductor sindical.

El día de la iniciación de la primavera compartimos la alegría de un millón y medio de personas que estaban en las pirámides de Teotihuacán, repitiendo ritos y ceremonias como en el glorioso pasado. Millares de descendientes de aztecas y otras culturas con sus vestimentas típicas dejaban constancia de su orgullo por costumbres del ayer. Matrimonios y bautizos a la usanza de antes con pronunciamientos de sacerdotes y dirigentes que afianzaban creencias y actitudes jamás exterminadas por los conquistadores de antaño o los dominadores del presente.

Xochimilco sigue siendo el parque de canales que permite disfrutar la alegría de vivir. Cientos de góndolas rodeadas de piraguas con mariachis que siguen las rutas de visitantes contagiados con los cantos y las risas.

Y por todas partes las artesanías; vale decir, el arte popular, que ahora, como nunca, está a la mano del comprador en todos los sitios donde el pueblo acude en busca de paisaje y jolgorio.

Pero tal vez lo que más agrada al visitante son las

flores y la limpieza de las calles y lugares públicos. La ciudad de México es la más populosa del mundo. Tiene tantos habitantes como quince o veinte Barranquillas. Sin embargo, sus avenidas permanecen libres de papeles o desechos. Las estaciones del metro parecen de espejos. Sus pisos brillan y nunca puede verse ni una colilla de cigarrillos. Insurgentes, una avenida de cuarenta kilómetros, que cruza la ciudad de norte a sur, semeja un jardín, con árboles bien cuidados y flores multicolores en sus aceras. En el hotel El Diplomático, donde nos hospedamos, el descanso favorito era la caminata para contemplar el cuidado de los antejardines de los edificios aledaños.

En la Ciudad Universitaria, con un espacio de varias decenas de kilómetros cuadrados y medio millón de estudiantes, la pulcritud es igual. Paredes blancas sin letreros, y sus corredores sin utensilios desechables o papeles. Otro detalle estimulante es la cortesía y buen ánimo de los mexicanos. En todos los lugares, calles, centros comerciales, museos, las personas se saludan con los buenos días o las buenas tardes. Ojalá estas costumbres mexicanas sigan cultivándose para bien de los que de tiempo en tiempo tenemos la fortuna de compartir con su gente y disfrutar de su cultura ancestral.

El saber y el subdesarrollo

En la mitad de este siglo que termina, las interpretaciones del subdesarrollo por parte de los economistas de los países dominantes han sido variadas.

Desde el momento mismo en que los investigadores de las regiones en desventaja se dan a la tarea de indagar en el transcurrir de los tiempos y la realidad presente las causas de la situación que predominan, abundan las gratuitas interpretaciones de los ideólogos de los centros de poder, en un intento marcado de soslayar responsabilidades.

Al examen histórico y estructural de los científicos sociales del Tercer Mundo, se responde con infundios subjetivos y superficiales.

Así, mientras los primeros enjuician las expoliaciones

colonialistas de los siglos de dominación europea, la explotación posterior de los recursos naturales, los fenómenos de la dependencia, la carencia de unidad continental, las formas de tenencia de la propiedad de la tierra y del capital, etc., los segundos acuden a supuestos racistas, religiosos, demográficos o tecnológicos.

Por ejemplo, en los últimos años se ha pregonado que el desarrollo encuentra posibilidades abonadas en las regiones de población blanca, credos protestantes, crecimiento poblacional mínimo, etc.

Hasta hace poco la cantaleta se limitaba al asunto poblacional. Éramos subdesarrollados, enjuiciaban, porque las madres parían mucho. El control natal, pues, adquirió la dimensión de panacea. Todo era responsabilidad nuestra.

Ahora, en el marco de la globalización neoliberal y de sus avances tecnológicos, el problema radica en la materia del “saber”.

El “saber”, para ellos, en este caso, está vinculado al conocimiento de matrices u orientaciones que las computadoras facilitan.

La electrónica y sus aparatos mágicos, los presentan

como elementos o palancas que pueden contribuir a superar la desarmonía y los límites que separan el mundo desarrollado del subdesarrollado.

Por cierto, persona o entidad digna de respeto, debe abrazar con entusiasmo las maravillas importadas, dejando a un lado posibles costumbres y medios más convenientes o adecuados a las posibilidades.

Antes, sea el caso, los directivos universitarios, profesores, profesionales, o estudiantes, llevaban en sus manos libros o revistas. Ahora las ocupan con teléfonos auriculares para recibir recados de secretarias o cónyuges.

Claro está que no debe confundirse la hipótesis comentada con la importancia de la educación y el conocimiento.

Desde los propios días de la gesta libertadora sus protagonistas supieron valorar el significado del saber en el futuro de sus patrias. Bolívar profetizaba sobre el tema cuando afirmaba que un pueblo ignorante es fácil presa de vicios y malos gobiernos.

Pero los próceres y las figuras revolucionarias de entonces sabían distinguir. El Libertador así lo explicó

con claridad. En el Congreso de Angostura, por ejemplo, supo resumir lo que bien podría considerarse todo un compendio de genuina valoración de lo propio, en el contenido y espíritu de las normas legales, cuando sostuvo que “las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus ideales. ¡He aquí el Código que debíamos consultar, y no el de Washington!”.

Su profesor, don Simón Rodríguez, ampliaba el concepto con crítica aguda al sometimiento servil que se desprende de la dependencia cultural, ideológica y económica. “Vean la Europa, cómo inventa; y vean nuestra América, cómo imita. La América no debe imitar servilmente, sino ser original. ¡Imiten la originalidad, ya que tratan de imitar todo!”, pregonaba el “loco”, genial.

Correcto, provechoso y necesario, pues, el compromiso de ustedes, señores graduandos. Son profesionales distinguidos y educadores de experiencias. Y, sin embargo, con entusiasmo volvieron al pupitre de estudiante, para ampliar conocimientos y reafirmar convicciones.

Estamos seguros de su respuesta al compromiso de

la autenticidad y de la búsqueda de caminos propios, como lo soñaba el precursor Andrés Bello. Y salgan a difundir a los demás lo que saben con entusiasmo.

Pero, más importante aún, procuren conservar la disposición y el ánimo para el regreso cuando sea pertinente. Hay que dejar las ventanas abiertas para recibir y continuar dando. En la lucha contra el subdesarrollo, el saber adecuado y conveniente, encuentra su máxima utilidad y provecho cuando se pone al servicio de la valoración y la defensa de lo nuestro.

(Palabras dichas el viernes 30 de agosto en la entrega de títulos de posgrados en la Universidad Simón Bolívar).

Aniversarios y festejos

El mundo universitario de la Costa está de plácemes. Dos prestigiosas Casas de estudios Superiores están de aniversarios. La Universidad Autónoma del Caribe festeja treinta años de fecunda existencia, y el Instituto de Educación Superior, IAFIC, veintidós.

En la década de los años cuarenta en la Costa solo existía la Universidad de Cartagena, con pocas facultades (Derecho, Medicina, Ingeniería). Por eso buena parte de los bachilleres tenían que viajar a Bogotá para seguir los estudios profesionales. A mí me tocó hacerlo. Allá me encontré, en la Universidad Nacional, con Juan B. Fernández, Dilio Donado, Juan Padilla Valdiri y muchos amigos de siempre.

Ahora todas las ciudades capitales de la región costera cuentan con buen número de universidades y carreras que satisfacen plenamente las aspiraciones de los jóvenes. Como comentaba la otra noche en un acto

académico, todas las oportunidades están a la mano, y los padres de familia que envían a sus hijos a estudiar a otras partes, responden más bien a complejos centralistas o extranjerizantes.

Con lucidos programas académicos y sociales la Universidad Autónoma del Caribe e IAFIC recibieron en sus espléndidas instalaciones a los intelectuales y catedráticos de Barranquilla y Cartagena.

En la Uniautónoma el buen decir encontró el camino apropiado en discursos que supieron expresar el compromiso y la grandeza de la Universidad latinoamericana.

En ceremonia especial el señor Rector doctor Mario Ceballos Araújo, en representación del Alma Mater, otorgó títulos de Honoris Causa a las siguientes personalidades: doctor Hernán Massini Ezcurra, Embajador de la Argentina en Colombia; doctor Gabriel Betancur Mejía, ex Ministro de Educación; doctor Francisco Lucena Carrillo, Presidente de la Asociación de Universidades de América Latina y del Caribe; doctor Miguel Herrera, de la Universidad John F. Kennedy, de Buenos Aires; doctor Jacob Daghlán, Rector de la Universidad Metodista de Sao Paulo; doctor Álvaro Trueba, Rector de la Universidad Tecnológica de Quito; doctor Germán

Anzola, Rector de la Universidad de Ciencias Aplicadas, de Bogotá; don Alfredo de la Espriella, Director del Museo Romántico.

Todos los asistentes recibieron el primer número de la Revista *Uniautónoma*, que dirige doña Silvia Gette de Ceballos, y un hermoso libro conmemorativo de los treinta años.

A IAFIC, la Cámara de Representantes le concedió la Orden de la Democracia. El honorable Representante doctor Gonzalo Botero Maya fue el encargado por la mesa directiva de la institución legisladora de hacer entrega de la condecoración. Esa noche el Gran Salón de ese centro educativo acogió en su seno a la intelectualidad cartagenera. En la mesa principal estaban los doctores Manuel Sierra Navarro, Rector de la Universidad de Cartagena; Kety Tinoco de Char, Rectora de IAFIC; Gonzalo Botero Maya, parlamentario; Nicolás Curi Vergara, ex Alcalde de Cartagena; Miguel Road Hernández, ex Ministro de Educación; Alberto Barbosa Senior; Carlos Tinoco Orozco, Presidente de la Sala General; David Sánchez Juliao, escritor; Eduardo Tinoco Bossa, ex Congresista; Arturo Matson Figueroa, ex Gobernador de Bolívar; Andrés Pérez Batista, Director de Bienestar Familiar; Juan José García Romero, Senador de la República; Ruderico Trujillo, Bianor García, Marly Pue-

llo de López, Argemiro Bermúdez, Ido Angulo, Catalina Sebastieri, Pedro Vargas y Benjamín Solom.

En esa misma velada se le rindió homenaje al escritor David Sánchez Juliao y el doctor Florentino Rico Calvano, ex Decano de la Facultad de Economía y Presidente de la Sociedad de Economistas, hizo la presentación del libro *Desde mi Columna*.

En verdad estos sucesos universitarios deparan regocijos colectivos. Son hechos que obligan a la comunidad a rendir tributo de admiración y gratitud. Y nunca como ahora, en estos tiempos de logros científicos y rico patrimonio de conocimientos, la educación universitaria es tan necesaria y útil. Podría decirse que la Universidad es la respuesta máxima a las exigencias de la ilustración y la tecnología.

Que las Universidades sigan adelante con existencias prósperas al servicio de la juventud para bien del desarrollo cultural del país, y que Uniautónoma e IAFIC continúen cosechando éxitos, son nuestros deseos.

La juventud: realidad y esperanza

Dos acontecimientos de los últimos días relacionados con la juventud fortalecen mi confianza. Puede la televisión deformar la realidad, al ofrecer programas y noticias de grupos doblegados por el afán de la exitación de un existir desprevenido y de espaldas al porvenir del país. Pero la conducta entusiasta y responsable de la juventud estudiosa, permite valorar actuaciones y compromisos dignos de admiración.

La semana pasada asistí en Cartagena a un impresionante encuentro de dos mil quinientos jóvenes bachilleres y de los alcaldes electos del departamento de Bolívar. Todos estaban reunidos en el Palacio de Convenciones, y con lleno tan completo, como pocas veces puede contemplarse en ese espléndido escenario.

Desde las ocho de la mañana estaban allí los jóvenes que este año recibirán su título de bachiller y que aspiran

a continuar sus estudios universitarios. Sin abandonar sus sitios, y con una contagiosa alegría, escucharon a los expositores. Donaislan de Tinoco multiplicaba esfuerzo en procura de sillas adicionales para acomodar a los muchos que seguían ingresando al monumental recinto.

Ese hermoso y estimulante acontecimiento lo había programado la Universidad IAFIC, bajo la dirección del Presidente de su Sala General, doctor Carlos Tinoco Pérez. Pero todos sus directivos habían participado, especialmente la Rectora doctora Katy Tinoco de Char, y el Director Ejecutivo, doctor Fernando Tinoco.

El propósito del histórico suceso era propiciar el análisis de los problemas y perspectivas del desarrollo nacional. Los oradores invitados expusieron tesis sobre temas de interés general y examinaron los distintos fenómenos que afectan la economía, la organización social prevalenciente, la educación y la cultura. Al concluir las intervenciones magistrales, se dio inicio a un dinámico diálogo, con la participación de la concurrencia.

Otro acontecimiento admirable es el que acaba de iniciarse en la Universidad Nacional. Los jóvenes han tomado en sus manos las banderas del rescate de la valoración de lo nuestro, al rendir homenaje a la autenticidad.

En la facultad de Ciencias Económicas se ha inaugurado la Cátedra Latinoamericana Antonio García Nossa. El programa de preparación estuvo a cargo del Centro de Estudiantes, del cual forman parte Jacqueline Pérez Hernández, Luz Mery López Pascagaza, Claudia Estela Sánchez, Luz Miriam Riaño, Marcel Carrillo, Manuel Durán, Nilson Morales, Edward Alarcón, Ornar Rey Anacona y Leonardo Fabio Barbosa Mendoza.

El acto inaugural se llevó a cabo en el auditorio Jorge Camilo Torres Restrepo, con una mesa redonda que contó con la participación de los eminentes escritores y catedráticos, maestros Raúl Alameda Ospina, Orlando Fals Borda, Eduardo Umaña Luna y Carlos Rúgeles. Después, los doctores Germán Umaña Mendoza, Luis Emiro Valencia y César Villegas, expusieron conceptos sobre el aporte de los pensadores latinoamericanos.

Todo reconocimiento que se le haga a Antonio García involucra una ejemplar conducta, sobre todo en estos tiempos de máxima dependencia cultural e ideológica. En los momentos actuales, de sometimiento a las ideologías neoliberales y globalizadoras que imponen en todas las esferas —económicas, gubernamentales, universitarias, etc.— en los países subdesarrollados las grandes empresas monopolistas de los países dominantes, una actitud de valoración de los méritos de los ideólogos que supieron responder con sus deducciones a las

conveniencias nacionales, debe ser siempre motivo de regocijo y de respaldo solidario.

Y nadie como Antonio García merece el reconocimiento y la gratitud. Especialmente en su Universidad Nacional, donde tuvo la feliz oportunidad de fundar el Instituto de Investigaciones Económicas, en la Rectoría de Gerardo Molina, que más tarde se convirtió en la Facultad de Ciencias Económicas.

En el prólogo que escribí para su libro *Bases de Economía Contemporánea*, que forma parte de la Colección Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina, editada por Plaza & Janés, bajo el patrocinio de la Universidad Simón Bolívar, dije lo siguiente:

Pocos hombres como Antonio García han dedicado su existencia a la investigación y al razonamiento. Desde la temprana juventud el empeño fue único: fidelidad a la más rigurosa disciplina académica y científica. Aunque a García se le reconoce como economista, sus trabajos abarcaron casi todos los rincones de la ciencia social. Incluso, en sus inicios como escritor, incursionó en la literatura con libros de poemas, cuentos y trabajos críticos. Y en cada uno de sus aportes es fácil descubrir su identidad: compromiso creador, valor auténtico e independencia analítica.

El Neoliberalismo y la historia económica

En una columna pasada traté el tema de la llamada globalización de la economía y sus efectos en los países subdesarrollados y dependientes.

Fue el mismo que expuse en Caracas, en condición de conferencista, ante los delegados del mundo al Quinto Encuentro Internacional de Consejos Económicos Sociales. Por cierto, fui algo así como aguafiesta. Porque, después de las intervenciones de los asistentes en los temas programados, casi todos ellos de sabor aperturista y neoliberal, especialmente las de los europeos, expuse tesis contrarias que, a mi parecer, corresponden a la realidad histórica de nuestra América Latina y de todos los pueblos en situaciones desventajosas. Sin embargo, tuve la satisfacción de recibir el comentario solidario de los representantes africanos y de los miembros de

las Academias de Historia y de Ciencias Económicas de Venezuela, allí presentes.

En el campo del análisis histórico de las etapas del desarrollo capitalista se pueden apreciar los efectos de sus principios doctrinarios en las regiones sometidas.

Como es lógico suponer, las distintas conductas o políticas económicas recomendadas en los diferentes períodos, responden, de manera exclusiva, a las conveniencias de los centros de poder donde se originan.

En el Mercantilismo, por ejemplo, la estrategia proteccionista respaldada por el Estado cumple el encargo de salvaguardia de la producción interna en favor de mayores exportaciones que puedan asegurar saldos favorables en la balanza comercial para la acumulación y el crecimiento económico. Lo que importaba entonces era vender mucho y comprar poco. Y esa actitud y razonar no fue tan tonta como pensaron después los exponentes europeos de la Escuela Clásica Liberal. Cuando sus ideólogos decían que "el oro y la plata son los únicos tesoros de la nación o los más importantes", estos preceptos de sabor metalista involucraban la estrategia de vender caro y comprar barato, para provecho exclusivo de sus naciones.

La norma dio sus resultados y condujo al esplendor de la industria manufacturera, hasta el punto de sentirse con suficientes condiciones para valerse por sí misma, en el campo del comercio internacional, sin el respaldo protector del Estado. Por el contrario, se invierte el planteamiento en busca de plena libertad de actuación y competencia.

El librecambismo aparece para pregonar los beneficios de la terminación de barreras arancelarias y la especialización internacional del trabajo.

Los economistas ingleses especularán teóricamente con los "costos comparativos", las "demandas recíprocas", los "equilibrios", etc., hipótesis que habrán de servir de palancas a un mundo dividido entre productores de mercancías manufacturadas, de mayores precios, valores agregados y plusvalías, y productores de materias primas, con precios mínimos.

En el apogeo del librecambio, impuesto en colonias y regiones dependientes como América Latina, en la propia Europa surgen oposiciones en algunos países en desventaja industrial. Sea el caso de Alemania, donde se "enarbola la bandera de los intereses nacionales y del fomento de las fuerzas productivas, como únicos medios de asegurar el bienestar de los individuos". La

misma posición la había asumido antes los Estados Unidos, para dar inicio así a la prosperidad manufacturera que desde entonces mantienen estos dos países.

Los tiempos de guerras mundiales iniciadas en Europa en 1914, primero, y en 1939, después, constriñeron las exportaciones europeas, asiáticas y norteamericanas, y los países subdesarrollados aprovecharon la oportunidad para valerse de sus recursos y fomentar la actividad industrial.

América Latina

Los Cárdenas y México

Como admirable debe reconocerse el papel desempeñado en la historia política, democrática y revolucionaria de México por Lázaro Cárdenas, padre, y Cuauhtémoc Cárdenas, hijo.

Yo he tenido la grata oportunidad de conocerlos y de mantener con ellos honrosa amistad. Incluso el ingeniero Cuauhtémoc, doctor Honoris Causa de la Universidad Simón Bolívar y su profesor visitante, pasó varios días en Barranquilla compartiendo complacencias e inquietudes intelectuales con estudiantes y catedráticos de la Universidad del Atlántico.

A Lázaro Cárdenas se le tiene como promotor de las grandes y ejemplares reformas mexicanas del presente siglo. La entrega de la tierra a los campesinos y el rescate del petróleo encontraron en su Gobierno al máximo aliado. Fue el mandatario ejemplar que supo responder al compromiso en años de grandes cambios revolucionarios en el mundo.

Y su pueblo siempre valoró su obra. Lo recuerdo sencillo y acogedor como deben ser los grandes hombres. En su casa, en la ciudad de México, fui afectuosamente recibido en compañía de compañeros de ideales cuando se iniciaba el compromiso con la ecología. Entonces yo presidía la Sociedad de Defensa de los Recursos Naturales de Colombia, y asistía a las reuniones internacionales que enarbolaban actitudes en favor del cuidado de las riquezas de cada territorio para provecho de sus habitantes.

Cuando Lázaro Cárdenas murió, toda la América Latina pensante expresó sus sentimientos de tristeza. En la Revista *Desarrollo Indoamericano*, por ejemplo, muchos de los ideólogos y cientistas sociales dejaron constancia de la admiración por el mexicano ejemplar. Su compatriota Jesús Silva Herzog dijo que Cárdenas fue el mexicano de mayor proyección internacional en toda la historia de su país, y el mejor Presidente en el presente siglo. Por eso su figura histórica solo puede compararse en grandeza a la de Benito Juárez.

Alejandro Lipschutz, el científico chileno, declaró que los millones de indígenas que habitan a la América Latina forzosamente seguirán el camino que les trazó Lázaro Cárdenas con sus leyes de las tribus en el marco de la gran nación. D. F. Maza Zavala, el gran maestro

venezolano, hacía saber que Cárdenas se caracterizó por ser un ejemplo relevante de la posibilidad concreta de rescatar para el desarrollo nacional independiente el dominio sobre la explotación de los recursos naturales. Y René Báez, del Ecuador, conceptuaba que Lázaro Cárdenas pertenece a esa noble y a la vez rara estirpe de hombres que nacieron para no morir, porque su ser se proyecta de lo simplemente corpóreo y fugaz a lo excelso y permanente, que en esta etapa, se confunde con la búsqueda y la realización de un destino bueno para el conjunto humano.

Cuauhtémoc Cárdenas sigue la huella de su padre. También a él le ha correspondido llevar la vocería de su pueblo en el rescate de la dignidad nacional y en la defensa del patrimonio público. Ante el abandono de los idearios revolucionarios y nacionalistas del ayer, aplastados en buena parte por el vendaval neoliberal del moderno imperialismo, su triunfo electoral es ejemplar y promisorio.

Porque en verdad los sucesos de México, en la América Latina, y de Francia, en Europa, hay que reconocerlos como acontecimientos presagiadores de los nuevos tiempos que se avecinan. La izquierda vuelve a reanimarse y aparece como el camino político apropiado para reemplazar el neoliberalismo en retirada con su cosecha

desastrosa de sometimiento a las multinacionales, de concentración de la riqueza en pocas manos, de fomento de la desigualdad social, de entrega de las riquezas nacionales, de quiebra de las industrias criollas y de padre del desempleo y la miseria de las masas.

Por su amistad con Barranquilla, por la admiración y afecto al pueblo mexicano, y por el significado del triunfo en las urnas de un partido que lo respaldan programas populares de contenido izquierdista, la victoria electoral de Cuauhtémoc Cárdenas merece el beneplácito de los hombres de América Latina que sueñan con patrias justas y soberanas.

De la política y los políticos

Una de las agradables experiencias en mi reciente visita a la ciudad de México, fue la lectura de sus numerosos periódicos, cuyas páginas, en casi su totalidad, están dedicadas a la información y el análisis doctrinario de la política.

Distintos a los nuestros, que parecen empeñados en emular a los noticiéros de televisión en el expresivo tributo rendido a la violencia y al fútbol profesional de manejo cuestionado, allá apenas el crimen o la conducta dolosa se registra en espacios reducidos.

Pero tal vez lo más sugestivo es la diferencia en el estilo. Mientras en México el tema político es motivo de divulgación conveniente y adecuada para el lector, entre nosotros por lo general su registro se hace solo para dar a conocer las fallas y conductas negativas de algunos de sus practicantes.

No quiere decir lo anterior que la prensa mexicana esconda o disfrace los actos inmorales que los personajes inescrupulosos realizan en el seno de la actividad política. Pero, además de la denuncia al actuar deshonesto, está la valoración del proceder y compromiso de los que entregan su capacidad de trabajo al servicio de la comunidad.

Tanto es el encono informativo de nuestra prensa por la política que en el común se piensa que ella es sinónimo de corrupción y desvergüenza. Es cierto que en estos tiempos de predominio de afanes dinerarios y procedimientos sometidos al afán lucrativo, la política siente los efectos de la descomposición y la pérdida de valores éticos. Pero, la verdad es, y esto no puede ocultarse, que estas lacras se han extendido, en mayor o menor grado, a las distintas instituciones o actividades del hombre en sociedad.

Sin embargo, a diferencia de otras ocupaciones normalizadas por la búsqueda del provecho personal, la correcta y sana política exige entrega en el servicio a la colectividad. Un buen político debe responder a la delicada misión de la búsqueda y procura del bienestar público. Y en verdad la trascendencia de este compromiso ha de bastar como recompensa.

La política es una ciencia social y el arte de gobernar

o normalizar los asuntos públicos. El hombre, pensaba Aristóteles, es un animal político. Nadie puede ser ajeno a la política. Porque como observaba Lenin recordando el criterio de los filósofos antiguos, si alguien decide no meterse en la política, la política se mete con él.

Ni siquiera Robinson Crusoe puede escaparse de la incidencia de la política, sobre todo en estas épocas de problemas ecológicos. Si por exagerado egoísmo individualista las personas se muestran ajenas a las obligaciones propias de la política, digamos por caso, la participación en la escogencia de sus legisladores y gobernantes, a la larga sufrirán los efectos de sus descuidos.

La política es una suma de doctrinas e idearios relacionados con la vida en comunidad y el gobierno público. Y el político es el personero de opiniones, preceptos y anhelos. Por eso el quehacer político es necesario y saludable. Y más aún en los momentos en que la organización social prevaleciente padece de problemas de corrupción administrativa, injusticia social y decaimiento democrático.

En nuestros días, por ejemplo, el modelo neoliberal y aperturista ha facilitado el deterioro de la moral y las sanas costumbres políticas, además del abandono de una estrategia de desarrollo económico y social, mien-

tras el desempleo, la quiebra de empresas, la entrega de la riqueza nacional, etc., ensombrece el horizonte.

Esta es la realidad en Colombia, México o cualquier país latinoamericano. La diferencia está en que en unas naciones se desacredita al máximo la política, mientras en otras se valora su responsabilidad, y al lado del enjuiciamiento a los que hacen mal uso de su ejercicio, está también la correcta difusión del significado y del papel prioritario que le corresponde. No hay que olvidar a Wilson cuando conceptuaba que la política es la ciencia del progreso ordenado de la sociedad.

A propósito de México, también, necesario es denunciarlo, soportamos una experiencia triste. Mientras su pueblo es muestrario de fraternidad estimulante, la política exterior oficial humilla al colombiano, en la concesión de visas, con exigencias y trabas que no corresponden a la historia e ideales de estas patrias de Bolívar y Juárez.

El castellano y la América Latina

Sobre la dificultad de estos tiempos de fines de siglo es mucho lo que se ha escrito. Cada día que pasa ofrece una nueva muestra de hechos negativos. Violencia, desorden, desfachatez, etc., ensombrecen conductas adecuadas. La moral dineraria, el afán de lucro y el dejar hacer predomina en lo económico para alejar posibilidades de soberanía y búsqueda del desarrollo y la justicia social. En este llamado neoliberalismo de herramientas aperturistas, las puertas se abren de par en par para facilitar la penetración dominadora, aplastar reservas y patrimonios culturales.

El desprecio por los valores culturales y símbolos patrios se festina. Unas veces se critica el correcto uso y resguardo del idioma, y otras se utiliza a los libertadores en horribles mensajes publicitarios que deforman su imagen y memoria. Por ejemplo, en una propaganda

patrocinada por el Ministerio de Salud se presenta al Padre de la Patria, Simón Bolívar, como portador de tuberculosis con los peligros del contagio, y se ignora que las enfermedades de los héroes fueron adquiridas en penurias y sufrimientos para darnos dignidad y libertad.

La defensa del idioma o de la religión ofrece un significado afirmativo y revolucionario. La historia no olvida al Presidente de los Estados Unidos, Teodoro Roosevelt, el del "garrote duro" y el "destino manifiesto", cuando llegó a Panamá a tomar posesión de los territorios del Canal. Entonces levantó una biblia protestante y dijo mirando al sur: "Con esta los dominaremos".

Al referirse a este episodio, el historiador y académico Antonio Cacia Prada, sostiene: "La religión y la lengua son fundamentos de la integración latinoamericana. El legado original de una misma fe y un mismo idioma es fundamental para la integración de la comunidad latinoamericana de naciones. Ningún otro continente tiene estos factores unificadores. La veleidad de nuestra pubertad republicana no nos permitió escudriñar en su oportunidad la proyección inmensa de la constitución de una gran nación como lo concibió el pensamiento inmortal de Simón Bolívar, y lo soñaron

San Martín, O'Higgins, Belgrano, Artigas y Pedro Molina. Corresponde a los hombres del presente propender por la cristalización de esos ideales. Es hora de exaltar el valioso patrimonio de una sola religión y una sola palabra. Si la fe mueve montañas, el idioma congrega multitudes y fortifica las naciones”.

A mí me habría complacido que el desarrollo autónomo, libre de conquistas genocidas del pasado, me hubiese permitido hablar en el presente quechua, chibcha o mocaná. Pero, si desde hace ya cinco siglos en nuestros países prevalece el idioma castellano, es necesario preservarlo y evitar su decadencia por medio del uso innecesario de jergas y extranjerismos.

No pretende lo anterior alinearse en el purismo riguroso y elitista. Los idiomas son iguales a los seres vivos que necesitan alimentarse y crecer. Como, también, el respeto a las lenguas de los pueblos indígenas debe ser norma de nuestros países.

Pero se hacen necesarios criterios en el análisis de las conductas defensivas de las regiones sometidas. De esta manera, en el campo de las estrategias que deben servir para unificar voluntades e integrar naciones en procura del camino señalado por los libertadores, el idioma está llamado a jugar un papel de primerísima importancia.

En 1979, con motivo de la presentación del libro *Periodismo Idiomático*, del filólogo Luis Felipe Palencia Caratt, dije: La defensa del idioma es una actitud afirmativa y revolucionaria. En la lucha contra la dependencia cultural, toda conducta encaminada a rechazar la deformación o menosprecio de nuestra lengua es correcta. La invasión de extranjerismos y jergas de sabor lumpista responde a situaciones negativas contra el patrimonio idiomático.

Por su parte, el profesor Palencia recuerda que el hombre no inventó el lenguaje para hacer ruidos o protagonismos, sino para la correcta comunicación con los demás.

Para ese mañana añorado de integración defensiva del pueblo latinoamericano, la universalidad del idioma castellano, al lado del portugués de los brasileiros, jugará un papel valioso en el desarrollo y esplendor de la economía y la cultura. Es este un precepto digno de cultivarse. Al menos que pensemos irónicamente a la manera del poeta Juan Ramón Jiménez: "Y el idioma, ¡qué confusión!, qué cosas decimos sin saber lo que decimos".

Venezuela: malestar y riqueza

A mis amigos venezolanos los doblega un poco el pesimismo. Las limitaciones consuntivas del presente invaden los distintos estratos. Todo el mundo habla de la crisis y del oscuro porvenir. Además, una especie de sicosis de temor por la inseguridad (atracos, robos, etc.) mantiene a la población en permanente estado de ánimo medroso.

Doña Anita al escucharlos sonríe, tal como lo haría cualquier colombiano que llegase a otro país a escuchar ese tipo de comentarios. No saben ustedes, les dice, lo que es la violencia, esa que padecemos en Colombia, generadora de toda clase de descomposición social, de miseria de las masas y opulencia de pocos, de desgobierno y padecimientos generales. Ante la concentración de la propiedad territorial, con el predominio de latifundios de engorde o ganadería extensiva, y la

acogida del modelo neoliberal, agrega, hasta la yuca, el plátano y los frijoles o caraotas, productos elementales del campo en el ayer, son ahora importados de Venezuela. Y lo mismo sucede con buena parte de sus artículos manufacturados.

Y yo agrego a los argumentos las informaciones que tengo a la mano sobre el futuro del petróleo. Como Venezuela ha sido el país privilegiado de América Latina en recursos petrolíferos, las noticias de los órganos informativos de Estados Unidos y Europa hacen saber que hay nuevas perspectivas halagüeñas. Por ejemplo, la revista *Forbes* titula un informe de su equipo de redactores especializados, así: "Cuidado árabes, ahí vienen los venezolanos". Y todo esto para hacer saber que Venezuela ascenderá muy pronto al segundo lugar, después de Arabia Saudita, entre los países exportadores de petróleo. Naturalmente para bien de los Estados Unidos, país sometido a la importación de un treinta y cuatro por ciento del crudo que proviene del Oriente Medio. Ante este próximo hecho, y con objetividad geopolítica, Michael May, analista del Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales en Washington, resume sus conveniencias, al expresar "No existe en Venezuela un movimiento islámico fundamentalista y su vecino no es Irak".

Según los pronósticos la región selvática del Orinoco, además de su caudaloso río de aguas andariegas, cuenta también con otras corrientes subterráneas que resguardan doscientos setenta mil millones de barriles. Todo esto quiere decir que a mediados de la próxima década los tres millones de barriles de petróleo que produce Venezuela por día en la actualidad, pasarán a ser cinco millones y medio.

Los supuestos descritos, me atrevo a opinar, obligan más bien al compromiso con estrategias defensivas, como la siembra del petróleo, expuesta en el pasado por ideólogos de correcto razonar.

Porque la verdad es que, en buena parte, la riqueza petrolera alimentó la dependencia cultural y tecnológica. Antes a Caracas se le llamaba el garaje de América Latina. Y pienso que todavía es la ciudad con más vehículos por habitante en nuestro continente. Y ahora se le pueden agregar a Venezuela otras sujeciones, como el enfriamiento artificial. Por doquier, hasta en la fresca y agradable Caracas y sus alrededores, los parroquianos se quejan del calor. A Maracaibo, sea el caso, se le considera la ciudad más fría: Se sale de la casa con temperatura de pocos grados, gracias a los acondicionadores de aire; en el automóvil los motores poderosos facilitan los mismos, hasta llegar a la oficina, el almacén

o el supermercado, de día y de noche refrigerados.

Y aunque por todo lo bueno o lo malo, como en Colombia, se da gracias a Dios, nadie quiere apreciar las bondades y bellezas de su creación. Hace un año, cuando estuve en Maracaibo, de noche salía con una nutrida delegación de la Familia Bolivariana a recorrer las callejuelas de la ciudad antigua, ahora restauradas, y era muy raro encontrar vecinos disfrutando la tibieza del clima o el añejo sabor de la arquitectura del ayer. La curvilínea carretera que conduce a San Juan de los Morros desde Caracas es muestrario de espléndido paisaje, aprisionada por colinas verdes que invitan al sosiego. Pero creo que nadie los aprecia en la tensión de los cien kilómetros por hora, o más, que siempre marca el velocímetro.

Los colegas venezolanos siempre han expuesto tesis en favor del aprovechamiento adecuado de los recursos naturales percederos. Naturalmente, me refiero a los economistas de formación y pensamiento auténtico, vinculados a la Academia de Ciencias Económicas, o comprometidos con un razonar propio. Y en este campo Venezuela ha sido pródiga. Desde los tiempos coloniales hasta el presente, incluyendo a Bolívar y demás libertadores, el aporte original ofrece su cosecha. Precisamente, en mi libro *El Pensamiento Económico Venezolano*,

que sirvió de tesis en la Universidad del Zulia para recibir el título de doctor Honoris Causa, dejó constancia de admiración por el muy fecundo y provechoso aporte de los hombres que supieron y han sabido responder a la conducta legítima.

Sin embargo, en Venezuela, como en Colombia y la América Latina toda, los vientos de la política económica de la globalización y la apertura, impuesta para el provecho exclusivo de las empresas llamadas multinacionales y las potencias económicas dominadoras, distorsiona conveniencias.

La mundialización de la economía

Los economistas del mundo se han reunido en Caracas. Representan los Consejos de Economía Nacional de los países participantes. Y llegan a la capital venezolana con el propósito de intercambiar opiniones sobre las consecuencias sociales de la llamada mundialización de la economía.

La información estadística y la realidad perceptiva ofrecen un panorama expresivo de problemática social a medida que avanza el proceso de la moderna presencia del capitalismo salvaje, libre de fronteras y en manos de empresas multinacionales.

Y el fenómeno de la desigualdad distributiva del ingreso, la masiva desocupación de la mano de obra y el avance de la miseria, ya no es solo patrimonio de las regiones sometidas, subdesarrolladas. Ahora también

empieza a manifestarse con cifras preocupantes en los países dominadores e industrializados.

Entre nosotros la quiebra de las pequeñas fábricas y de los cultivos agrícolas, que sucumben ante la avalancha de importaciones con precios menores subsidiados para la conquista de mercados, acrecienta el desempleo. A su vez, en Europa, Japón y los Estados Unidos, el volumen de parados, gracias a la tecnología de reducidos monopolios y el arrinconamiento de la acción estatal, alcanza proporciones apenas conocidas antes en el apogeo de las crisis cíclicas del sistema.

Tan elocuente es el poder de la concentración empresarial privada que se tiene el conocimiento de su significado al comparar sus ingresos con los oficiales o públicos. Así se sabe que solo los dividendos de la empresa norteamericana General Motors superaron el año pasado el producto nacional bruto de Dinamarca; "las ganancias de la Ford al de África del Sur y las de la Toyota fueron más altas que el PNB de Noruega".

El Estado, que antes actuaba en los terrenos del intervencionismo equilibrador en procura de justicia social, e incluso solía participar en estrategias proteccionistas y de fomento productivo, ahora se limita a la venta o entrega de sus pertenencias a la voracidad de reducidas

empresas extranjeras, en algunos casos en contubernio con firmas nacionales que cumplen la misión de testaferras.

La conducta socializadora del Estado, perdida en estas dos últimas décadas del presente siglo, tal vez donde ofrece el máximo contraste, es en la antigua Unión Soviética: Todo aquel esfuerzo de sueños, esperanzas y realizaciones hoy es muestrario de vergüenza y desconcierto.

En mi caso, que tuve la oportunidad de compartir en Moscú, Leningrado o Siberia, con veteranos de la causa y jóvenes pioneros los logros del actuar socialista, sencillamente me horrorizo. Leo los informes de sus propios aliados y propulsores del presente capitalista y todo aquello parece increíble. En la revista *Forbes* hay un estudio recientemente publicado en castellano por *Summa*, acerca de la corrupción imperante en la Rusia actual, del cual extracto los siguientes conceptos:

“Es posible que Boris Berezovsky, y no Boris Yeltsin, sea el hombre más poderoso de Rusia... Ronald Lauder, heredero multimillonario de la fortuna de cosméticos Estée Lauder, viajó a Rusia para celebrar la apertura de una elegante boutique en la Plaza Roja de Moscú. Esa noche, numerosos dirigentes empresariales rusos y

norteamericanos, el embajador de los Estados Unidos, Thomas Pickering, y la esposa del presidente Boris Yeltsin, asistieron a una fiesta en honor de Lauder. ¿El anfitrión de la lujosa celebración? Un acaudalado negociante de automóviles ruso llamado Boris Berezovsky. Ronald Lauder probablemente no sabía que su anfitrión es un poderoso jefe mañoso y el principal sospechoso en la investigación del asesinato más famoso de Rusia. Lauder explica: "Las invitaciones estaban a nombre del Presidente Yeltsin"...

"Rusia es un caldero hirviente de organizaciones criminales: una Sicilia a escala gigante. El año pasado (1996), cerca de cuarenta mil personas fueron asesinadas y setenta mil desaparecieron, y es probable que nunca se sepa qué suerte corrieron. La tasa de homicidios de Rusia es tres o cuatro veces más alta que la de la ciudad de Nueva York... En este mundo violento, Boris Berezovsky se cierne como una sombra gigantesca. Hace poco declaró que él y otros seis importantes empresarios controlan el cincuenta por ciento de la economía nacional..."

Los libertadores y el Neoliberalismo

Hasta ahora he hecho en esta columna una presentación crítica de la estrategia neoliberal de las empresas transnacionales, de sus pregonadas tesis en favor de la globalización de la economía y de sus reales resultados en los países subdesarrollados.

Además, oportuno es recordar que en la interpretación de las causas del subdesarrollo, ahora también, se ofrecen nuevos diagnósticos, por cierto, adecuados y de conveniencia para los centros dominadores.

Hasta hace pocos años se nos decía que el problema se originaba en la explosión demográfica. Los fenómenos estructurales de la dependencia económica, cultural y tecnológica, las formas de tenencia de la propiedad territorial y del capital, el efecto demostración y el consumismo, la desintegración continental, etc., nada tenían que ver con el asunto.

Ahora todo depende del saber, del conocimiento que debe adquirirse a través de las matrices y técnicas que facilita la computadora de información y la Internet, naturalmente elaborados por ellos.

Ante esta realidad avasallante, ¿qué puede esperarse del futuro?

Nuestros libertadores nos dejaron un pensamiento y unos lineamientos, tristemente colocados en el cofre del olvido. Pero ahí estarán ellos esperando aplicación y uso.

El "loco" genial, Simón Rodríguez, profesor de Simón Bolívar, prevenía a sus paisanos: "Vean la Europa cómo inventa; y vean nuestra América, cómo imita. La América no debe imitar servilmente, sino ser original. ¡Imiten la originalidad, ya que tratan de imitar todo!".

Y El Libertador, siguiendo esa línea de conducta, supo resumir en el Congreso de Angostura lo que bien podría calificarse como un compendio de valoración de lo propio y de postulado defensivo, cuando sostuvo que "las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos, a sus ideales. ¡He aquí el Código que debíamos consultar, y no el de Washington!".

Más aún, en cuanto al comercio internacional, Bolívar fue diáfano en la exigencia de cuidados con todo lo que provenga de las potencias dominadoras. Por eso le pedía a Bernardo Monteagudo actuar con suma prudencia porque “cuando se hace el pacto con el fuerte, ya es eterna la obligación del débil”. Al propio Santander le escribió oportunamente en momentos de convenios comerciales: “El tratado de amistad y comercio, entre la Inglaterra y Colombia, tiene la igualdad de un peso que tuviera una parte en oro y la otra en plomo. Vendidas estas dos cantidades veríamos si eran iguales. La diferencia que resultara, sería la igualdad necesaria que existe entre un fuerte y un débil. Este es el caso; y caso que no podemos evitar”.

La obsesión de Bolívar por la integración de la América Latina encajaba en sus idearios económicos defensivos. Como también el afán por responsabilizar a los pueblos libertados de su destino. De ahí sus pronunciamientos en la instalación del gobierno de las Provincias Unidas, al decir: “Todo era extranjero en este suelo. Religión, leyes, costumbres, alimentos, vestidos eran de Europa, y nada más debíamos hacer ni aún imitar. Un vasto campo se presenta ante nosotros que nos convida a ocuparnos de nuestros intereses”.

Si el Padre de estas Patrias resucitara tendría que

repetir sus palabras, apenas incluyendo, al lado de lo europeo, que prevalece, lo japonés y norteamericano.

Pero el consejo valedero y acertado sería el mismo.

Como lo es, también, el del gran Andrés Bello: "América (Latina) solo tiene un camino: su propio camino". Sentencia, por cierto válida y legítima para todos los pueblos del mundo dominados por normas y políticas divulgadas e impuestas por los dominadores.

La consigna, pues, existe. Ahora hay que responder con la actuación.

Resultados del Neoliberalismo

En este espacio he venido resumiendo la exposición que hice recientemente en Caracas. Así, en la última entrega me referí a los logros en nuestros países en el campo de las manufacturas y la adecuada utilización de los recursos en los tiempos de guerra mundial.

En esos años, también, se inicia en América Latina un despertar en el compromiso del estudio de la realidad y la formulación de teorías adecuadas y defensivas. Las décadas de los años cuarenta, cincuenta y sesenta son fecundas en la exposición y el compromiso. En nuestra región se conocen los documentos de la CEPAL y en cada uno de sus países sobresalen economistas ajenos a la repetición pasiva de los textos extranjeros en la cátedra, y con definidas actitudes en los predios de la autenticidad.

En la teoría del comercio internacional se acoge con entusiasmo el proteccionismo, pero condicionado al bienestar general. La protección, se alega, debe ir más allá del sector manufacturero para atender también la agricultura, minería y ganadería. Pero, sobre todo, los beneficios serían para productores, trabajadores y consumidores.

En la estrategia defensiva los mercados comunes entre países con grados de desarrollo similares juegan un papel importante. Porque la diversificación del comercio con el mayor número de países se le valora como herramienta provechosa contra la dependencia comercial, puesto que el intercambio de mercancías cuando este se realiza en su mayor parte con una potencia económica, facilita el sometimiento.

En el presente, con un olvido absoluto del pasado librecambista, la experiencia nefasta vuelve a repetirse.

Las grandes empresas monopolistas de los países desarrollados, se encargan de pregonar bondades en novedosas versiones del librecambio, el *laissez-faire*, o de dejar hacer no intervencionista, y en la preponderancia de la iniciativa privada, con pomposos calificativos de apertura, política neoliberal, globalización o mundialización de la economía.

Se arguye en favor de un idílico entendimiento y una feliz convivencia entre poderosos y débiles, y se hace de la electrónica y la computación algo así como instrumentos deslumbrantes al servicio de la dependencia tecnológica y cultural, que obliga a recordar los espejitos y abalorios de Colón.

Distinto a lo pregonado los resultados son otros: en América Latina, comenta un investigador, existían hace diez años apenas unos seis ricos con más de mil millones de dólares; en 1994 eran ya cuarenta y uno. Mientras tanto, la pobreza se acrecienta: "El producto *per cápita* es hoy siete por ciento menor que en 1980; el sesenta y dos por ciento de la población es pobre y el treinta y dos por ciento subsiste en situaciones de pobreza crítica. Y las estimaciones más optimistas tienen que aceptar que se llegará al año dos mil con un cincuenta y cinco por ciento de la población sumida en la pobreza absoluta".

Es ese el panoramá tétrico que se ha obtenido con la globalización de la economía, el predominio de los monopolios extranjeros, el modelo no intervencionista estatal y con la subasta de la riqueza, los recursos naturales y las empresas oficiales.

En el campo económico, las exportaciones de Améri-

ca Latina descendieron a menos del cuatro por ciento en 1994, cuando en 1950 representaban once por ciento del total de las mundiales. En cuanto al desangre por los intereses de la deuda externa "en solo ocho años —de 1982 a 1990— se pagaron doscientos treinta mil millones de dólares, que equivalen al doscientos por ciento de sus exportaciones". Todo esto sin mencionar las ingentes sumas de las utilidades de las empresas extranjeras que actúan en medio de un carnaval de explotación y abuso, que toman el camino de sus países de orígenes.

Academia

Las universidades de la Costa y la cultura

En días pasados las universidades de la Costa se encontraron en el Centro de Convenciones del Country Club.

Allí en espacios pulcramente decorados, nuestras Casas de Estudios Superiores exhibieron parte de su actividad creadora. Funcionarios y atentos estudiantes distribuían a los visitantes programas de estudios e impresos con informes de las distintas actividades docentes y culturales.

La juventud estudiosa de los colegios de bachillerato engalanó la exposición con su presencia alborozadora y placentera.

En el tiempo de la ejemplar celebración todo fue alegría y expresiva complacencia. Los jóvenes indaga-

ban con manifiesto interés sobre los distintos aspectos de la vida universitaria, mientras rectores, decanos y catedráticos respondían e informaban. En otros casos las pantallas de televisión mostraban imágenes con las bibliotecas, salas de conferencias y campos deportivos de las instituciones.

Y en momentos apropiados los grupos folclóricos universitarios actuaban bajo el regocijo estimulante de aplausos casi interminables de los asistentes. Ahí, en la terraza de la sala principal, se podía apreciar, con todo el esplendor del colorido, el movimiento de la danza y la rítmica salerosa de la música autóctona. Danzas y música que se asientan en raíces, idiosincrasia y autenticidad. Por cierto, como el cielo estaba despejado y soplaba la brisita de abril, los golpes de los tambores parecían más expresivos como para complementar mejor la cadencia de las gaitas y darle estímulo a los pies descalzos de los bailarines.

La presencia del libro en los estantes parecía rebosar la copa de la complacencia en la exposición. El libro representa la máxima muestra del compromiso creador. El aporte que cada centro educativo está obligado a tributar a la comunidad es el fruto de la investigación y el pensamiento de sus integrantes. En este hecho radica el contribuir máspreciado en la sagrada misión de la enseñanza.

Porque no puede restársele importancia a los instrumentos auxiliares, digamos por caso, las máquinas, y para estos tiempos modernos, las computadoras. Pero, a pesar de su hechizo y el facilismo informativo que reduce esfuerzo, la verdad es que las matrices responden en su mayor parte, a suma de datos compilados en regiones dominantes con estrategias y conductas para su casi exclusiva conveniencia.

La vida de las universidades sigue siendo la vida de los libros, que involucra la ciencia, el arte y la literatura. Plinio, desde los lejanos tiempos, afirmaba: "No hay libro, por malo que sea, que no contenga algo bueno". Y el muy práctico Thomas Jefferson, conceptuaba: "No es posible vivir sin libros". Thomas Carlyle, a su vez solía razonar: "La verdadera universidad de nuestros días es una colección de libros". En verdad, como suponía Richard de Bury, "los libros son maestros que nos instruyen sin palmetazos ni castigos, sin palabras ásperas y sin ira. Si se acerca uno a ellos, nunca están dormidos. Si se les interroga, no ocultan nada. Si se les interpreta mal, no protestan. Si no se les entiende, no se ríen".

Como para continuar la fiesta de la cultura que las universidades costeñas llevaron a cabo en el Centro de Convenciones, la Universidad Simón Bolívar ha progra-

mado para el próximo viernes la presentación de diez libros de autores de diferentes partes del país, una exposición de pinturas de Gustavo Hernández, profesor de la Facultad de Arte de la Universidad del Cauca, y la actuación de sus danzas y grupos folclóricos, ganadoras el año pasado del primer lugar en el encuentro universitario de Pereira.

Rafael Escalona, el consagrado compositor, bautizará su primera novela, *La Casa en el Aire*. Lo mismo hará Abel Ávila con *El Clan de Mamá Cola*; Óscar Alarcón, que compila ensayos y artículos en *En Serio y en Broma*; Ismael Correa Díaz Granados, con *Anotaciones para una Historia de Ciénaga*; Florentino Rico Calvano, con *Finanzas Públicas*; Ramiro Parias Burgos e Ignacio Palacio, con *Pediatría*; Óscar Flórez Támara, con *¿Quién?*, etc.

Esta misma noche, como un reconocimiento a su ejemplar obra intelectual, se rendirá homenaje académico a Rafael Escalona, Óscar Alarcón y Horacio Gómez Aristizábal.

Tributo a la gratitud

Pasemos a los predios de la gratitud, una de las virtudes más nobles del género humano.

Hay reconocimientos particulares y otros que abarcan a la sociedad en su conjunto. Estos últimos son mucho más meritorios porque involucran la voluntad colectiva.

Y aquí estamos para darle las gracias a una escritora y educadora, y a un pintor generoso y desprendido.

En el fecundo existir de Judith Porto de González resulta difícil poder afirmar qué faceta es más notable: si la de excelsa escritora o la de ferviente servidora de la educación.

Sus libros son muchos y todos ellos surgidos del amor y el afecto a la buena literatura y a la historia. Su biógrafa Eugenia Muñoz sabe resumir esta personalidad

subyugante cuando opina que en el universo de la técnica narrativa atrapa el interés del relato sin dejar lagunas.

Yo ahora saboreo de nuevo, al lado de mis nietos, sus cuentos e incursiones en la poesía y la prosa teatral. Y recuerdo a Juan Zapata Olivella, con la autoridad que le sobra para el concepto, cuando opinaba: "No nos toma de sorpresa nada que brote de la pluma de esta hija mimada del Corralito de Piedra, porque desde hace tiempo se perfila como una escritora de mente creadora, que maneja el idioma a la voluntad de su ingenio, y como una especie de ángel quimérico del pasado para hacer resaltar las diferencias entre épocas distintas".

En verdad Judith es una enamorada empedernida de su ciudad que deambula en el tiempo con sus historias legendarias.

Hace muy poco, nada más, publicó *Asaltos y Sitios a Cartagena de Indias durante la Colonia*.

Los dos Simón: Rodríguez, el maestro, y Bolívar, el discípulo, supieron valorar el papel de la educación y la enseñanza en el destino de América Latina. El "loco" genial solía sentenciar: "Educar es crear voluntades... Enseñen y tendrán quien sepa. Eduquen y tendrán

quien haga". Y, como para no dejar dudas acerca del significado del delicado compromiso, enfatizaba criterios: "Hacer negocio con la educación es... diga el lector todo lo malo que pueda: todavía le quedará mucho que decir..".

Por su parte, El Libertador enjuiciaba: "Un hombre sin estudios es un ser incompleto. La instrucción es felicidad de la vida; y el ignorante, que siempre está próximo a revolve en el lodo de la corrupción, se precipita luego infaliblemente en las tinieblas de la servidumbre"... (Porque) "un pueblo ignorante es instrumento ciego de su propia destrucción".

¡Y cuánto ha prodigado Judith Porto de González en favor de la educación de la niñez desposeída! En el apostolado de la enseñanza ella está en primera fila al lado de los grandes de la entrega y la voluntad de servicio.

La Universidad Simón Bolívar se suma a la Academia de la Lengua, a la Academia Colombiana de la Historia, y a tantas beneméritas instituciones que han reconocido sus cualidades intelectuales y le otorga el título de doctora Honoris Causa en Ciencias de la Educación.

(Apartes del discurso pronunciado en la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar).

Reconocimientos y homenajes

Amigos todos: la Universidad Simón Bolívar ha hecho del reconocimiento una costumbre saludable. Quiere siempre tener presentes los conceptos de Shakespeare y Massieu, al suponer que esa clase de proceder es tesoro del pobre y memoria del corazón.

Otros han pensado que no hay en el mundo exceso más hermoso que el de la gratitud. Por eso estamos aquí, como en otras ocasiones, para rendir un homenaje de admiración, complacencia y reconocimiento a figuras eminentes de las letras y de la academia de Colombia, Venezuela y Cuba.

Otto Morales Benítez es el humanista por excelencia. Autor de medio centenar de libros, parece que nació con el encargo exclusivo de rendir tributo a las letras y al idealismo. Y él sabe que cumple la misión cabalmente.

Por eso su carcajada legendaria que se esparce sin límites para prodigar confianza y alegría entre amigos y allegados.

Incansable trabajador del intelecto es el ejemplo de constancia. Por todas y tantas virtudes que enaltecen la responsabilidad del hombre en la sociedad, la Universidad Simón Bolívar se complace en otorgarle el título de Doctor Honoris Causa.

Roberto Burgos Ojeda es el maestro por antonomasia. Pulcro en el actuar, al igual que la abeja que poco sabe de la pausa o el descanso, el panal de su erudición e inteligencia lo han aprovechado distintas generaciones universitarias.

La palabra apostolado encaja, como hecha sobre medidas, para definir a este catedrático y guardián de la cultura. Porque pocos como él en el ejercicio de la predicación del humanismo.

La Universidad Simón Bolívar lo admira y distingue, y por eso le otorga complacida el título de Doctor Honoris Causa.

De Venezuela, llega para honrar esta Casa de la Cultura la doctora María Susana Reina López, Directora

en Maracaibo del Instituto Zuliano de Estudios Políticos, Económicos y Sociales.

Sicóloga de la Universidad Católica Andrés Bello y con título en Maestría en Gerencia de Empresas de la Universidad del Zulia, ha prestado sus servicios de educadora en universidades y centros especializados. Sus experiencias las ha recogido en los libros didácticos *El Diario Escolar* y *Diario del Voluntariado*.

La Universidad Simón Bolívar, siempre dispuesta a valorar la creación intelectual de la Patria de nuestro Libertador, le otorga la Orden Académica Simón Bolívar.

Y de la admirada y digna tierra de Martí, vino el Vicerrector de la Universidad de La Habana, doctor Eduardo Bascó.

La Universidad Simón Bolívar mantiene relaciones de intercambio cultural y académico con varias universidades cubanas. Precisamente, el mes pasado un grupo de nuestros jóvenes folcloristas participó en un festival latinoamericano en la Universidad de Santiago de Cuba.

Pese a las exigencias de sus compromisos docentes y administrativos, el doctor Bascó cumple con entrega y agrado la misión de estrechar lazos de amistad entre

nuestras casas de estudios. La Universidad Simón Bolívar quiere estimular tan loable tarea otorgándole la Orden Académica Simón Bolívar.

Volvamos a los libros para dejar constancia de nuestros reconocimientos a las editoriales Grijalbo y Plaza & Janés y a sus directores Jorge Pérez, Carlos Sánchez Montoya y Benjamín Ramírez. La pulcritud y el esmero en todos los libros publicados a los autores vinculados a la Universidad nos satisface. Y en Barranquilla a la Editorial Mejoras, bajo la orientación de Rafael Salcedo y su admirable familia. En su editorial se imprime la Revista *Desarrollo Indoamericano*, tal vez la publicación universitaria de Colombia y América Latina con más amplia circulación, pues de cada número se editan diez mil ejemplares.

A todos ellos y a todos ustedes, generosos amigos, muchas gracias.

(Palabras dichas en la Casa de la Cultura).

El papel de la ciencia económica

El Secretario Perpetuo de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas, doctor Raúl Alameda Ospina, me solicita concepto acerca de la importancia de los estudios de la economía en las universidades del país. Los egresados de la Universidad de Cartagena, que festejan un año más de la fundación de su Alma Mater, quieren que dicte una conferencia sobre teorías y estrategias del desarrollo económico y social.

Se trata de dos temas que obligan a pensar en respuestas y exposiciones saturadas de escepticismos, si el análisis se sujeta a la conducta que predomina, aceptada por nuestros gobernantes y los voceros de la actividad económica.

Nos encontramos bajo el rigor del llamado neolibe-

ralismo, novedosa expresión de un capitalismo a ultranza, o salvaje, que regresa del pasado para recoger la simplicidad teórica del *dejar hacer y pasar*.

Desde ese punto de vista la economía se manifiesta de manera espontánea, libre de agentes intervencionistas perturbadores. Hay manos invisibles, como pensaban los fisiócratas, que orientan y definen conveniencias. El orden natural de la fisiocracia, servía para justificar la preponderancia de la clase terrateniente de los nobles, al valorar la tierra como única fuente de riqueza. Adam Smith, aunque liberal también, superó limitaciones y presentó a la Economía como una verdadera ciencia que encuentra en el trabajo del hombre el origen de la riqueza de las naciones. Y tuvo el cuidado de agregar, a su postulado de la libertad individual, que el Estado está en el deber de ejercer vigilancia en procura del interés social.

Ahora, como en las crudas épocas de la especialización internacional del trabajo, se hace del librecambio y del crudo individualismo, instrumentos adecuados para establecer normas de aparentes conveniencias multilaterales. En cuanto a la política económica, se reduce a una mínima expresión, porque todo depende

de las leyes del mercado, ajenas a la racionalidad, al estudio consciente de fenómenos, de causas y efectos.

Luego, si esto es así, ¿para qué estudiar economía? Al menos que dicho estudio se reduzca a simples especulaciones teóricas, tal como lo quería Keynes, al presentar su Teoría General. El principal objeto de mi libro, dijo entonces el glorificado economista inglés, es ocuparse de las difíciles cuestiones de la teoría, y solo secundariamente de sus aplicaciones prácticas.

Contrario a tales concepciones divulgadas en los centros de poder mundial, a la Economía hay que entenderla como una ciencia social, política, histórica, espacial y humana. Ciencia Social, porque al tratar de las relaciones que engendra entre las personas los fenómenos propios de la producción, distribución y consumo de las mercancías, adquiere la responsabilidad de atender los problemas de la sociedad y la utilización adecuada de los bienes materiales.

Esto mismo podría decirse de su carácter político y humano. E histórica y espacial; por circunscribirse al tiempo y al espacio, como atañe a las disciplinas objetivas. El mismo Keynes, al referirse a las deducciones teóricas de la escuela clásica, observaba en los años

treinta, que ellas “no son las de la sociedad económica que ahora vivimos, razón por la que sus enseñanzas engañan y son desastrosas si intentamos aplicarlas a los hechos reales”.

El catedrático de las universidades del Atlántico y Litoral, doctor Antonio Gutiérrez Rincón, acucioso analista del pensamiento económico europeo y norteamericano, en su tratado de *Historia de las Doctrinas Económicas*, dedica su primer capítulo a un correcto resumen de las distintas definiciones de reconocidos autores, para esclarecer el papel que le corresponde a la ciencia económica en su conjunto, muy especialmente en lo que concierne a la teoría y a las realizaciones. Como bien deduce el profesor Gutiérrez Rincón, el análisis de evidencias no solo es para explicar sino para indagar causas e intentar superar escollos.

Y en los más famosos textos que nos llegan de los países dominantes se tiene cuidado al definir a la Economía como una ciencia social. Todas las ciencias del mundo, decía el ruso Spirodonaba, se dividen en dos grandes sectores: unas tratan de la naturaleza; otras, de la sociedad, y la Economía Política forma parte de las ciencias sociales. Para el estadounidense G. Leland Bach, la Economía comprende el análisis de cómo se

producen y distribuyen las mercancías y servicios, y cómo lograr que esos hechos funcionen mejor. Concretamente, remata el autor, “la economía es el estudio de por qué somos ricos los norteamericanos, mientras dos terceras partes de los habitantes del mundo son aflictivamente pobres”.

De todo lo anterior se deduce que corresponde a los analistas de la realidad económica latinoamericana la responsabilidad de esbozar las sugerencias teóricas de la política económica que asegure un desarrollo apropiado, al considerar a la Economía como una ciencia, más allá de criterios esotéricos y minimizadores.

¿Qué hace usted por Barranquilla?

La pregunta es un buen lema. Sea esta la oportunidad, cuando nuestra ciudad disfruta sus festejos abrileros, para que cada uno de sus habitantes adelante su inventario de realizaciones y piense, o programe, actuaciones venideras.

Y nadie debe esquivar el compromiso, porque en verdad cada quien, desde la edad temprana, tiene a su alcance la oportunidad de expresar sus reconocimientos a la urbe generosa que lo acoge con sus brisas refrescantes.

El cuidado en la limpieza de sus calles, al dejar de arrojar papeles o colillas, hasta la creación intelectual o el trabajo responsable y meritorio, son hechos dignos del aprecio y del reconocimiento. Lo que importa es que cada quien, a su manera y alcance, responda al ideal de

servicio y actúe en los sagrados predios de la gratitud.

Porque el carácter y la belleza de una ciudad se manifiestan de modos diferentes. Así, la urbanidad, el trato familiar y el espíritu alegre de la gente, constituyen modalidades distintivas; el cultivo de las flores y la arborización, gusta al más exigente visitante; la arquitectura acorde con el paisaje, el clima y el ambiente, obligan a la admiración; la cultura, la universidad, el arte, la literatura y el aporte científico, demarcan exigencias.

Para el caso del quehacer intelectual y educativo, el presente se manifiesta esplendoroso. Todas las semanas se publican libros, se exponen pinturas y esculturas, y los centros de enseñanza se amplían y multiplican.

Da gusto recibir cada nueva mañana la tarjeta que invita a la presentación de libros, a la muestra pictórica, a la exposición coreográfica. Nunca como ahora Barranquilla había gozado de tanta afirmación en el compromiso intelectual, ya como sitio adecuado para que los autores de la Costa en su conjunto den a conocer el fruto de su empeño creador, o para que sus moradores presenten sus obras.

En el caso particular de la Universidad Simón Bolívar, que es de lo que nos atrevemos a escribir con algún

conocimiento en la materia, el año pasado sus danzas y grupos folclóricos obtuvieron los primeros lugares en distintos festivales nacionales. Más o menos cada mes el Patio de Actos de su Casa de la Cultura sirvió de escenario concurrido y de regocijo para la presentación de libros escritos en países de América Latina y Colombia.

Y para estos días, de festejo de sus veinticinco años de existencia, se preparan actos culturales, con encuentros de pensadores sociales latinoamericanos, exposiciones de pinturas, presentación de libros, concursos folclóricos, etc.

Ya se aprestan para acudir a la cita de comienzos del mes de mayo los pintores Juan Marichal, de Cartagena, y Pedro Alcázar, de Popayán; el tratadista Ricardo Barrios Zuluaga, con su texto sobre Derecho Municipal; el periodista Óscar Alarcón Núñez, quien ha compilado sus artículos y ensayos publicados en *El Espectador*; el académico e historiador Antonio Cagua Prada, ahora con una biografía de Manuel Belgrano; Abel Ávila Guzmán, sociólogo y científico social con su primera novela, *El Clan de Mamá Cola*; Ismael Correa, y *La Historia de Ciénaga*; y muchos otros escritores de Maracaibo, Caracas, México, San Salvador, Cartagena, Pasto y Bogotá. Precisamente, las casas editoras Grijalbo, Plaza & Janés, y Mejoras, han hecho saber que para esa fecha.

estarán presentes con nuevos volúmenes.

En cuanto a la labor docente la Universidad gozó de prosperidad en 1996 al organizar nuevas carreras y cursos de posgrados. Sus instalaciones físicas se ampliaron, lo mismo que sus bibliotecas. Para este año el Museo Bibliográfico Bolivariano, que ya cuenta con unos mil libros de historiadores del mundo sobre Simón Bolívar, proyecta un segundo piso; a la Biblioteca de Humanidades se le instalará acondicionadores de aire para resguardar sus joyas bibliográficas que comprenden quinientos incunables y ediciones príncipe. La Revista *Desarrollo Indoamericano* mantendrá su tiraje de diez mil ejemplares, impresos en Barranquilla por la Editorial Mejoras, tal vez el mayor en el mundo para un órgano universitario; y los estudios de posgrados y especialización contarán con una edificación adecuada.

Es esto lo que hacemos por nuestra Arenosa siguiendo el ejemplo de las otras universidades y de todos los paisanos (nacidos o huéspedes de ella) que en cada atardecer les complace recordar el esfuerzo del día.

Costumbres



Libros, cine y pinturas

Mis nietos llegan a pasar el fin de semana y el puente y en sus mochilas traen libros y casetes de películas. Entre ellas una comedia repleta de gracia y de un mensaje valedero para todos los países en la dependencia de la televisión. Mejor dicho, de la mala televisión de nuestros días. Es Matilda, la de la niña que gustaba de los libros y sacaba buen provecho de sus lecturas. Su familia, radiografía de un presente de costumbres moldeadas por la frivolidad y el afán del dinero fácil, la desprecia y castiga por no participar de sus conductas. Solo la maestra participa de las virtudes de la niña y juntas, al final, encuentran el camino de la felicidad.

Entonces aprovecho la ocasión para volver a hablarles del mundo de los libros y de la pintura. Y les digo que el libro, a pesar de todo, se defiende y siguen festejando su presencia. En estos días, por ejemplo, no hay semana que las salas destinadas al encuentro de la cofradía intelectual dejen de mostrar sonrisas de autores y

lectores complacidos con los felices acontecimientos.

En mis manos tengo libros de amigos y se los entrego a mis nietos para compartir disfrutes. Entre ellos hay dos que recientemente bautizamos en la Casa de la Cultura. Ramiro Parias Burgos e Ignacio Palacio Palacio, con el respaldo del ejercicio profesional de muchos años, escribieron una *Guía de Criterios para el Diagnóstico y el Tratamiento de la Pediatría*. El ilustre Rector de la Universidad Metropolitana, doctor Eduardo Acosta Bendek, donde ellos regentan la cátedra, ha dejado su autorizada opinión en el prólogo: "Esta obra, conceptúa, es el producto del cultivo de una ejemplar docencia, que a su vez ha venido generando en sus alumnos el mejor de los aprendizajes... Ella viene a enriquecer la literatura médica nacional y llegará a ocupar un puesto de importancia en las bibliotecas".

Y de nuevo, como ya nos tiene acostumbrados su inagotable capacidad creadora, el economista cartagenero Florentino Rico Calvano, entregó a catedráticos y expertos en la materia, un tratado sobre Finanzas Públicas.

Mis nietos conocen al doctor Rico Calvano, porque en las visitas a la bella Cartagena está presente en los actos académicos y universitarios. A ellos les recuerdo

que este buen amigo y discípulo del ayer inolvidable en los claustros de la Universidad de Cartagena, responde al legado de los fecundos cartageneros que en el pasado estudiaron la Economía Política y la Hacienda Pública con ejemplar devoción. Polifacético e incansable trabajador del intelecto, atiende la docencia y hace de la investigación un deber impostergable. Fue Decano de la Facultad de Economía de la Universidad de Cartagena, es Presidente de la Sociedad Bolivarense de Economistas y en los momentos actuales se desempeña como asesor y catedrático de la Universidad IAFIT.

El domingo la abuela programa visitas al Zoológico, la Feria Artesanal y la Casa de la Cultura. Es un día intenso dedicado al goce espiritual. Contemplar animales del África, Asia y Colombia llena de alegría a los muchachos. Y apreciar la cultura del pueblo en la cerámica, los tejidos, la filigrana, etc., afianza respetos por los valores populares. En la Casa de la Cultura aun permanece la exposición "Presencia Visual Poética" del pintor caucano Gustavo Hernández.

El crítico y poeta solía decir: "Todos malgastamos nuestros días buscando el secreto de la vida. Pues bien: el secreto de la vida está en el arte". Y en los tiempos antiguos Plutarco daba su concepto: "La pintura debe ser una poesía muda, y la poesía una pintura que hable".

Otros han encontrado en el artista la función cimera de la virtud creadora, cuando piensan que el obrero trabaja con sus manos, el artesano con manos y cabeza, mientras el artista involucra la trilogía de las manos, el cerebro y el corazón.

En la muestra que desde la Facultad de Arte de la ilustre Universidad del Cauca trajo el maestro Hernández el artista responde con holgura a exigencias, caprichos y refinamientos. Allí está el color en la danza de la armonía que deleita. Símbolos y expresiones intrínsecas aprovechan el misterio de la pincelada para estampar milagros... El milagro poético del contemplar que se detiene en la pausa silenciosa.

Mis nietos se despiden el martes bien temprano. Todos estamos contentos por el provechoso acontecer de los tres días del encuentro. Sobre todo los abuelos, porque ellos cumplieron la promesa de imitar a Matilda.

La gratitud y la amistad

Estos días han sido pródigos en la valiosa expresión del sentimiento solidario.

La gratitud es una virtud. Quien reconoce y agradece hace gala de una distinción ejemplar. En los tiempos actuales, de exagerado individualismo, la envidia, los complejos y el egoísmo suelen maltratar la actuación correcta. Tal vez por eso cuando se expresa complacencia ante el mérito festejado, o se comparten penas en momentos luctuosos, el acontecimiento merece gran valoración. En los predios de la nobleza humana siempre el agradecimiento y el recuerdo afectuoso ocupan lugar distintivo.

De la amistad todo lo que pueda decirse en su favor es poco. Es ella el máximo afecto de pureza. Su circunstancia de entrega desinteresada, le otorga cualidades exclusivas. Cuando la comunidad y los pueblos cosechan la amistad, reflejan madurez en las buenas costumbres.

En unos pocos días he sido testigo de comportamientos adecuados y convenientes. En hechos relacionados con la vida y la muerte he podido apreciar actuaciones meritorias.

La semana pasada dos entidades barranquilleras, una cívica y la otra gremial, ofrecieron homenajes a personalidades en el quehacer educativo y a empresas vinculadas a la actividad económica de la ciudad.

La Sociedad de Mejoras Públicas, legendaria institución del civismo, una vez más hizo del estímulo y el reconocimiento la gran fiesta de la cultura y el espíritu. Brillantes discursos de Alfredo de la Espriella, Libardo Diago y demás oradores; hermosas interpretaciones musicales en el marco de una solemnidad agradable.

La Cámara de Comercio, en una espléndida noche tropical, o, mejor dicho, barranquillera, con la caricia interminablemente repetida de las brisas frescas, conmemoró sus prolíficos ochenta años de existencia. También estuvo allí presente el gesto altruista y el detalle oportuno: el sacerdote y educador Stanley Matutis, recibió condecoración y las más importantes empresas industriales, placas especiales. Una exposición de fotografías de la historia de la Cámara de Comercio preparada por Alfredo de la Espriella permitió a los asistentes saborear las costumbres de un ayer esplendoroso.

En el lado opuesto, el de la pesadumbre, compartí tristezas con centenares de compañeros de labores al despedir dos profesores. En Tubará, Efraim Coll, en pleno disfrute de una juventud creadora, murió inesperadamente. Dos cuadras repletas de vecinos y colegas recorrieron las calles onduladas de su municipio natal, para dejar constancia de aflicción por el infausto suceso.

Dos días después nos abandonó el veterano cate-drático, doctor Alberto Galeano. Toda una vida de varias décadas la dedicó a la enseñanza.

En verdad, la labor pedagógica es la más plausible de las profesiones conocidas. Ella implica alta responsabilidad y entrega. Educar es adquirir compromiso sagrado en el perfeccionamiento de las facultades intelectuales y morales de los otros. Es un privilegio que supone el máximo cuidado y sacrificio. Un profesor no puede dejar de estudiar e investigar para poder cumplir con las exigencias del oficio. Podría decirse que el esfuerzo se compensa en plenitud con los resultados. Vale decir, al comprobar que la palabra y el conocimiento que se divulga, fructifica en el educando. Y esto se comprueba a través de la respuesta agradecida. Como pude apreciarlo la tarde del entierro del doctor Galeano, en los ojos llorosos de sus discípulos.

El papel de los periodistas

El Día del Periodista todos estábamos fraternalmente reunidos en la Iglesia de San Roque. Y no solo los súbditos de San Francisco de Sales, el protector de los profesionales de la información y el análisis de los acontecimientos, sino, además, los voceros de la ciudad.

Allí estrechaban sus manos en saludos cordiales las autoridades administrativas, militares y eclesiásticas, los directores de los diarios, rectores universitarios, congresistas, diputados, concejales, dirigentes populares, catedráticos, intelectuales. Milagros del ilustre sacerdote, doctor Stanley Matutis. Naturalmente, con la ayuda de María Auxiliadora.

Y digo eso, porque nuestra amada ciudad, antes ejemplo de convivencia saludable, siente ahora los maltratos de la exagerada individualidad que en algunos

casos involucra sentimientos negativos con rasgos de egoísmos, envidias y complejos.

Bueno, el sermón del padre Matutis fue brillante y acertado en el reconocimiento del papel que le corresponde al periodista en la comunidad. Sus juicios sobre la moral, entrega y altruismo que obligan en el servicio profesional, así como el desinterés, la ponderación y el respeto ante el lector u oyente, son mensajes de oportuno recuerdo en estos tiempos confusos doblegados por conductas dinerarias. Momentos difíciles, hay que decirlo, de defensa de intereses personales en nombre de libertades de expresión, algunas veces conducidas, también, a los predios del libertinaje y el abuso sensacionalista.

Después de la santa misa, el Círculo de Periodistas de Barranquilla rindió homenaje a los doctores Juan B. Fernández, Director de *El Herald*o; Roberto Esper, Director de *La Libertad*; Nelson Polo, Gobernador del Departamento; Bernardo Hoyos, ex Alcalde de la ciudad; Stanley Matutis, Armando Blanco Dugand y David Name, a quienes otorgaron pergaminos y Botones de Oro.

En su discurso el Presidente del Círculo, Manuel Badrán, reconoció los méritos de los ilustres barranquilleros condecorados e invitó a los asistentes, en nombre de sus compañeros de directiva, periodistas José Iguarán Durán, Orlando Vargas Palmera, Nicanor Lobo Viloría

y Ricardo Díaz de la Rosa, a disfrutar un refrigerio.

En la cara opuesta al deleite del encuentro con tantos y agradables amigos en la Iglesia de San Roque, me entristece la muerte de Hernán Berdugo y Aníbal Consuegra.

Político de tiempo completo, desde su juventud el doctor Hernán Berdugo llevó la vocería de la provincia del Atlántico en la Cámara de Representantes. Al recordarlo es necesario decir que fue exacta dimensión del habitante de Sabanalarga y de todos los demás municipios y corregimientos. Auténtico y genuino en su sentir y hablar, se mantenía en permanente vigilancia en procura de la distribución equitativa de los recursos públicos en el conjunto de las distintas poblaciones.

La masiva concurrencia de campesinos, amigos, contendores y pueblo en general, el día de su entierro, fue muestra elocuente de testimonio de reconocimiento y gratitud al desaparecido conductor. Para sus hijos, su dignísima esposa, doña Irma Llinás, y para todos sus familiares y allegados, mis sentidas condolencias.

Aníbal Consuegra sirvió por entero al periodismo como para cumplir con fidelidad y entrega el legado de sus antepasados. Siempre lo admiré en su constancia y buen ánimo. A todos los suyos, que son también los míos, el sentimiento solidario.

Carnavales y alegría

Desde temprano estaba en los palcos del doctor Héctor Amarís Piñeres esperando con los míos el inicio de la Batalla de las Flores. A mí me gusta llamar ese ramillete armonioso de folclor y armonía, Fiesta de las Flores. Porque de las veintiséis definiciones y acepciones del Diccionario, solo una recoge el significado del regocijo público que se inicia el Sábado de Carnaval. Todas las demás se refieren a acciones bélicas o guerras entre combatientes. Eso sí, el DRAE hace mención a la “batalla de flores, donde se arrojan flores”. Aunque pienso que mejor sería “con flores”, porque las flores no combaten.

La tarde era apropiada para el casi interminable desfile de disfraces y bailarines. Brisa fresca y cielo azul surcado por una ráfaga de nubecillas blancas en forma de arco. Y, como para justificar el nombre, allí estaban los silleteros antioqueños con expresivas alegorías de rosas y claveles en amistoso y elocuente mensaje colombiano. Ese detalle de valoración de nuestra tradición

festiva me agradó mucho. Yo no comprendo cómo algunos residentes en la ciudad se van a los balnearios u otros sitios despreciando el Carnaval. Eso sería tanto como si un cartagenero huyera del jubiloso recordatorio del Once de Noviembre.

El Carnaval de Barranquilla debe convertirse en un gran motivo nacional de esparcimiento y estima de la cultura popular. No se trata únicamente de la ocasión para la diversión, por cierto, necesaria, en estos tiempos de estrés, violencia y recelos. Es, también, el gozo del espectáculo de los desfiles casi interminables del folclor y la gracia. Decenas de miles de danzarines, con vistosas vestimentas y seriedad en el compromiso de la interpretación coreográfica.

El esplendor de la cumbia, el mapalé, el fandango, el vallenato, y de todos los aires musicales de la Costa y de otras regiones del país, mostrándose en las calles bajo el respaldo de la claridad del sol y el estímulo de los aplausos.

Las familias Tinoco y Rico, dedicadas en Cartagena a los rigores de la enseñanza universitaria, no se movieron de sus asientos en las cinco horas del paseo del sábado, ni mucho menos en las seis de la Gran Parada del domingo. Nada les importó que las históricas murallas

estuviesen un par de días sin su vigilancia y cuidado.

El Carnaval integra. Allí están todos en un mismo torbellino de jolgorio. Familias, vecinos y conocidos compartiendo sin muestras de cansancio. Y no se trata de improvisaciones en el arrebató del festín y el embrujo de la flauta de millo y los tambores sonoros. Porque todo el año practican sus ritmos y cuidan sus vestidos. Muchos son ancianos y carentes de caudales, apenas con ingresos para subsistir. Pero allí están mostrando sonrisas y llevando el compás.

Por todo eso, en medio de la plenitud de la diversión, me apénaba ver al pueblo en la estrecha acera del sol, con máxima incomodidad para contemplar el desfile de los suyos. Entonces me preguntaba: ¿Por qué la Alcaldía, la Gobernación, la Telefónica y tantos otros entes oficiales, que gastan dinero en publicidad, no lo invierten en la construcción de las tarimas llamadas palcos para el uso gratuito de los desposeídos?

El lunes, ante la avalancha monorrítmica merenguera del Festival de Orquestas, fui a compartir en Cirdamayer la música nuestra con los profesores Aquiles Escalante y Gerardo Pombo. Allí se podían escuchar los porros, gaitas, cumbias, vallenatos y tantas más expresiones criollas para recordarnos ese ayer sin ruidos estridentes

y rompetímpanos de parlantes que impiden apreciar en plenitud el sonido de cada uno de los instrumentos. Entonces no importaba el tamaño del salón, ya se tratará del Carioca, El Burrero, La Bamba o el patio de una casa. En todos esos diversos sitios, los micrófonos y amplificadores nada tenían que hacer. Más aún, al terminar una tanda se ofrecía una pausa reconfortante para los comentarios o la conversación amistosa.

Tal vez por eso, como genuina representante del gusto y el mensaje de la cadena auténtica, la profesora Maritza de Parejo, Premio Nacional de Pareja Solista de Cumbia, con su esposo Agustín, no permite que nadie coloque micrófonos al lado de las gaitas, flautas de millo o llamadores, cuando los grupos folclóricos actúan en el Patio de Actos de la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar.

Bueno, que viva el Carnaval para siempre con sus marimondas, monocucos, congos, garabatos, toritos y cumbiamberos.

El Colonialismo intelectual

El novelista Ramón Molinares me entrega emocionado el Magazín Dominical de *El Espectador*, donde aparecen interesantes declaraciones del poeta africano Mazini Kunene. En reportaje concedido a la periodista Claudia Antonia Arcila, el escritor negro se refiere al coloniaje intelectual que doblga la dignidad de nuestra gente.

A la pregunta acerca del significado del encuentro en Medellín con poetas de regiones del mundo que han vivido una larga historia de coloniaje, Kunene, de manera directa y aleccionadora, responde. "El Festival (de Medellín) es un problema para mí porque hay una limitante. Acá, la poesía se vive de manera diferente a mi país. Para ustedes es muy importante que venga gente de afuera y lean sus textos, y que la fiesta gire en torno a ellos. ¿Dónde están los poetas nativos? No los

vi. Para mí se vive una situación de coloniaje. Lo siento. Pero eso es lo que he visto no solo acá. En México tuve la misma sensación... Lo que siento es una situación aguda de coloniaje”.

Para los economistas no es nada nuevo el fenómeno de la dependencia cultural. Tal vez en el campo de las ciencias sociales, políticas, económicas, el fenómeno es mucho más caracterizado. Por lo menos los poetas se atreven a cantarle en nuestros días a su paisaje y a su música. Es cierto que en el pasado los camellos o las princesas tristes eran motivo de inquietudes y esfuerzos en la búsqueda de la rima adecuada. Pero, en los últimos años, los tambores, al sonar de la caña, como dice el afortunado compositor, el ancestro y el grito de la madre que reclama justicia, motivan la creación literaria.

En nuestras universidades se sigue repitiendo sin ninguna clase de pudor lo que recogen en sus páginas los textos extranjeros. Esta es la regla general. Y, naturalmente, después de terminar estudios, como para darle consistencia al barniz, todo el que puede hacerlo, sigue al extranjero, a los grandes centros de dominio, en busca de mayor aculturación.

En días pasados conversaba con el escritor David Sánchez Juliaio, nuevo Embajador colombiano en

Egipto. Y con su amistad a toda prueba me hacía saber que apenas estuviera allá pensaba hacerme invitar por la Universidad de El Cairo. De inmediato respondí: Y bien ganada tengo la invitación, porque bastante fueron las noches de desvelos repitiendo los nombres difíciles de pronunciar de decenas de faraones y pirámides en el estudio de la historia de las regiones orientales del pasado. Y con la gracia en el hablar y escribir del genial loriqueño, me comentó: –Historia que a lo mejor ni los mismos egipcios se aprendían, con el rigor de los castigos, como nosotros.

Entonces me recordó la anécdota que él escribiera sobre mi visita a Atenas, la tarde que visité la Academia de Platón, en plena sesión de sus miembros, y uno de ellos, que hablaba castellano, después de conversar conmigo sobre *La República* y *Los Diálogos*, tuvo la ocurrencia de llamarme erudito. Erudito no, subdesarrollado, le repliqué. Porque el subdesarrollo consiste en eso; en saber más de lo ajeno que de lo propio.

En el análisis que los investigadores sociales de América Latina hacen del subdesarrollo, la dependencia ideológica y cultural juega un papel significativo. Es algo simple. Porque una economía nacional supone la existencia de una estrategia en la búsqueda de objetivos. Precisamente, la política económica es eso, vale decir,

la conducta que el Estado asume para sortear dificultades y lograr unas metas. Todo lo cual obliga a considerar que, no obstante la reciprocidad que los intercambios y relaciones presumen, la realidad concreta exige una particular operancia que debe responder a un pensar o a una deducción conveniente, ya que lo bueno para una economía no lo es, necesariamente, para otra.

En estas lucubraciones de nunca acabar, ya expuestas en libros y ensayos, apenas si me atrevo a observarle al novelista Molinares que, además del coloniaje exterior, también existe el colonialismo interno, como para agravar más el asunto. Así, en esta deformación de los valores que propicia el subdesarrollo, gracias al centralismo, unas regiones asumen el papel de metrópolis, digamos el caso de Bogotá, y otras de especie de colonias sometidas y tributarias. Si no, que mi buen amigo se lo pregunte a muchos de sus colegas que solo leen los diarios y los autores capitalinos, o se dan el lujo, con rebozante complejo, de auspiciar encuentros en nuestros predios de escritores, con la exclusiva presencia de los residentes en la Atenas (o Antanas, como ahora llaman los humoristas) suramericana. Y que no se entere de esto el poeta Mazini Kunene...

Centralismo, libros y gobierno

Qué grato fue mirar la otra tarde el Patio de Actos de la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar honrado con la presencia de personalidades representativas de las distintas regiones del país. Siempre hemos tenido el cuidado de patrocinar esa conducta y así lo seguiremos haciendo siempre.

Al centralismo lo hemos analizado en nuestros libros de Economía Política como muestra y causa de subdesarrollo. Porque el centralismo distorsiona y desintegra. Su práctica absurda cumple el papel en el ámbito nacional del imperialismo en lo internacional. De su ejercicio se desprende el aprovechamiento desigual de la riqueza del territorio patrio, el desprecio por los valores de otras partes, etc.

La mejor respuesta al centralismo discriminador y

prepotente es y debe ser su contrario: disposición, ánimo y práctica del espíritu abierto y fraterno con todo lo que involucre la nacionalidad.

En la historia del subdesarrollo, la dependencia cultural juega un papel importante. Como decía el maestro Rodríguez, nos la pasamos imitando todo. Sin embargo, algunas elocuentes y positivas realidades de las potencias desarrolladas se ignoran. Por ejemplo, en los Estados Unidos, su capital, Washington, es una ciudad de poca importancia en lo demográfico y productivo. Sin lugar a dudas el sistema federal, que involucra una política y una estrategia descentralista, ha contribuido al desarrollo de esa nación.

Esa tarde de fiesta académica y cultural se presentaron libros de escritores de distintos departamentos de Colombia y se abrió la exposición de las pinturas de un artista de la lejana y culta Popayán. De la misma manera se le rindió homenaje a figuras de la intelectualidad nacional.

Qué distinto a lo que se puede apreciar en el triste muestrario del proceder centralista. Por ejemplo, en días pasados adquirí docenas de libros editados por el Banco de la República. Allí, en el campo de las biografías, de la política, la economía y la hacienda pública, o de la obra intelectual en general, están muchos, pero casi nada

de los costeños, digamos por caso, de los hacendistas José María del Castillo y Rada y Rafael Núñez, de los economistas Antonio de Narváez y La Torre y José Ignacio de Pombo, precursores del pensamiento económico colombiano. En el área de la literatura sucede lo mismo.

En la presente semana viajó al África el señor Presidente de la República con un séquito de ochenta personas. La prensa publicó la lista de los periodistas y órganos de información invitados. No se quedó por fuera de la lista ningún diario o noticiero de televisión de la capital. Pero también se tuvo el riguroso cuidado de omitir los de otras ciudades. En la lista no aparecía *El Herald*, ni *La Libertad*, de Barranquilla; *El Colombiano* o *El Mundo*, de Medellín; *El País* u *Occidente*, de Cali; *El Universal* ni *El Periódico*, de Cartagena; *El Diario de la Frontera*, de Cúcuta; *Vanguardia*, de Bucaramanga, etc., como tampoco ninguno de los noticieros de Telecaribe, Teleantioquia o Telepacífico.

Y, como si eso fuese poco, el señor Presidente en uno de sus discursos declaró que en Kenia se había enterado que Palenque, en la Costa Norte de Colombia, era uno de los sitios del mundo donde mejor se conservaban las expresiones culturales de la África negra de la época colonial americana.

Lo triste de este acontecer es que el centralismo genera dependencia cultural, económica y política y, por ende, complejos de inferioridad. Por eso es corriente apreciar en muchas personas y organismos responsables de divulgar el feliz acontecimiento del suceso idóneo y del crear intelectual propio con aprecio limitado, mientras se acoge lo del centro como máxima expresión del pensar y el arte nacional.

Alguna vez me referí al comentario que los directivos de las casas editoras Plaza & Janés y Grijalbo me hicieron cuando les reclamé que mis libros y los de otros autores locales no los encontraban en las librerías barranquilleras. Es que las librerías de su ciudad solo reciben sus libros y los de sus paisanos en calidad de consignación, me contestaron. Y hasta en mi propia Universidad Simón Bolívar debo estar librando batallas con los distinguidos profesores responsables de los cursos de posgrados, porque sus simpatías se inclinan marcadamente a traer conferencistas de la capital, con olvido manifiesto de los sobresalientes personajes de la cátedra costeña.

En verdad que el centralismo nos doblega y hace daño. Por eso se hace necesario revivir esfuerzos para superar sus nefastas consecuencias en beneficio de todo el país.

El Derecho Municipal

Desde muy temprana edad me apasionaba el Derecho Municipal, siempre me la pasaba consultando textos sobre la materia. La razón era única: mis paisanos vivían obsesionados con la idea del Municipio.

Mi pueblo, Isabel López, corregimiento del Municipio de Sabanalarga, fue alguna vez, —en los años de Pedro Pastor Consuegra, el periodista fundador del diario *La Nación* y parlamentario, y de José P. Esmeral, el jurista y político, Consejero de Estado y director de *El Liberal* de Pedro Juan Navarro—, cabecera municipal.

Eran los tiempos, en que las tierras fecundas que rodeaban a mi aldea pertenecían a sus propios habitantes y las familias emulaban con orgullo en el trabajo agrícola y en la defensa de tradiciones y costumbres.

Los jóvenes con inquietudes intelectuales y políticas participábamos también de la justa aspiración y hacía-

mos de ella la bandera permanente de agitación partidista.

Precisamente, hace unos días el ilustre magistrado doctor Enrique A. Llinás Salazar, me hizo llegar un regalo que gratamente me conduce a un pasado ya casi perdido en los rincones de la memoria. Se trata del número 9 de *Paladín*, del 23 de abril de 1949, el periódico que dirigía en Sabanalarga el joven periodista José de la C. Mendoza. Allí, en ese semanario de afirmación ideológica "al servicio de las grandes aspiraciones patrióticas que siguen las orientaciones marcadas por Jorge Eliécer Gaitán, sacrificado en aras de la libertad democrática colombiana", como se podía leer en su lema, se informa a los lectores ampliamente sobre mi candidatura a la Asamblea Departamental y el respaldo que recibía de los campesinos,

El domingo de las elecciones en mi corregimiento sus habitantes dejaron a un lado los colores banderizos para acudir unidos a las urnas. Más que todo actuaron así porque el niño Joche, el hijo de la niña Emilia, ya tenía redactado el Proyecto de Ordenanza para elevar a Isabel López a la categoría de Municipio.

Lamentablemente los "cancamanes" de la política, después de mi elección, descubrieron que yo solo tenía

veinte y pico de años y el mínimo requerido era de treinta.

Cuando charlo sobre estos temas con el ex alcalde de El Guamo, escritor y sociólogo Abel Ávila Guzmán, ríe a carcajadas con la anécdota que cuento en uno de mis libros: En una de esas tardes de acostumbrada inspiración oratoria a una multitud delirante en un pueblo del sur del departamento de Bolívar, después del discurso dedicado al compromiso con la restauración moral y la búsqueda de la pulcritud administrativa, un concejal gaitanista ofreció un espléndido agasajo al caudillo. Gaitán sorprendido por tantas viandas y licores, con ánimo de agradecer al anfitrión, preguntó por el imaginado personaje. El Mono paga, docto, fue la respuesta del pintoresco edil.

Ante la insistencia de Gaitán por conocer el nombre y al señor "Mono", el concejal le dijo en puro acento y expresión costeña: ¿Cuál señor, docto? ¡Es el monicipio!

Tantos años después valoro ahora con simpatía solidaria el entusiasmo del doctor Ricardo Barrios Zuluaga, el ex congresista y catedrático, entregado de lleno a su nuevo libro o, mejor dicho, a su tratado sobre el Municipio Contemporáneo.

Quiero escribir de Barrios Zuluaga, el lujo mimado de Ciénaga y poblados vecinos de la heroica ciudadela, un poco libre de su fecundo pasado. Porque su hoja de vida llena varias cuartillas, como político, ideólogo, escritor y educador. Bastaría recordar que sus conocimientos, experiencias y juicios fueron oportunamente apreciados por los constituyentes que tuvieron a su cargo la redacción de la Constitución de 1991.

Más bien me limitaré a rendir un homenaje de admiración al Ricardo Barrios Zuluaga del presente, veterano creador, pleno de vigor e incansable en el quehacer intelectual. En su tratado el autor ofrece una garantía triple: erudita investigación, dominio del tema y experiencia como alcalde que fue de su ciudad.

Los muchos años del ejercicio responsable de la cátedra de Derecho Municipal, la lectura de centenares de libros, ensayos y normas legales y el conocimiento que concede la vivencia, otorgan autoridad en la materia. Fruto de ese cúmulo de facultades es este libro del doctor Barrios Zuluaga, que llega en momentos oportunos de reivindicación regional a enriquecer la bibliografía colombiana.

Candidatos a la alcaldía y la seriedad

No hemos podido entender el mensaje, o el carácter grave en los rostros, de los candidatos a la Alcaldía. Podríamos, decir, desde una posición cómoda, pero sincera, que los cuatro candidatos que aspiran a dirigir los destinos de la ciudad, son dignos de la confianza del pueblo. Personajes ellos con excelentes hojas de servicio a la comunidad, responden con visible saldo favorable al muy apreciado honor de residir en sus predios. Porque, bueno es repetirlo, para ser un buen barranquillero, no es indispensable haber nacido en Barranquilla. Ahí está la muestra de la correcta administración del padre Hoyos, pese a sus deslices oratorios dominicales, y las realizaciones de tantos senadores, representantes, diputados, concejales, empresarios, etc., que han tenido y tienen la representación de la ciudad.

El periodista y abogado, doctor Ventura Díaz Mejía,

reclama seriedad. Quiere que Barranquilla sea seria. Me imagino que se refiere al manejo correcto que debe darse siempre a la administración pública. Y esto es loable y sensato. Porque pensar que la urbe se despoje de su idiosincrasia, del salero, como dicen los españoles, la gracia, la descomplicación y la alegría, que son las características que enriquecen su patrimonio, es mejor ni suponerlo. Porque, como comentaba con ingenio Gonzalo Conde Abello, sería tanto como cambiar los Carnavales por la Semana Santa de Popayán.

Aunque en el Diccionario de la Academia son varias las acepciones que pueden leerse, entre nosotros seriedad, cualidad de serio, es, sinónimo de "severo en el semblante, en el modo de mirar o hablar". Más o menos, comentaba el sociólogo Abel Ávila, como son los compatriotas de las ciudades y pueblos de las alturas de Boyacá o Santanderes. Pero, con la diferencia, agregamos nosotros, de gozar allá de un clima más apacible. Porque acá, con este calorcito, el vivir introvertido, reservado o cauteloso, al decir de los muchachos, no paga.

Ojalá Barranquilla nunca cambie su manera de ser, rebosante de jolgorio, dispuesta a otorgar permiso de convivencia al velorio y la parranda; a mantener la sonrisa en disposición gratuita para reemplazar la tristeza y la pena.

Al joven galeno Edgar George González, nunca lo hemos visto sonreír en sus variadas intervenciones en la televisión, ni mucho menos hacer uso del gracejo. Lo mismo podríamos decir del dinámico ejecutivo, doctor Eduardo Verano de la Rosa, con su muy circunspecta barba poblada de usanza en otros tiempos, y del doctor Carlos Bell Lemus, y su demasiado ánimo para la polémica.

En la campaña electoral para la Presidencia de la República, sucedió algo desconcertante. De los tres candidatos cercanos a nuestras simpatías, dos por ser de la región y el otro por amigo y cierta afinidad en tesis económicas y sociales, el único que se mostraba como costeño, al hacer uso en el diálogo y el discurso del chiste y la exposición graciosa, era el cachaco, ahora, y en buena hora, huésped del Palacio de Nariño. Los otros exageraban la severidad, hasta el punto de que uno de ellos, el general Maza, reconoció que la "cara no le favorecía".

No quiere decir lo anterior que estemos clamando por algo parecido al estilo de los candidatos a la Alcaldía de Bogotá. Eso, hasta cierto punto, solo puede explicarse en la confusión y la decadencia de nuestros tiempos. Y peor sería irse al extremo de imitar la bufonada demagógica.

Contrario a todo eso, los buenos propósitos de los

cuatro candidatos y sus programas de gobierno, si se dan a conocer con la alegría barranquillera y el sabor costeño, se ponen más a tono con el muy particular temperamento de esta tierra. Porque así conocimos a Barranquilla y queremos seguir gozándola: juguetona con las brisas, desprevenida y confiada; siempre cadenciosa al ritmo de la cumbia y de toda nota musical que induzca al movimiento.

En fin, dispuesta y animosa en el estímulo al regocijo de vivir. Porque, como jocosamente anotaba Edmon Jaloux, la seriedad es apropiada para dos acontecimientos en la vida: cuando se nace y cuando se muere, y son esos actos tan serios que resulta inútil intentar otros.

La euforia verbal de los candidatos

Siempre en los días cercanos a las elecciones los ánimos se caldean, como suele decirse en comentarios de tertulias. Eso es natural, porque al fin y al cabo la actividad proselitista semeja una contienda. Podría decirse que la democracia permite esas larguras.

Sin embargo, cada momento histórico reclama una conducta particular que debe responder a las condiciones prevalecientes en salvaguardia de la convivencia y la paz.

Por ejemplo, en la situación actual que vive el país, de violencia, inseguridad e intolerancia, la prudencia, el recato verbal y la moderación parecen reclamar un mayor cultivo.

Es cierto que las ideas hay que defenderlas con má-

ximo de entusiasmo. Cada cual puede darse el lujo de pregonar sus tesis ideológicas con la fuerza de sus convicciones. Incluso, los programas de trabajo y de anheladas realizaciones en las responsabilidades que la comunidad espera de sus gobernantes y legisladores, bien pueden pregonarse y respaldarse con toda la amplitud necesaria.

No obstante, todo lo anterior no tiene por qué involucrar la ofensa o el descrédito de los otros aspirantes. Y una conducta prudente es tan necesaria en estos tiempos cuando el país se desangra en la barbarie de la violencia.

Se sabe que Barranquilla no presenta las características extremas de otras capitales, pero los síntomas son preocupantes. Todos los días la prensa, la televisión y la radio informan sobre el aumento de los crímenes y de la inseguridad. La ciudad crece y también los problemas sociales. Precisamente, su reconocida tradición de urbe cosmopolita, abierta, sin prejuicio y amante de la concordia, la muestran como sitio ideal para el refugio de los desplazados.

Este fenómeno unido a las contradicciones propias del sistema económico predominante, por cierto ahora más que nunca agravadas con el irracional neoliberalismo, permite acrecentar la injusticia social, los ba-

rrios marginados, la insalubridad, el analfabetismo y el desempleo, semillas fecundas y lógicas para la insurgencia y el descontento. Consecuencias que degeneran, por desgracia, en violencia y simple práctica de delitos comunes o, para ser más exacto, poco comunes, por lo menos si se recuerdan mejores tiempos del pasado.

No resulta, pues, nada imprudente ni molesto, solicitar a los señores candidatos a la Gobernación del Atlántico, a las alcaldías municipales, a la Asamblea Departamental y a los Concejos, y con particularidad a los que aspiran a dirigir los destinos de Barranquilla, que contribuyan con la cordura oratoria a propiciar el sosiego y la concordia. Porque el equilibrio y la templanza aseguran la armonía.

Se dice que Marx dijo que la violencia era una especie de partera de la revolución. Tal vez el gran pensador alemán se refirió a la insurgencia. Porque la violencia solo destruye y desvirtúa. Y violento, en su más exacta acepción, según el Diccionario de la Academia, es sinónimo de genio arrebatado e impetuoso que se deja llevar fácilmente de la ira. Y cuando las cosas andan mal y la intranquilidad, el temor y la desconfianza imperan en el ambiente, no hay nada más reconfortante que ofrecer, cada quien y de manera entusiasta, su cuota en beneficio de la paz al hacer uso adecuado de la expresión oral.

Neoliberalismo, saber y subdesarrollo

Mi buen amigo el sociólogo Abel Ávila se encuentra tecleando la Olivetti de cuarenta años de edad y, con risita burlona, hace saber a los contertulios que ya tiene computador de pantalla y todo. Está deslumbrado y no comprende mi atraso. Entonces solo se me ocurre decirle, a manera de chanza, que el asunto puede explicarse si se tiene en cuenta el lugar de nuestros nacimientos: Él, de Lata, corregimiento de El Guamo, en Bolívar, y yo, de Isabel López, corregimiento de Sabanalarga. Como Lata está distante de Barranquilla y Cartagena, es más primitivo. Vale decir, más vulnerable a los espejitos de los conquistadores de estos tiempos.

Porque, en verdad, se trata de un fenómeno propio del subdesarrollo que involucra el efecto demostración de que hablan los economistas. Por ejemplo, cuando acompaño a dona Anita a los bancos, más son las veces

que recibimos la respuesta del "sistema caído" por interrupciones en fluido eléctrico, al solicitar los saldos. Antes nada de eso ocurría, y "con luz" o "sin luz", el empleado sabía leer las tarjetas de los clientes. Cuando me acerco a comprar frutas, los expendedores son incapaces de sumar de memoria los doscientos pesos del mango con los doscientos pesos del níspero, y tienen que hacer uso de la pequeña calculadora.

Todo este tipo de dependencia que se nos impone desde afuera, permite en nuestros días a los ideólogos de las potencias dominadoras difundir un radical concepto acerca de la importancia y necesidad de importar conocimientos. Y, así se dice que somos subdesarrollados o diferentes a los desarrollados, porque sabemos menos. Hace dos décadas la interpretación era otra: todo se debía a la fecundidad de nuestras madres, o al hecho de ser católicos y no protestantes, mestizos y no blancos, perezosos y no diligentes, etc.

Sin restarle un milímetro a la importancia de la educación, tan necesaria como justa, hay necesidad de distinguir, a fin de no caer en la trampa de entregar los recursos para consumir una tecnología y unos conocimientos de conveniencia para los dominadores, tal como viene sucediendo en este mundo del neoliberalismo.

En el campo de la ciencia económica, por ejemplo, toda estrategia debe responder a la realidad concreta de cada economía. Porque lo que conviene a un espacio económicamente necesariamente no tiene que ser provechoso para otro país. La Ilustración o la erudición son insuficientes en el destino de los pueblos si los conocimientos aprendidos no responden a los intereses de la comunidad.

Sobre este tema recuerdo una anécdota con mi amigo Álvaro Martelo de la Hoz, funcionario de Avianca, miembro de la directiva del Sindicato de esa empresa y simpatizante inmovible de la ex Unión Soviética.

Una mañana, como frecuentemente lo hago, me acerqué al sitio de los apartados, y comentamos un artículo donde lamentaba la situación impuesta por las empresas aéreas, de marcado y absurdo centralismo, que obliga al usuario ir a Bogotá primero para poder llegar a Valledupar, Sincelejo o Cartagena. Le reclamé entonces un compromiso de los trabajadores locales en favor de la región. Me replicó que poco podía hacerse ante una masa en buena parte integrada por ignorantes que no podían educarse por los altos costos de las matrículas en los colegios y universidades.

De inmediato aproveché la oportunidad, para recor-

darle que los obreros ingleses que hicieron posible la revolución industrial del capitalismo eran analfabetos; que los soldados de Bolívar no sabían leer ni escribir, y el mismo Libertador y la mayoría de sus generales, jamás pasaron por universidades; que en la revolución soviética apenas Lenin era abogado y pocos los intelectuales al estilo de Trotsky. Por el contrario, al socialismo lo acabaron los doctores, pues yo estuve bien cerca de los acontecimientos y comprobé que en la Unión Soviética había más profesionales por habitante que en cualquier otro país del orbe.

En estos casos habría necesidad de pensar que los obreros de Manchester, los soldados de la independencia, los camaradas de Leningrado, contaban con dirigentes que sabían para dónde iban e interpretaban sus aspiraciones. El asunto, pues, es ir más allá de la compra de cultura, y más bien propiciar la educación adecuada. No es preciso tener muchos libros ni muchos conocimientos, razonaba Séneca, sino tener los necesarios, buenos y adecuados. El gran educador de libertadores, el maestro de Bolívar, don Simón Rodríguez, pregonaba sin cesar que era insensato orientarnos por el código de Washington.

Además, ¿de qué sirve conocer, digamos por caso, los adelantos de la tecnología agrícola y mandar a

nuestros agrónomos a educarse en el extranjero, si acá la tierra está en poder de terratenientes que esperan el engorde de la valorización mientras el pueblo se muere de hambre? ¿Para qué conocer los secretos de la tecnología industrial, si las divisas se malgastan en la importación de artículos suntuarios y baratijas, y desde hace lustros, como afirma con sobrada razón el doctor Hernando Celedón Manotas, no se ha instalado una nueva fábrica?

Barranquilla y la belleza de lo nuestro

Es viejo el decir que nadie aprecia lo que tiene hasta cuando lo pierde. Siempre estamos quejumbrosos, y muchas veces sin motivo. Cuando hablo por teléfono con amigos residentes en Bogotá, desde el saludo expresan inconformismo. ¿Cómo estás?, pregunto. Y la respuesta casi siempre es la misma: Aquí, aguantando frío y lluvia. En Barranquilla, Cartagena, Santa Marta, o Riohacha, sucede algo similar, pero con problema distinto: ¡Qué calor! ¡Esto no se puede soportar, y ni siquiera llueve!, es el comentario que ronda de boca en boca.

Y mi crítica no cambia: ¿Qué otra gracia natural tiene Bogotá —que acabó con los cerros y la sabana— distinta al frescor de su clima y el lento y poético caer de las lloviznas? ¿Y quién vendría de las lomas y otras lejanías a estos lugares si no fuese por el calorcito, el brillante sol y la ternura de las brisas?

Yo gozo cada estación de mi ciudad. En estos días las acacias y las lluvias de oro embellecen las avenidas del viejo Prado. Es verdad que solo miro hacia arriba para no ver el triste espectáculo de los troncos pintorreados. Porque no sé a quién se le ocurrió pintar los legendarios cauchos, robles y acacias sin respeto a sus vestiduras naturales. Ojalá el señor Alcalde no permita que esto suceda en otros barrios, para bien de la estética urbana y la salud de los árboles.

Y, a propósito de ellos, duele comprobar que la avalancha de las construcciones los destruye. En cada casa demolida, para dar paso a un edificio, los árboles sufren las consecuencias. Entristecido por esa realidad, la otra tarde el médico Francisco Albor me informó que piensa dirigirse a la autoridad pertinente para solicitar la protección de un frondoso pivijay de la Carrera 51B con Calle 79, amenazado por futuros rascacielos.

El doctor Leonello Marthe Zapata, incansable guardián de parte de la historia de Barranquilla en el Cementerio Universal, donde cuida sepulcros y panteones, y quien acaba de escribir un libro sobre ese tema, expresaba su disgusto cuando un visitante de La Perla propuso que violaran las pinturas originales de las paredes para instalar acondicionadores de aire. Aquí, en este sitio, bajo el solo paso juguetero de los alisios, replicó el

ginecólogo y catedrático, García Márquez y Cepeda Samudio escribieron sus mejores libros, y Obregón llenó de colores los lienzos que hoy representan la pintura colombiana de estos tiempos.

La sicóloga y decana Luisa Osorio, con sonrisa propia de complacencia por el provecho del existir apropiado, comentaba entonces, casi en susurro: con tanto enfriamiento artificial no quieren dejarnos sitios para lucir un abaniquito criollo, de esos que tejen con gracia en San Jacinto y en Usiacurí, tal como lo hacían nuestras abuelas en las fiestas hogareñas.

En verdad la naturaleza es pródiga en todas partes. A cada lugar le obsequia sus primores. Cuando estudiaba en Bogotá un condiscípulo peruano aprovechaba la tenue llovizna para salir a pasear por la Séptima desprovisto de paragua. Muchos años después, al conocer la desértica Lima, de cielo gris eterno y apenas rocío mañanero, comprendí aquel capricho.

Y no es que se desprecie la comodidad de la tecnología. En la característica de la construcción moderna, un frescor artificial con ventanas cerradas que impiden la visita de mosquitos, asegura un buen reposo. De la misma manera, en las oficinas y despachos resulta cómodo el aislamiento de los ruidos y la temperatura ade-

cuada. Pero una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa, como aclaraba el político y pensador.

El verso cae al alma como al pasto el rocío, escribía el poeta. Es sencillamente bello contemplar el perezoso desliz de las gotas de lluvia en los cristales. Estos soles rojizos y gigantes que regalan los ocasos de junio obligan a la valoración de los egipcios e incas del ayer. Y las traversuras de los alisios veraneros sonrojando señoras cuando las faldas intentan levantarse parecen alimentar alegrías.

Este sábado las señoras fueron de compras al sector de Villa Country. Doña Anita y Ana Emilia Lucila, la hija, se la pasaron en los almacenes, con buen aire acondicionado. El doctor Porfirio Bayuelo, el paciente yerno, y yo, nos quedamos afuera, mirando flores amarillas y vitrinas adornadas. Pero pienso que todos gozábamos. Porque, aunque la tarde era calurosa, los niños corrían alegres y los adultos dibujaban sus rostros con la jovialidad barranquillera.

Cien días del presidente Samper y la paz

Se tiene por costumbre valorar los primeros cien días de los gobiernos y de sus mandatarios. Como es fácil suponer, casi siempre los juicios son adversos. Y eso es natural, pues en tan corto tiempo la expectativa de lo mucho prometido apenas si puede compensarse con limitadas realizaciones, o pocos cambios.

Por eso, cuando la opinión pública emite un veredicto favorable, tal suceso condiciona los ánimos de la comunidad para continuar ofreciendo el respaldo solidario. Desde esta apreciación hay que recibir con beneplácito los fructíferos resultados de la gestión gubernamental del presidente Samper.

Todos los sectores de la vida nacional han hecho saber su complacencia por la acertada dirección oficial. En los campos de la economía, la justicia social, el orden

público, la explotación de los recursos naturales, la búsqueda de la paz, etc., las disposiciones y propósitos conocidos satisfacen a la comunidad.

En Colombia, nunca como ahora, la necesidad de un buen gobierno es tan apreciada. El cuatrienio pasado, bajo el signo del neoliberalismo, los problemas se agudizaron. En el mundo predomina un capitalismo a ultranza, bien llamado salvaje, con el imperio de valores morales donde solo importa la búsqueda de la utilidad dineraria. Las bendecidas leyes del mercado constituyen el instrumento de dominio de las naciones poderosas y de las grandes empresas monopolistas.

La aceptación irresponsable de las estrategias económicas generadas en los centros de poder institucional agudizan la dependencia y el subdesarrollo en los países del Tercer Mundo, mientras la pobreza de las masas se agranda y la violencia y los conflictos sociales afloran con mayor nitidez. Sobre esa realidad expuso sus tesis el doctor Ernesto Samper Pizano en su campaña proselitista, y así lo está intentando cumplir.

El mayor anhelo de los colombianos es la paz. Parece, y ojalá no estemos equivocados, que existe un cansancio general de la guerra y de la violencia que obliga a todos los comprometidos a intentar salidas. Hay que buscar

la paz en todos los frentes que generan la guerra y la violencia. Paz que calle los fusiles, pero también que mitigue el hambre y asegure la justicia social. Esto demanda tierra para los campesinos, trabajo para los obreros, educación para los niños y jóvenes, techo y salud para los desposeídos.

Un pueblo sin paz carece de porvenir. La guerra destruye, la paz construye. Benjamín Franklin, con su sapiencia y experiencia, solía afirmar: "Nunca ha habido una guerra buena ni una paz mala". Y desde los tiempos inmemoriales, Heródoto, con el pensar filosófico, resumía el concepto: Nadie es tan insensato, decía, para preferir la guerra a la paz, porque en tiempos de paz los hijos entierran a sus padres, mientras en tiempos de guerra los padres entierran a sus hijos.

En Popayán el señor Presidente resumió su doctrina sobre la paz. Tardaremos el tiempo que sea necesario, afirmó, porque la paz no se da sino que se construye. Y esta construcción, supone, según sus palabras, una gran inversión social que destierra la pobreza y acaba con los llamados caldos de cultivos de la violencia. Lamentablemente, hay que decirlo, pocos días después del entusiasmo esperanzador, la noticia de la organización de cooperativas de defensa ha sido motivo de noticias y polémicas confusas en la televisión y la prensa. Ojalá

los caminos de la paz amplíen sus horizontes, sin interrupciones.

Apenas, si quisiera agregar en mi fervoroso anhelo por la paz, que esta también se patrocine en la ciudad. En los sitios de guerra hay contendientes armados. Pero en los centros urbanos no sucede lo mismo. Por ejemplo, en Barranquilla, su gente pacífica por ancestro, siente la amenaza de una parte de su población armada. Quien tiene un arma, ya dijimos alguna vez, es para usarla. Y dichas armas, en buena parte, son vendidas por el Estado, con su respectivo salvoconducto. Mientras tanto, la mayoría de la población carece de armas, ya porque no tiene con qué comprarlas, o porque sus costumbres, principios morales o formación intelectual, no se lo permiten.

Los periódicos, la televisión y la radio todos los días informan de los crímenes cometidos por los civiles portadores de armas. Un guardafango estropeado en un accidente de tránsito vale más que una vida. Un piropo es motivo suficiente para descargar el revólver. La otra tarde el doctor Rafael Solano contaba a sus amigos que estaba en una dulcería con su familia cuando irrumpieron dos personas con pistolas en mano a comprar un pudín. Fue tanto el susto que aconsejaba a los contertulios dar las gracias cuando alguien le pise en la

calle un pie. Porque así están las cosas. Cualquier asunto baladí, es suficiente razón para matar. Como dice doña Anita con acertada observación femenina, si algún desorientado de los buenos tiempos del ayer se le ocurriera pedir un barato en un baile, quién sabe qué podría ocurrir con un parejo portador de armas con permiso oficial.

Ante esta realidad, ahora cuando contamos con un Alcalde sacerdote y un Gobernador académico, ¿no resulta sensato solicitarles a los dos mandatarios prohibir el uso de armas? Ojalá, que quiere decir, Dios quiera, nos oyeran.

Cultura

El Ministerio de la Cultura

Para todos los colombianos comprometidos con la cultura el funcionamiento próximo de un Ministerio responsable del fomento y respaldo de las artes y las letras obliga al reconocimiento que se merecen sus gestores.

Hace dos años la Escuela de Bellas Artes de la Universidad del Atlántico y la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar sirvieron de albergue a un foro dirigido por la Primera Dama de la Nación, doña Jacquin de Samper, cuyo temario estuvo dedicado al proyecto de creación del Ministerio de la Cultura.

Fue un encuentro afortunado que contó con la presencia de los intelectuales del país, todos ellos compartiendo complacencias por la feliz iniciativa.

Entonces se dejó constancia de lo que significaba el

hecho de poder contar con un organismo de máxima jerarquía para orientar y estimular la actividad creadora intelectual.

Es bien sabido que Colombia sufre los efectos negativos de un centralismo que propicia la desarmonía nacional. Y la práctica centralista donde aflora con más fuerza es en los organismos autónomos, siempre usufructuados por una élite capitalina. Así sucede en el campo de la cultura. Ahora, con la existencia de un Ministerio, las posibilidades descentralistas son mayores. Vale decir, el viable proceder de la representación y actuar de los cultivadores de la cultura en las distintas regiones del país, asegura una conducta distinta a la hasta ahora conocida.

Varias veces he tratado en esta columna el tema del centralismo como política económica negativa para los intereses generales del país. En una de ellas hice referencia a algunas de sus manifestaciones en el presente gobierno. En verdad no se trata de juicios de sabor opositoristas, ni mucho menos partidistas. Son simples comentarios críticos con claros propósitos en favor de la convivencia del país. Como respuesta a mis observaciones recibí una carta del señor Presidente de la República, doctor Ernesto Samper Pizano, en los siguientes términos:

"Muy apreciado Maestro:

"Tuve la feliz oportunidad de leer tres artículos publicados por *El Heraldó*, uno escrito por usted, otro por el doctor Horacio Gómez Aristizábal, y el tercero por el doctor Laurian Puerta.

"No se imagina cómo aprecio, en lo que respecta a su artículo, sus valerosos puntos de vista acerca de las desventajas del centralismo, esa especie de "imperialismo interno" que ahoga y margina los valores auténticamente nacionales. Sin embargo, no podemos olvidar cómo el país ha reconocido desde hace ya varias décadas el aporte literario y plástico de la cultura costeña. No en vano Gabriel García Márquez es nuestra máxima figura en las letras colombianas de todos los tiempos, uno de nuestros novelistas con proyección universal, y Alejandro Obregón uno de nuestros pintores más representativos".

La misiva del señor Presidente doctor Ernesto Samper Pizano es oportuna y estimulante. Porque el cuestionamiento al centralismo nada tiene que ver con actitudes regionalistas. Como bien decía alguna vez el científico y geógrafo Joaquín Molano Campuzano, cachaco de pura cepa, el centralismo solo favorece a grupos oligarcas que detentan el poder político y económico, mientras llena de problemas urbanísticos y sociales a

las ciudades que sirven de sedes centralistas. El gran Joaco recuerda los bellos tiempos de su Atenas Suramericana, convertida en el presente en peligroso vivero, como comenta con su gracia santafereña.

Expreso, pues, la complacencia por el Ministerio de la Cultura y me sumo a los nacionales que confiamos en la correcta escogencia de su personal administrativo y asesor, con la prevalencia de escritores, folcloristas, artistas, etc., que forman parte de la actividad en la investigación, el trabajo y la divulgación cultural, en todas las regiones de Colombia.

Chiquinquirá y Julio Flórez

El Boyacá académico e intelectual se vino a la Costa para festejar los ciento treinta años del nacimiento de Julio Flórez. De Chiquinquirá, Tunja, Soatá, Moniquirá, Saboyá, y otras ciudades boyacenses llegaron los literatos, historiadores, legisladores y gobernantes a festejar el feliz aniversario del poeta del pueblo. Gesto por cierto digno de valorar en estos tiempos de prisa, olvido e ingratitudes.

Una región que conserva vivo el recuerdo de un creador de la palabra endulzada, brotado de sus entrañas, es ejemplo estimulante. El predominio de los afanes dinerarios, las luchas fratricidas y el individualismo, aplastan en estos días los sentimientos propios de la solidaridad y del reconocimiento. Y qué grato fue admirar ese expresivo grupo de damas y señores repletos de complacencia paseándose por las instalaciones de la

casa museo del poeta en el muy pintoresco Usiacurí.

No se puede juzgar la vida de un hombre hasta después de su muerte, razonaba el sabio del pasado. Y lo mismo debe decirse de su obra. La poesía de Julio Flórez está ahí, en el corazón de sus paisanos, tan grande y bella ahora como antes. Y más aún, con la manifiesta gratitud de ellos, como queriendo seguir al pie de la letra los conceptos de Ricardo Palma: "Cumple a la gratitud no olvidar nunca la fuente que apagó su sed, la palmera que le brindó frescor y sombra, y el dulce oasis donde vio abrirse un horizonte a su esperanza".

Es que todo eso es lo que forma parte de la mochila de nuestros sentimientos por el poema que recitamos en la escuela, el verso que le dijimos en el oído a la novia, en fin, por la estrofa saboreada en la parranda, comentan con sonrisa plena los académicos chiquinquireños Napoleón Peralta y Javier Ocampo López.

La intelectualidad costeña supo responder a la fiesta en honor de Julio Flórez. Allí estaba al lado de los boyacenses disfrutando el regocijo. El humanista Robertc Burgós Ojeda, Presidente de la Academia de Historia de Cartagena; el escritor Juan Pablo Llinás, Presidente de la Academia de Historia de Barranquilla; Meira Delmar, primera poetisa de Colombia y miembro de la

Academia de la Lengua; Alfredo de la Espriella, escritor y Director del Museo Romántico; Aida Sarta, catedrática; diputados del Atlántico y concejales de Barranquilla, los sacerdotes Becerra, Ávila, Barreto y Porto; Homero Mercado, el gramático y catedrático; Alberto Carbonell y Tomás Urueta, voceros del arte musical; y muchos otros personajes de las letras, todos ellos plenos de entusiasmo fraterno.

Además, las autoridades civiles y militares del Departamento, atendidas con afecto por el alcalde Rafael Urueta, sobrino del legendario dirigente popular don Jorge Urueta, por el doctor Alfredo Llinás Osío, por los hijos y nietos del poeta y por doña María de Robledo.

El señor Gobernador, doctor Nelson Polo Hernández, pronunció un discurso brillante y bien razonado. Lo mismo hicieron Helí Alba Alba, el periodista barranquillero que no olvida a su amada Chiquinquirá; Hugo Flórez Moreno, el hijo guardián de la memoria de una familia orgullosa del ancestro y del terruño; y Pedro Gustavo Huertas, Presidente de la Academia de Historia de Boyacá, Julio Varón Ortega, Napoleón Peralta, Norberto Romero, Javier Ocampo, Ignacio Báez, Gustavo Mateus, Lucrecia Wilches, Rosa Vargas, Ruby Álvarez, Clara Cortés, Claudia Sierra, Homero Villamil Peralta, Manuel Arias, Óscar Guerra, Guadalupe Padi-

lla, Natalia Garzón, Víctor Raúl Rojas y Ruby de Huer-
tas, académicos que intervinieron bajo el respaldo de
constantes aplausos.

En cuanto a las casas de estudios superiores, la Uni-
versidad Autónoma del Caribe reeditó el ensayo del
presbítero Lorenzo J. Casalins: *Postrimerías de Julio Flórez*,
bajo el cuidado de su Ilustre rector Mario Ceballos Araú-
jo, y la Universidad Simón Bolívar hizo entrega de los
primeros cien libros que formarán parte de la biblioteca
que patrocinará y que debe funcionar en la sede del
museo.

Usiacurí, por su parte, apacible e iluminada por el
sol tropical. Distinta a otras poblaciones atropelladas
por el ruido de los parlantes en las cantinas, la bella al-
dea que sedujo al poeta permanece tranquila, con sus
callejuelas al estilo del pasado. En los tiempos del poeta
era albergue de peregrinos y enfermos que llegaban a
sus pozos de aguas azufradas en busca de salud. Y mu-
chos de ellos, como el magistral Julio Flórez, quedaron
aprisionados por el dulce calor de su gente y de su clima
y el amor de sus princesas descendientes del Usía Curí.

Se me ocurre que sería oportuno convertir a toda
Usiacurí en muestrario de la poesía de Julio Flórez, ex-
poniendo en distintos lugares en lápidas de mármol sus

poemas, para que sea, como lo quiere Antonio Cagua Prada, el templo del romanticismo colombiano. La Universidad Simón Bolívar iniciará el homenaje con dos o tres de ellas para colocarlas en la plaza y en las entradas. De esta manera, la generosa Usiacurí, que tanto aprecia el legado del poeta, puede emular con Chiquinquirá en orgullo y afecto por el hijo mimado de las dos históricas ciudadelas.